

MANUAL
PARA **VIVIR** EN
LA **ERA** DE LA
INCERTIDUMBRE

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER

Con la colaboración de

ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Preámbulo

A modo de justificación

PRIMERA PARTE. El malestar global

1. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? El final de la Guerra Fría
2. El cambio tecnológico
3. La globalización
4. Una revolución mediática

SEGUNDA PARTE. Manifestaciones del malestar

5. Brexit, Trump y el auge del populismo
6. La crisis de los partidos y la democracia global
7. Auge de China y repliegue nacionalista
8. El avispero árabe-musulmán

9. Desigualdades y migraciones

TERCERA PARTE. Razones para no decaer

10. Hacia la madurez digital
11. Crisis de la democracia
12. El ascenso de China
13. La desigualdad económica
14. El cambio climático como reto global
15. Una sociedad civil global

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El teórico Antonio Gramsci definió las etapas de crisis como aquellas en las que “lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no puede nacer”. Hemos superado ya esa fase de estancamiento y se dibuja ahora ante nosotros un mundo nuevo. Aún es un perfil brumoso e incierto, y condicionado por la digestión pesada de una crisis económica primero y político-institucional después que elevaron los niveles de desconfianza hasta cotas de verdadero riesgo. La desafección ciudadana y el auge de los distintos populismos no son ajenos a estos fenómenos.

No obstante, se atisban ya algunos rasgos que están generando una inquietud con consecuencias sociales ya presentes. Las disrupciones tecnológicas, los avances científicos, la digitalización de la economía, así como la globalización y el auge asiático están transformando a una velocidad exponencial un mundo que creíamos sólido y estable en otro más frágil y dinámico. Esta aceleración del tiempo histórico está produciendo fenómenos aparentemente paradójicos como el planteamiento de un futuro dominado por la inteligencia artificial y el progreso generalizado con un retorno del nacionalismo y el proteccionismo.

En este libro, el jurista Antonio Garrigues Walker aprovecha su experiencia y su privilegiada atalaya para bosquejar la imagen general de un mundo que ahora se presenta inasible. Un ensayo autobiográfico que trata de ordenar el caos en el que tenemos la sensación de vivir y que analiza con agudeza los porqués de la incertidumbre. Lejos del fatalismo habitual, Garrigues Walker muestra en este libro una visión alejada del cortoplacismo alarmista y nos pone ante un diagnóstico del

presente y ante la previsión de un futuro probable que seguirá en nuestras manos. Lejos de utopías y distopías, el optimismo escéptico de Garrigues Walker disecciona los temas esenciales que conforman una era de incertidumbre que este libro ayudará a clarificar.

**Manual para vivir
en la era de la incertidumbre**

ANTONIO GARRIGUES WALKER

**Con la colaboración
de Antonio García Maldonado**



EDICIONES DEUSTO

Preámbulo

La historia de este libro es la siguiente: hace cosa de un año me llamó mi buen amigo Roger Domingo, director editorial de Ediciones Deusto (Grupo Planeta), para animarme a escribir un libro en el que plasmara mis ideas y reflexiones sobre la situación actual. Asimismo, me puso en contacto, para que me ayudara, con una persona —Antonio García Maldonado—, que me visitó en mi despacho. Juntos empezamos a diseñar las grandes líneas del libro. Le entregué libros, textos de conferencias y otros materiales que he ido publicando a lo largo del tiempo y quedamos en que, a partir de ellos y tomándolos como base, él redactaría un primer borrador de trabajo. Al cabo de unos meses recibí el texto y ya entonces me quedé impresionado con su capacidad para reflejar mis ideas y su forma de concretarlas, aportando muchos más datos y también una riqueza conceptual sorprendente. Lo leí con admiración y le hablé de una serie de temas que quería añadir y, en concreto, sobre la resiliencia del ser humano. Al poco tiempo tenía el texto revisado sobre el que yo he aportado varios cambios y adiciones. Ésa es la realidad y quiero dejar la debida constancia.

ANTONIO GARRIGUES WALKER
SEPTIEMBRE DE 2018

A modo de justificación

Que vivimos tiempos de incertidumbre no parece requerir muchas explicaciones. El mundo está cambiando a una velocidad que somos incapaces de asumir, y como sociedad tenemos la sensación creciente de vivir en el desorden. Los viejos esquemas mueren o resultan insuficientes para comprender y gestionar la realidad, mientras los nuevos nos parecen aún lejanos o incluso indeseables.

No me refiero sólo al declive de las viejas certezas socioeconómicas y políticas que representaba el diseño mundial de la posguerra, con la ONU en el vértice. También, y sobre todo, a la incomodidad que generan los nuevos vaticinios relacionados con la revolución industrial en la que estamos inmersos, y que, simplificando, denominamos revolución digital. Pérdidas de futuros empleos, rivalidad entre inteligencia humana e inteligencia artificial, control social a través del *Big Data*, nuevas guerras espaciales y ciberespaciales...

Es una huella antropológica tener miedo a lo desconocido. Los cambios se están produciendo a tal velocidad que todo el panorama que se presenta ante nosotros parece un inmenso agujero negro que se ha tragado nuestras certezas. Como si entráramos en él sin brújula ni linterna.

El presentismo de las redes sociales, el descontrol informativo propiciado por el *click bait*, que prima la captación obsesiva de audiencia sin importar el contenido, más la resaca de la crisis financiera global han dejado una

sensación de fin de época. Una transición que, como nos enseña la historia, es propicia a la creación de monstruos que rellenan ese vacío con palabras vacuas pero efectivas. He ahí el populismo, de derechas y de izquierdas, que ha encontrado en las redes y la posverdad una herramienta eficaz para propagar sus falsos remedios.

Pero hemos de preguntarnos por qué ha calado tan fácilmente el mensaje populista en una sociedad occidental con un pasado ilustrado y de construcción liberal-democrática que ha costado tantos siglos y esfuerzos conseguir. El populismo es el síntoma de una patología de las propias democracias liberales, que han fallado a la hora de cumplir las propias expectativas que nuestro sistema generó. Existe una brecha generacional peligrosa y una sensación extendida de resignación respecto al declive socioeconómico de los años por venir.

El auge de China, que se presenta en términos de realidad inalterable, también ayuda a esta sensación de final de algo. En algún momento, es como si hubiéramos renunciado a tres puntos esenciales en nuestra construcción personal y política: a nuestra historia, a nuestro acervo cultural ilustrado y a nuestra confianza para dar forma a la realidad que viene. Ya no seríamos sus diseñadores, sino sólo sus habitantes, esperando a ver qué nos toca en suerte. En este sentido, aunque se habla más —y con justicia— de un desmesurado e insostenible aumento de la desigualdad, la era de la incertidumbre es también un tiempo de pérdida de libertad. Si no en el sentido legal, sí en el psicológico y emocional.

Y a la revolución digital, a la resaca de la crisis y al auge asiático, se une el cambio climático, que a su vez afecta a todos los anteriores. No es un matiz menor, porque lo que nos dice este hecho geofísico es que tampoco podemos volver a las certezas del pasado. Es ese sistema industrial el que nos ha llevado hasta aquí. Por eso la nostalgia no es una opción. No podemos volver a la economía del carbón ni a la de otros combustibles fósiles como el petróleo. Paradójicamente, la era más presentista nos obliga a pensar como ninguna otra en el largo plazo. Una dificultad añadida.

Siendo éste el panorama, no es de extrañar esa sensación de provisionalidad y angustia. Aquellos que creemos en la democracia liberal y

defendemos las reformas frente a la reacción política o al entusiasmo deshumanizado de determinados sectores de la empresa científico-técnica, debemos, antes que nada, empatizar con la sociedad. Comprender que su malestar no es fruto del capricho. Muchos análisis contrarios al populismo han adolecido de falta de sensibilidad y pedagogía, y han hecho más mal que bien para recuperar la autoestima social.

Este libro trata de aclarar un poco la niebla que no nos permite ver con perspectiva. Los cambios son de vértigo, dejan daños colaterales y producen angustia incluso en aquellos que más se benefician de ellos. Pero también hay una cara positiva, no sólo si acudimos a los fríos datos históricos para buscar consuelo en una secuencia histórica de progreso innegable. Ya lo han hecho muy bien autores como el psicólogo canadiense Steven Pinker o el ensayista sueco Johan Norberg. Nunca hemos vivido tan bien como ahora, el progreso tiene altibajos y, por resumir, hemos pasado uno de esos baches.

Sin duda es así, pero este análisis necesita completarse, e incluso matizarse. El ser humano, los ciudadanos, piensan en términos de supervivencia, no en términos históricos, mucho menos geológicos. Los datos ayudan a poner en perspectiva, pero no estamos sólo ante un problema racional, de falta de información. Es, justamente, lo contrario. Hay un exceso de la misma en un entorno psicosocial que tiende a primar lo emocional. Éste es un hecho que la democracia liberal subestimó y que sus enemigos están sabiendo aprovechar con acierto.

Es paradigmático de la disociación entre hechos concretos y el malestar general que la salida oficial de la crisis en Occidente sea pareja a la persistencia de los populismos y los nacionalismos. Hasta ahora, a un cuadro macroeconómico recuperado le seguía una recuperación similar de los humores sociales. Ya no es así, y esto es particularmente llamativo. Las crisis de sistema y los cambios político-institucionales han solido producirse en etapas económicas de crisis profundas, no en lo alto del ciclo. Por tanto, estamos ante un problema estructural. Aquellos que tenían esperanzas en que con la vuelta del crecimiento volvería también la estabilidad social, pueden desengañarse. Debemos partir de la premisa de que estamos ante cambios de fondo y ante un malestar multicausal y, en gran medida, justificado.

Y escribo «en gran medida» porque es aquí donde encuentran justificación las páginas que siguen. Podemos hacer algo por revertirlo sin necesidad de estar contra el sistema. No es que haya malestares injustificados. Ya hemos hablado del error de pensarlo así si queremos remediarlos. Me refiero, en cambio, a algo más complejo y que apela directamente al corazón de una democracia liberal sana. En las últimas décadas, hemos alejado de la conversación pública —y de nuestros sistemas educativos— conceptos que una pésima interpretación economicista de la realidad consideraba añejos: los valores, la historia, la cultura, la moral, todo aquello que da sensación de pertenencia a través de un *continuum* histórico que ahora tanta gente es incapaz de reconocer. Aquello que nos provee de herramientas para manejarnos en un mundo desordenado, como ocurre ahora.

La caída del Muro de Berlín en 1989 produjo una euforia que, al fin y al cabo, derivó en ebriedad intelectual. La democracia liberal que dimos por hecha desde entonces está en peligro, y lo está porque muchos de sus principales apologetas han hecho y hacen una muy mala publicidad de la misma. Vuelve con fuerza ese *dictum* que afirma que hay que salvar el capitalismo de los capitalistas. Cabe decir lo mismo del liberalismo político. Nuestro sistema no es la caricatura que de ella hacen los tiburones financieros para justificar interesadamente sus desmanes. Ni tampoco una jungla darwinista donde sólo puede tener una vida virtuosa quien mejor se adapta. Nunca como ahora se protege al débil o a quien se queda atrás por razones azarosas, como enfermedades o accidentes.

Urge recuperar el prestigio de nuestra realidad. Debemos volver a enhebrar nuestra sociedad con ese continuo temporal que nos une a la filosofía griega, al derecho romano, a los cambios morales, al arte sacro y a los esfuerzos bibliográficos de la Edad Media, al Renacimiento, la Ilustración y las revoluciones industriales. Hay que cambiar la percepción de que somos jugadores pasivos ante una realidad incomprensible. Somos jugadores que, en el ejercicio de nuestra libertad y nuestra dignidad, formamos parte del equipo, y por tanto podemos cambiar y moldear ese futuro. Se trata, en gran medida, de devolver la autoestima al ciudadano, hacerle creer de nuevo en las posibilidades de su propia autonomía. Ése es el gran logro de Occidente y la

base de la democracia liberal, hoy en cuestión frente a modelos represivos pero económicamente eficaces en el corto plazo.

A los que, como es mi caso, hemos tenido la dicha de haber vivido una carrera profesional dilatada (acabo de cumplir ochenta y cuatro años), que nos ha permitido conocer y analizar el mundo de cerca, nos toca un papel importante que jugar en ese cometido. La pedagogía escasea, quizá porque también falta el tiempo. Pero no hay excusas. Estamos en un momento crítico para aquellos que creemos en la libertad y la democracia. Por tanto, este libro tratará de contribuir de varias formas a ese anhelo de reconciliación de los ciudadanos con su presente y sus perspectivas de futuro. Trataré de hacerlo a través de dos filtros.

Por un lado, tanto el diagnóstico como las opiniones sobre qué podría hacerse para mejorar la situación están fuertemente asentados en mi experiencia como jurista. Todo saber es incompleto, pero considero que he acumulado algunas nociones en todos estos años que me legitiman para intentar, humildemente, aportar mi granito de arena para esclarecer este gran malentendido global en el que vivimos. Mi experiencia no llega a su fin, porque como dijo Séneca, y luego Montaigne, la historia podrá arrollarme un minuto, el minuto final. Pero que no llegue a su fin no significa que no varíe. Este libro es un síntoma de ese cambio de prioridades. Acepto, en todo caso, de antemano, que varias —debería decir muchas— de las afirmaciones y predicciones que hago en esta reflexión, padecerán pronto —y no hablo de años sino de meses— de alguna forma de obsolescencia incluso profunda.

Por otro, y enlazando con lo anterior, toda esa experiencia profesional pasa por el filtro de mi propio empeño intelectual. He intentado no descuidarlo durante todos estos años tan intensos. No siempre ha sido fácil, pero nunca ha estado ausente. Música, teatro, cine, libros de todos los géneros. Nada de lo humano me es ajeno, pero menos aún aquello que tiene que ver con el acervo cultural. Creo haber llegado a un punto de suficiente ósmosis entre ambas experiencias —la profesional y la intelectual— que me proporciona una suerte de fuerza suplementaria para vencer los recelos y el pudor que todos podemos sentir a la hora de expresar nuestra visión del mundo. Mi objetivo no es otro que el mencionado de clarificar algo ese malentendido

global del que hablo y disipar algo de la incertidumbre que tanto nos ahoga.

La estructura del libro es clara, porque lo mueve el afán pedagógico. Encontramos un primer apartado de diagnóstico que servirá para situarnos. Es, en esencia, un intento de explicar cómo hemos llegado hasta aquí, el porqué de este malestar y esta incertidumbre. Ahí trataremos aspectos globales y estructurales, tales como el fin del bloque soviético, la globalización, el comercio internacional, la llegada de las redes sociales, el cambio tecnológico, la crisis financiera de 2008, el auge del populismo y el regreso de los nacionalismos. Descenderemos hasta determinados detalles, como sus efectos particularmente dañinos en nuestro país, pero siempre sin perder de vista que estamos ante fenómenos globales o, al menos, occidentales.

La segunda parte se centra en lo que llamo «el malentendido global», que se contrapone al malestar global de la primera parte. Y lo califico así por las razones expuestas: muchas veces estamos ante percepciones de problemas más que frente a problemas. Y esta disociación surge por la falta del relato histórico-político, y si quieren moral, de nuestra realidad. Los problemas son reales, pero muchos de ellos están agigantados artificialmente por la percepción presentista, especialmente aquellos que son problemas diagnosticados para el futuro. Prevemos que el futuro será malo, o al menos peor, y no es necesariamente así.

Esto no me convierte en un optimista irracional, porque la ingenuidad es un rasgo que lamentablemente perdí hace ya demasiados años. Pero sí me sitúa frente a un derrotismo que no está falto de cantos de sirena y de falsos profetas. Podría calificarme de «optimista racional», que es como el escritor y científico Matt Ridley llamó a aquellos que, como es mi caso, creemos en la capacidad de cambiar a mejor también en nuestros días. Sea como fuere, y dado que no dejo de plantear los problemas y dificultades, y no siempre creo que vayan a solucionarse rápidamente, quizá sea un «optimista escéptico», sintagma que en su aparente contradicción resume bien el motor de la curiosidad y el afán humanos.

Si he aportado algo en ese empeño clarificador, serán los lectores quienes deberán juzgarlo. Si así fuera, no sólo este libro, sino mi propia biografía tendrían su justa recompensa.

PRIMERA PARTE



El malestar global

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? El final de la Guerra Fría

Es conocida la respuesta que el *premier* chino Zhou Enlai le dio a Henry Kissinger cuando el secretario de Estado de Nixon le preguntó por el impacto de la Revolución francesa en la historia: «Aún no tenemos perspectiva histórica para saberlo». Habían pasado más de dos siglos. La anécdota refleja bien dos cosas. Por un lado, muestra la distinta concepción del tiempo de las culturas orientales y, por otro, expresa una cautela analítica que todos los que asumimos el riesgo de dar una opinión deberíamos tener presente. Por eso, la respuesta al nombre del presente capítulo será más tentativa que contundente. No hay duda de que para reflexionar sobre el malestar nos falta perspectiva histórica. Por otro lado, las angustias del presente no nos permiten esperar a que pasen los siglos para así tener una visión clara de los acontecimientos.

Con esta cautela quiero referirme al hecho de que mi aproximación es más la del ensayista y observador que la del científico social. No son incompatibles, pues lo cualitativo y lo cuantitativo, lejos de excluirse, se

complementan. Además, estas páginas, como en general todos los juicios que hago sobre distintos temas en mi vida profesional y cotidiana, están fundamentadas en las lecturas de libros analíticos, informes jurídicos, económicos o sociológicos.

La dificultad con el origen del actual malestar reside en que hablamos de percepciones y sensaciones, no de hechos siempre medibles. A la pregunta de por qué se ha extendido una sensación de derrotismo, malestar y declive en el mundo occidental se podría responder de muchas maneras y, por lo tanto, de ninguna de forma totalmente satisfactoria. ¿Es culpable la crisis financiera que comenzó con la caída de la entidad financiera Lehman Brothers en 2007? Sin duda la crisis económica generalizada que provocó ha influido. Pero, como mencionaba en la introducción, cabía esperar que el humor social cambiara con la vuelta del crecimiento. Ya sabemos que no ha sido así. Las economías occidentales llevaban muchos trimestres seguidos creciendo cuando en 2016 Estados Unidos eligió al excéntrico Donald Trump como presidente, y cuando los británicos aprobaron en referéndum abandonar la Unión Europea.

La crisis financiera, por otro lado, no es más que el estallido hipertrofiado de unas tendencias de fondo que abarcaban cuestiones mucho más profundas y anteriores. Entre ellas, la cultura del dinero barato que la Reserva Federal de Estados Unidos (FED) propició con tipos de interés históricamente bajos tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. La autoridad monetaria temía que el *shock* de los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono produjeran una recesión. Lo que acabó propiciando fueron burbujas que hemos pagado casi todos a nivel global. No quiero con esto responsabilizar a la FED de un caos económico en el que todos los países tuvieron su cuota de responsabilidad. Busco reflejar la dificultad para establecer un parteaguas que nos indique, por usar la expresión de Zavalita en la novela de Vargas Llosa *Conversación en la catedral*, «cuándo se jodió» Occidente. Porque si la crisis deriva de una decisión tras el 11-S, ¿empieza entonces el malestar en el 11-S?

Si tiramos de ese hilo, podemos seguir preguntándonos por la génesis del terrorismo islámico. Y ahí entrarán consideraciones que para algunos remitirán a la Guerra Fría y la geopolítica mundial de la etapa de los bloques,

y otros incluso podrán mencionar el Acuerdo Sykes-Picot de 1916, por el que las potencias coloniales Francia y Reino Unido trazaron artificialmente las fronteras de un Oriente Próximo hoy en ebullición. La historia es un continuo en el que nada es neutral en el desarrollo de los acontecimientos. Pero sí es cierto que hay tendencias globales de fondo que pueden resumir bien la fuerza principal de los cambios más allá de las coyunturas. Me centraré en las que yo considero son fundamentales.

Cuando Günter Schabowski, portavoz del Gobierno comunista de Alemania Oriental, salió a dar la rueda de prensa en noviembre de 1989, no era consciente de lo que iba a desencadenar. Si no, habría llevado mejor preparada la rueda de prensa ante periodistas internacionales. El SED (el partido único de la RDA) había tomado algunas medidas que abrían la mano a reformas políticas. Todos recordamos las imágenes de la manifestación de días previos en las calles de Berlín oriental, cuando los asistentes a la conmemoración del XL Aniversario de la RDA gritaban consignas a Gorbachov, secretario general del PCUS y líder de la URSS, presente en el palco de autoridades junto a Erich Honecker. Con su «¡Gorbi ¡Gorbi!», los ciudadanos de la RDA señalaban el camino que querían: reformas como las que Gorbachov estaba poniendo en práctica a través de la *perestroika* y la *glasnost*.

Entre las demandas de la población del país con más informadores de sus servicios de seguridad por habitante del mundo, los ciudadanos pedían que se rebajaran las restricciones de movimientos. Unas restricciones que se visibilizaban en el muro que, primero como valla, dividía la capital histórica de Prusia desde 1961. A una pregunta de un periodista, Schabowski confirmó que los controles se eliminarían. El SED no había especificado cuándo ni cómo, pero el portavoz, a quien el periodista preguntó «desde cuándo» quedaban los controles eliminados, titubeó un improvisado «Eh..., desde ahora mismo». Ante el pasmo generalizado de propios y extraños, los ciudadanos de Berlín Este comenzaron a llegar a los pasos del muro que llevaban al Oeste. Tampoco se nos olvidan las imágenes de unos desconcertados guardas fronterizos a los que los berlineses orientales les explicaban lo que acaba de decir Schabowski.

La RDA no sobreviviría mucho más tiempo y acabó por reunificarse con su hermana occidental. Tampoco superó el escollo la URSS, que si bien desapareció oficialmente a finales de 1991, todos damos por enterrada en nuestro imaginario colectivo con la caída del Muro de Berlín en 1989. El mundo bipolar, en tensión constante y con la amenaza de la «Mutua Destrucción Asegurada» debido a las armas nucleares, llegaba a su fin. Occidente había vencido y se quedaba sin su antagonista ideológico. Dado que hablamos de tiranías corruptas, liberticidas y represoras, además de económicamente ineficientes, sólo cabía y cabe alegrarse. Sin embargo, Vladímir Putin, que entonces era un coronel del KGB precisamente en la RDA, dijo en 2005, siendo presidente de Rusia, que la caída del bloque soviético fue «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX».

En Occidente, el tono de los análisis fue, en general, triunfalista. Estaba extendida la creencia de que la rivalidad con la URSS detraía muchos recursos y energías a un talento y a una prosperidad que ahora podrían dedicarse a mejores menesteres. Y sin duda era cierto. La rivalidad militar y científica, la carrera armamentística o la guerra especial llevaron a un estrés fiscal muy importante a Estados Unidos en las décadas de 1970 y 1980. La sensación liberadora tras la caída de la URSS llevó incluso a que académicos tan reputados como el politólogo liberal Francis Fukuyama hablara del «fin de la historia». Entendía con esta descripción que el futuro de la humanidad, la Historia en términos hegelianos, tenía ya un camino marcado con la democracia liberal y la economía de mercado.

Desde el análisis marxista, el historiador británico Eric Hobsbawm hablaba de un siglo XX especialmente corto. La centuria habría empezado en 1914 con la Primera Guerra Mundial y terminado en 1989 con la caída del Muro de Berlín. Dos posiciones antagónicas, las de Fukuyama y Hobsbawm, que muestran la coincidencia generalizada que los análisis señalaban en que el final de la Guerra Fría era eso, un final. Con todo lo que ello conllevaba: paz, estabilidad, reducción del gasto militar, nuevos mercados en los que invertir o pérdida de relevancia de la geopolítica, entre otras muchas cosas. Era, en resumen, el sueño ilustrado. Son demasiadas las cosas que desmienten estos augurios, que han envejecido realmente mal.

La URSS era un contramodelo que obligó, efectivamente, a dedicar mucha atención y recursos a una rivalidad insana. Pero dicha rivalidad (y no la URSS en sí) tuvo también efectos positivos. Pensemos en internet, que nace del miedo de los militares estadounidenses a que las comunicaciones estén centralizadas y sean un objetivo fácil de atacar para la URSS. Los técnicos del Pentágono diseñaron un sistema en red que albergara en distintos nódulos diseminados la información y las comunicaciones. Otros muchos ingenios de la técnica y la medicina que hoy disfrutamos han nacido de esta rivalidad. Esto no es algo privativo de la Guerra Fría. Por ejemplo, la quimioterapia se descubre después de que los médicos comprobaran el efecto reductor del gas mostaza del enemigo en la linfa de sus soldados.

Sin embargo, no es a estos elementos tangibles a los que doy más relevancia, sino a la inmaterialidad de un exceso de confianza que nos ha hecho cometer muchos errores como sociedades libres y democráticas. La existencia de la URSS obligaba a pensar en términos estratégicos, y tras la desaparición del bloque soviético no supimos encontrar el sustituto virtuoso que nos empujara a seguir haciéndolo. He hablado antes de ebriedad intelectual, y creo que el sintagma se amolda bien a lo que expongo. Hubo cierta soberbia cegadora, algo que produjo dos efectos perniciosos y que se retroalimentaban: expectativas irracionales y confianza desmedida en la inercia positiva de la historia. Habíamos ganado, llegado a la estación de destino, podíamos relajarnos. Craso error.

Llegó la década de 1990, ya casi recordada con el mismo aire mítico de los felices 1920. Las bolsas subían, la democracia liberal se esparcía por el mundo, se conquistaban nuevas cotas de prosperidad en países anteriormente subdesarrollados o en vías de desarrollo. La clase media crecía y los pobres disminuían por millones al año en casi todas las regiones del mundo. Es en este contexto en el que la ONU se propuso unos Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), cristalizados en una propuesta en 2000 que se planteaba unos retos para 2015 que, hoy lo sabemos, quedaron muy por debajo de las expectativas. Los ambiciosos ODM son un síntoma de ese optimismo inmoderado de la década posterior a la caída del Muro.

Es injusto hacer un análisis crítico retrospectivo. En esa actitud

excesivamente optimista cayó la mayoría. Si ahora lo defino, no es con afán justiciero, sino para intentar comprender y evitar en lo posible que volvamos a caer en, valga la contradicción, utopías liberales que tanto daño hacen al liberalismo. Pero los síntomas estaban ahí, y hubo quienes sí alertaron de ellos. Especialmente interesante me resultó la lectura de *La corrosión del carácter*, un ensayo del sociólogo estadounidense Richard Sennett que nace de un artículo académico de 1994. Sennett compara locales comerciales de los años sesenta y de los noventa, habla con trabajadores —algunos padres e hijos que han heredado la empresa— y advierte un cambio en la relación del hombre con el trabajo que, como advierte el título del libro, ha generado más insatisfacción que liberación. A pesar de las mejoras tecnológicas.

La gran virtud del libro es la fecha en la que Sennett hace sus observaciones. Sus conclusiones son muy matizables, porque es innegable el efecto positivo que ha tenido para la humanidad que hayamos podido liberarnos de las tareas mecánicas más penosas y arduas. Pero lo traigo a colación porque, aun en su desmesura reflexiva final, pone el dedo en la llaga de un problema general que ha contribuido ampliamente al malestar que trato de analizar. Se trata de la influencia de la revolución tecnológica en la relación del ser humano consigo mismo y su propio papel en el mundo. Esto afecta a cuestiones que van más allá del salario, la renta o el precio de la vivienda, que apelan a cuestiones profundas del ser humano, valores, atavismos y costumbres antropológicas que, ebrios de triunfo, quizá dimos alegremente por superados.

2

El cambio tecnológico

El tema de la condición humana ha sido siempre un tema central en la filosofía, en la literatura, en el cine y en el teatro y lo seguirán siendo *sine die*. El primero que utilizó esta expresión fue André Malraux, que dio este título a una novela sobre la guerra en China que obtuvo el premio Goncourt en 1933. Masaki Kobayashi la utilizó también en su maravillosa trilogía cinematográfica basada en la novela de Gomikawa Jumpei, que describe la resistencia a ser reclutado para organizar la logística empresarial de la industria de guerra y es deportado a Manchuria. Y por fin Sartre, el fundador del existencialismo, que estudió las implicaciones éticas de la existencia humana, y Albert Camus, que sintetizó su posición en su obra de teatro *Calígula*, en la que al preguntar Hélicon a Calígula cuál es la verdad, éste responde: ¡Que los hombres mueren y son felices! Pero a nuestros efectos nos conviene muy especialmente analizar la obra clave de una filósofa alemana de origen judío que analiza el tema con una lucidez extraordinaria.

En *La condición humana*, Hannah Arendt diferenciaba entre el *homo faber* y el *animal laborans*. Mientras el primero era el hombre que trabajaba para conseguir el sustento, sin que el trabajo en sí tuviera especial relevancia, el *animal laborans* no concebía su tarea como una herramienta, sino que su

cometido daba sentido también a su identidad. Arendt creía que nos deslizábamos imparablemente y positivamente del primero al segundo. Su visión era optimista, porque, hija como era de un siglo de horrores tecnológicos e ideológicos, creía que esto conllevaría una especialización que haría que nadie tuviera plena capacidad sobre una tecnología. Al diferenciarse los procesos laborales en infinitos actos individuales de expertos, la responsabilidad y el poder se repartían. Su razonamiento es brillante, pero quizá en busca de ese objetivo mayor —la paz, el control del poder en una era de amenaza atómica—, se han producido daños colaterales que el fin de la Guerra Fría, la globalización y los avances científico-técnicos no han hecho sino agravar.

En *Taxi Driver*, la película de Martin Scorsese de 1976, hay un diálogo muy interesante entre Travis (Robert de Niro) y un compañero conductor que lleva años haciendo el turno de noche. Travis le pregunta si no ha querido nunca cambiar de profesión, a lo que su amigo le responde:

«Un hombre elige un oficio, y ese oficio, por ejemplo el nuestro, lo convierte a uno en lo que es. Cuando uno toma un oficio, el oficio se apodera de uno».

En cambio, en la década de 1990 nacieron conceptos nuevos que tuvieron un impacto enorme en la cultura laboral que se impondría en las siguientes tres décadas. Conceptos íntimamente ligados a los cambios científico-técnicos y que han hecho que a veces confundamos innovación y productividad con economía política o laboral. El final de la Guerra Fría supuso el encumbramiento del valor de la libertad. Pero de aquí se dedujeron conclusiones erróneas. Los vínculos formales de una sociedad (sindicatos, partidos, familia, trabajo) se empezaron a percibir como frenos espurios a la plena realización personal y al desarrollo de las subjetividades. La beneficiosa desintermediación y el aumento de nuestra capacidad de elección se confundieron con la disolución de elementos de comunidad que nos definían. Es lo que David Brooks, periodista de tendencia liberal-conservadora de *The New York Times*, parafraseando a otros muchos, ha llamado la «sensación de comunidad». De todos es conocido el nombre con el que el sociólogo polaco Zygmunt Bauman definió el tono que iban adquiriendo

nuestras sociedades: un mundo líquido.

Existe un malentendido que conviene aclarar cuanto antes. Ése no es el mundo soñado por el liberalismo, como denuncian muchos de sus críticos. Es, más bien, su caricatura interesada. El así llamado neoliberalismo, nacido de esa ebriedad intelectual de la posguerra fría, ha sido en muchas de sus manifestaciones la antítesis del proyecto liberal clásico, que lejos de abjurar de los vínculos, los valores y los afectos, busca ponerlos a resguardo de poderes arbitrarios que pretendan eliminarlos con ingeniería social. Muchos desconocen que Adam Smith, al que tanto se asocia injustamente con los desmanes del capitalismo por su defensa de «la mano invisible del mercado», fue un filósofo cuya obra preponderante en su momento fue *Teoría de los sentimientos morales*, no *La riqueza de las naciones*. Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill, Joseph Alois Schumpeter, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron o Isaiah Berlin han funcionado en muchos casos como coartadas intelectuales de proyectos políticos y económicos que nada tenían que ver con el liberalismo. El caso más sangrante y burdo fue el del Chile de Pinochet, bendecido en su política económica por la Escuela de Chicago y Milton Friedman.

Mucho de este espíritu neoliberal ha existido en estos años cuando se ha hablado de la innovación tecnológica y de la disrupción que ha producido y produce la revolución digital. Por no hablar de lo que se vaticina cuando se menciona el impacto de la inteligencia artificial (AI) en el futuro inmediato. Debido a esta confusión, el progreso, medido desde nuestra capacidad como especie para innovar y progresar, ha llegado a ser visto como algo negativo. Y ante este hecho, han surgido distopías reaccionarias —aunque vestidas de progresismo rousseauiano— que han propugnado la vuelta a la naturaleza para reencontrarnos con «el buen salvaje». Para esta forma de ver el mundo, que está más extendida de lo que nos gustaría, la civilización habría operado como un elemento corruptor de una esencia benigna del ser humano. El cambio climático, que comentaremos más adelante, ha dado bríos a estas visiones, que tienen en los trascendentalistas estadounidenses como Henry David Thoreau o Ralph Waldo Emerson a sus inspiradores posmodernos.

No es de extrañar, en este contexto, que haya autores que ahora digan que

la revolución humana más negativa de la larga historia de nuestra especie fue la neolítica. Entonces dejamos de ser nómadas, descubrimos la ganadería y la agricultura, nos volvimos sedentarios, fundamos ciudades y sistemas legales para regular las relaciones comerciales y las transacciones monetarias. El *continuum* histórico se ha roto, el futuro es un mal augurio, el pasado es el refugio, el presente nos angustia. ¿No merece este panorama ninguna autocrítica de los vencedores reales y morales de la Guerra Fría?

No he abierto el abanico de temas de forma caprichosa en este apartado sobre el cambio tecnológico. Sitúo en este punto gran parte del malestar social actual. Ese malestar se debe a un malentendido, y en la medida en que es así, lo considero remediable. Malentendido de los propios liberales y también de sus críticos. Parecemos aún en un estado de resaca que no deja que los conceptos que nos sirven de puntos cardinales para orientarnos en la realidad cambiante se aposenten.

Son habituales recomendaciones de expertos que nos hablan de la importancia de la innovación y la productividad. Aguzar el ingenio y producir cosas con valor añadido capaces de competir con mercados que lo hacen a través de la devaluación de costes laborales en detrimento de los derechos y las condiciones. Es ése el futuro de nuestro bienestar y de la estabilidad de nuestras democracias liberales. ¿Quién puede estar en contra de eso? La desavenencia se produce cuando de esos conceptos virtuosos se deducen políticas concretas que se traducen en una política laboral que incrementa la angustia. Al despido, al sueldo escaso, a la incompatibilidad con proyectos familiares o con vocaciones personales.

Dentro de este esquema, hay dos mantras especialmente presentes. Ambos se nos presentan con la limpidez del sentido común y la racionalidad, limpios del polvo y la paja de la ideología. Y en gran parte lo están. El problema es cuando se llevan al extremo darwinista que hemos visto en gran parte de recomendaciones de expertos, servicios de estudios u organismos multilaterales. Me estoy refiriendo a la movilidad laboral y a la formación continua como actitudes obligatorias para acceder y mantenerse en niveles de bienestar medios.

Quizá el lector se pregunte por qué asocio estos conceptos a la revolución

tecnológica y a los avances científico-técnicos. Es algo que merece explicarse y matizarse. Es obvio que ambos conceptos pertenecen más a la política y la economía que a la ciencia y la técnica. Pero sin éstas no existiría tal debate. La revolución digital ha reforzado el presentismo y ha acelerado el tiempo histórico. El medio y el largo plazo han perdido relevancia, incluso lo han hecho conceptos básicos de la gestión personal y profesional como la estrategia. Si todo es imprevisible y cambiante, ¿por qué planificar? Adquieren aquí pleno sentido la movilidad laboral y la formación continua, ideas bienintencionadas que han sido desnaturalizadas en su aplicación práctica. Tanto que han contribuido en gran medida al malestar y a la vuelta de viejos fantasmas proteccionistas de la mano de populismos y nacionalismos.

Los manuales de gestión del cambio y la innovación se han llenado estos años de apelaciones bienintencionadas a la exposición al riesgo, a la mejora de habilidades y a la flexibilidad personal para conseguir mejoras o la plena autorrealización de nuestras subjetividades. Los sueños por la vía del esfuerzo hacia aquel consejo de Píndaro tan habitual: «llega a ser el que eres». Se deduce de aquí que la sociedad previa a la liberación de fuerzas de la posguerra fría nos encorsetaba. Y algo de eso había. Mayo del 68, del que acabamos de celebrar su cincuenta aniversario, señaló bien algunos de los corsés moralizantes que ahogaban el pleno desarrollo de la libertad personal. Su lectura posterior tuvo muchos claroscuros, pero lo cierto es que sí señaló limitaciones que producían un malestar que bullía soterradamente.

El problema surge cuando este nuevo enfoque liberador hace tabla rasa con el acervo humano. La gestión de la posguerra fría fue, más que una reivindicación de nuestro mejor legado, una inconsciente enmienda a la totalidad del mismo. El exceso de confianza llevó al descuido de las humanidades, por ejemplo, lo que hizo que los sistemas educativos, tanto de primaria como superiores, se enfocaran en un exceso de énfasis en cuestiones de mercado. La productividad y los resultados primaron sobre todo lo demás. En este contexto, no es inhabitual encontrarse a especialistas en una sola cosa que, en cambio, carecen de los rudimentos básicos para orientarse profesionalmente o incluso humanamente en ámbitos distintos.

El *homo faber* de Arendt se nos ha ido de las manos, y al correr de los

años, despegado de la visión de conjunto que sí tenía el *animal laborans*, hemos visto llegar la insatisfacción, el desencanto y el malestar. Como vimos, Arendt veía en esta hiperespecialización un freno al poder, pero ahora constatamos que tenía su cara B. No es extraño que muchas empresas estén demandando ahora perfiles con más capacidad de visión panorámica, con habilidades para concebir y entender de forma somera procesos completos. Cierta vuelta al *animal laborans*, sin sus cargas más pesadas y rutinarias.

Nadie niega la necesidad de los expertos y los técnicos, pero sí es necesario que estos perfiles estén engarzados con el acervo común, a riesgo, si no, de construir sistemas de gestión carentes de empatía y productos de consumo desgajados del tronco común, sin más utilidad que un disfrute narcisista. Lejos del consejo tan escuchado, las humanidades deben recuperar el peso que tuvieron en su día, o incluso más. Pero no para contraponerlo a la ciencia y a la técnica, sino precisamente por el auge de éstas. Sólo con un buen conocimiento de la materia a la que van destinados sus avances (el ser humano), la revolución digital y el progreso científico serán beneficiosos y emancipadores.

Parte de la desazón actual proviene de ahí, de ese desajuste entre el ser humano y los sistemas de gestión, innovación y educación, por no hablar de los modelos laborales. Cuando se habla de movilidad, se ponderan las virtudes que sobre el papel tiene que el capital humano transite de un lugar a otro en función de las necesidades específicas de las economías. Pero, a la hora de realizar estos cálculos, deben ponderarse mejor los efectos que esto ha tenido y tiene en la propia naturaleza humana y en la configuración de nuestras sociedades. Es algo que los que hemos tenido la dicha de haber viajado mucho hemos podido ver.

La dificultad de mantener los vínculos familiares y sociales se multiplica exponencialmente. Quizá el trabajo al que se acude cambiando de país y de empresa cada dos o tres años se amolda mejor a nuestras preferencias abstractas, pero existe un coste. El tejido social y afectivo se debilita. ¿Cómo tener una pareja en este esquema? ¿Cómo plantearse buscar una familia? ¿Pueden los dos miembros de la familia tener una carrera laboral propia si ambas transcurren de forma totalmente autónoma de su vínculo? Ésa es la falta

de «sentido de comunidad» de la que habla el mencionado David Brooks y que en su opinión está detrás del voto reactivo a Donald Trump. Las así llamadas «epidemias de soledad» son por desgracia habituales en nuestras sociedades occidentales.

Es alarmante e ilustrativo que el Reino Unido haya creado una Secretaría de Estado para la soledad, con la finalidad de luchar contra una lacra que ceba el malestar. La pasividad para dar solución a estos problemas es lo que ha hecho que populistas y nacionalistas encuentren una salida patológica en formas de hacer comunidad, sobre lo que volveremos más adelante. Pero es importante señalar que el origen es una falla clamorosa del sistema, y no el empeño de grupúsculos ideológicamente externos que, por capricho, se han propuesto derribar nuestra feliz prosperidad. Los que defendemos la democracia liberal y la economía de mercado debemos hacernos cargo de sus problemas y afrontarlos con perspicacia y empatía. No taparnos los ojos y eludir la autocrítica, como ha sucedido como mínimo hasta la crisis económica e institucional de los últimos años. La posguerra fría fue, en muchos sentidos, también un proyecto de ingeniería social, ese concepto que tan justamente se denunció del bloque soviético.

También se ha insistido estos años en la formación permanente. Pero no desde un punto de vista del cultivo y el crecimiento humanos, sino entendiendo esto como el reciclaje permanente de herramientas para estar así amoldados a un sistema productivo al que las nuevas tecnologías hacen imprevisible. La formación permanente es el ideal del hombre ilustrado y humanista. Gregorio Marañón era médico, historiador y escritor, como antes en la historia Leonardo da Vinci había sido artista y científico. Y antes que ellos, los griegos no separaban el disfrute ético y estético de la divagación científica. En este sentido, la separación radical entre ciencias y letras —aunque ha mejorado levemente— ha hecho y sigue haciendo un daño grave en la formación de nuestros jóvenes.

El esquema de la formación permanente no se entiende como un regreso a la curiosidad total que alumbró nuestros mejores ideales renacentistas e ilustrados. Haciendo una mala interpretación economicista, se nos llama a una permanente adaptación del saber profesional, al precio, precisamente, de

descuidar el cultivo de otras disciplinas que nos podrían dar un soporte moral y emocional muy útil. Por no hablar de cómo debilita esta angustia por la adaptación permanente en la calidad de nuestros afectos personales y sociales. Así, una idea buena en su concepción genuina se ha travestido en una forma de dar carta de naturaleza al estado de alerta. Una angustia constante por no perder el ritmo que tiene mucho más de darwinismo social que de proyecto de progreso ilustrado. Siendo así, ¿realmente sorprenden tanto el malestar y la sensación de incertidumbre?

Se ha producido una suerte de alianza entre el progreso científico-técnico y esa borrachera intelectual que no nos ha permitido ver lo mejor del mismo para adaptarlo al ser humano y sus necesidades. A veces cuesta distinguir si estas herramientas están a nuestro servicio o somos nosotros sus esclavos, meros números contables en planes de negocio y productos tecnológicos. Una alianza que ha provocado la vuelta de un relato histórico unívoco, de nuevo hegeliano. Así, ha arraigado en el imaginario colectivo una sensación de resignación, de falta de autonomía, de designio teleológico ante el que no podemos oponer resistencia. Éste no era el sueño de la libertad prometido, y al aumento exponencial de las desigualdades, se une también la percepción de haber perdido capacidad de maniobra en nuestra autonomía. Un panorama muy poco liberal.

Sin duda, los avances científico-técnicos y la nueva revolución digital han traído enormes ventajas, y de ellas nos ocuparemos con detenimiento en la segunda parte del libro, pero no se puede dejar de mencionar la capacidad disruptiva que estos procesos tienen también en el acervo humano que no queremos perder. A veces, hemos parecido niños con juguetes nuevos, cegados sin saber muy bien el significado real de lo que teníamos entre manos.

Esto es algo que ya ha pasado en la historia. Se nos dice con insistencia que estamos ante la revolución tecnológica y científica más importante desde el neolítico. Sin duda es importante, disruptiva, fascinante y vertiginosa. También peligrosa, como todas, si no se construye sobre buenos cimientos. La digitalización, la inteligencia artificial, la edición genómica, las técnicas de rejuvenecimiento, la instantaneidad de las comunicaciones y los flujos financieros... todo ello ha acelerado el tiempo de forma singular, aunque cabe

dudar de que ésta sea la revolución que más nos ha cambiado. No digo que no lo sea, ni que no vaya a serlo. Me permito dudarlo como observador, porque si buscamos potenciales paralelismos históricos de los que extraer lecciones que nos ayuden a situarnos, encontramos algo verdaderamente fascinante en la Segunda Revolución Industrial y el cambio de siglo entre el XIX y el XX.

El XIX es el siglo en el que empieza la globalización tal y como la conocemos hoy. El comercio y la burguesía se consolidan de la mano de las revoluciones liberales y del progreso científico-técnico. Las distancias se acortan con el telégrafo, los nuevos barcos de vapor y las mejoras en la fotografía y el cine incipientes. El mundo, de pronto, se hace abarcable y la humanidad empieza a conocerse a sí misma. El espíritu aventurero y el afán de progreso llevan expediciones científicas y comerciales por todo el mundo, incluso al Ártico. Conocida es la expedición que en 1845 el almirante Franklin intentó para encontrar el Paso del Noroeste, y que hace poco ha servido de base para *The Terror*, una serie con aires victorianos realmente buena en su resumen de lo que aquí comentamos.

Alguien que hubiera nacido a mediados del siglo XIX no tendría comodidades muy distintas a las que un semejante había tenido mil años antes. En cambio, si hubiera vivido ochenta años, habría conocido durante su vida la llegada de la medicina moderna, la anestesia, la asepsia, la luz eléctrica, el gramófono, la fotografía, el cine, la construcción del metro, la radiografía diagnóstica, la ingeniería química y nuclear, el paso del coche de caballos al coche con motor, la aviación militar y comercial, las neveras, los ascensores, la radio o los primeros televisores. El panorama en el que vino al mundo es radicalmente distinto al que dejó al partir.

Tengo algunas reservas de que esto esté sucediendo ahora, aunque tampoco me caben dudas de que puede ser así. Pero conviene preguntarse si la Segunda Revolución Industrial no fue más disruptiva en necesidades y padecimientos humanos básicos que la actual revolución digital. Ésta nos mejora la vida, y aquélla nos la hizo tolerable. Si hoy queremos alargar la vida es porque en el cambio de siglo ésta adquirió valor propio. Dudarlo es un sano ejercicio, aunque sólo sea como ejercicio de humildad. Estamos engarzados con el pasado, somos deudores de valores, ideas, conceptos y servidumbres que no

nacen con nosotros, ni morirán con nosotros. Reconocer que somos parte de ese *continuum* es empezar a resolver parte de nuestros problemas anímicos.

No obstante, este afán tuvo en el colonialismo su cara amarga. En gran medida, el siglo XIX fue el siglo del Hombre Blanco, ese que, según el escritor inglés Rudyard Kipling, debía «cargar» con la responsabilidad de civilizar los pueblos y las culturas que iba encontrando en su periplo aventurero y osado por el mundo. Interesante a este respecto es la novela *El sueño del celta*, del premio Nobel Mario Vargas Llosa. El de la descolonización es un tema que aún provoca polémicas, no tanto porque no haya un dictado moral sobre lo que fue o un corpus jurídico para gestionarlo, como por las secuelas de racismo, xenofobia y fronteras artificiales que dejó. Muchos conflictos de África y Oriente Próximo son deudores de una descolonización muy mal planificada.

Aunque querría llamar la atención e incidir sobre otro problema menos evidente y medible, como los que vivimos actualmente. Es este paralelismo intangible el que me parece más relevante a la hora de alumbrar diagnósticos. Si nuestra época se caracteriza por una incertidumbre que nos lleva al pesimismo y al malestar, la época crepuscular de la Segunda Revolución Industrial fue todo lo contrario, pero con resultados catastróficos. De hecho, es este escarmiento histórico el que se llevó por delante la confianza en las grandes ideologías liberadoras. Algo que el liberalismo político y la economía de mercado no han sabido suplir con un proyecto igualmente atractivo en su exposición pública. Siempre serán pocas las veces que insistamos en que el liberalismo y el mercado no son el consumismo y la superficialidad. De esa caricatura nos ocuparemos más adelante.

Al inicio de una magnífica conferencia que pronunció en la Fundación Juan March ya hace unos años, la escritora y germanista Rosa Sala Rose mencionó un suceso que resumía la euforia desmedida con la que Occidente llegó a principios del siglo XIX. Habló de Franz Reichelt, un sastre franco-austríaco que en 1912 dijo haber diseñado una capa paracaídas. Para demostrar la validez de su invento, convocó a los precarios medios fotográficos y cinematográficos de la época. Saltaría de la Torre Eiffel y planearía para llegar sano y salvo a los jardines sobre las que se erguía. El vídeo está disponible en internet, y es bastante elocuente la confianza de Franz, así como

las imágenes que nos muestran a los testigos arrastrando el cadáver y midiendo el hueco en el suelo que había dejado el cuerpo en su caída mortal.

En opinión de Sala Rose, este acto temerario es la muestra del espíritu desmedidamente optimista y eufórico al que el ser humano occidental —el Hombre Blanco, si se quiere— llegó tras medio siglo de avances científico-técnicos, un progreso que alimentaba e incluso confirmaba los sueños más aparentemente ilusos. Hay que tener en cuenta que las novelas de Julio Verne eran consideradas ciencia ficción como podemos ver hoy nosotros la saga de *La guerra de las galaxias*. Sin embargo, muchos de sus ingenios imaginados se convertirían en pocos años en realidad, desde el viaje a la luna hasta el submarino.

El progreso material y el triunfo rotundo de las ideas occidentales nublaron el buen juicio de unas sociedades a las que los cambios habían sobrepasado, aun inconscientemente. Es este contexto de incapacidad para analizar y percibir los movimientos ocultos que subyacían a este cambio del espíritu civilizatorio lo que imposibilitó ver la cara oculta de este progreso embriagador. La industrialización acelerada creó grandes capas de excluidos sociales, sectores que no habían sobrevivido a la disrupción tecnológica y vagaban ahora entre la resignación y la vergüenza de las sombras que tan bien retrató Charles Dickens en sus novelas.

Los luditas, un movimiento de artesanos ingleses, habían protestado entre 1811 y 1816 contra las nuevas máquinas de la Primera Revolución Industrial. Destruían y boicoteaban los nuevos inventos que, denunciaban, les quitaban el trabajo. Algo de ese miedo existe hoy ante los vaticinios funestos sobre lo que la inteligencia artificial y la robótica harán con nuestro mercado de trabajo. Nos desayunamos cada día con augurios que no son nada halagüeños, con perfiles de consultorías y fundaciones que nos hablan de los perfiles laborales que sobrevivirán a esta imparable marcha. Como vemos, esta reacción no es nueva, y lo cierto es que las previsiones catastrofistas jamás se cumplieron. La evolución social fue creando nuevos empleos para nuevas necesidades, tareas difíciles de predecir en el momento en que la máquina empezaba a cumplir su función. Desde el neolítico ha funcionado eso que el economista austro-estadounidense Joseph Alois Schumpeter llamó la «destrucción creadora». El

saldo neto del cambio ha sido hasta ahora positivo.

Ahora bien, cuando hablamos de saldo neto, nos referimos a conceptos contables. Y ya hemos denunciado cómo hablar en estos términos suele ser bastante perjudicial para la estabilidad y el buen humor sociales. El siglo XIX y principios del XX produjo una mezcla extraña de optimismo inmoderado, aumento de la riqueza, exclusión social y auge de ideologías extremas que representaban los polos en liza de la época. De las dos revoluciones industriales y la mecanización nacieron las clases sociales, sobre todo la burguesía y el proletariado. Un subgrupo social este último que adquirió fuerza política con las teorías materialistas y utópicas, desde el anarquismo al comunismo. El proletariado, por usar términos marxistas, adquirió conciencia de sí mismo y se convirtió en clase, un motor de la historia que, a través de sindicatos y partidos también de clase, se convirtió en protagonismo de una realidad que ya empezaba a ser retransmitida por radio y fotografía con una capacidad de atracción muy fuerte.

A esta clase se opusieron movimientos reaccionarios, generalmente de matriz nacionalista, aunque también puramente económicos o aliados con ellos. Nacieron así partidos nacionalistas que derivaron en sus manifestaciones extremas en el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. Las convulsiones sociales desde principios del siglo XX habían sido habituales. Pero hay un capítulo previo en el que la técnica y el optimismo con pies de barro dieron lugar a una masacre sin precedentes: hablo de la Primera Guerra Mundial, un episodio histórico sobre cuyo origen los historiadores aún mantienen dudas. Sobre sus causas de fondo y alimento durante su desarrollo hay más claridad. El historiador Christopher Clark ha escrito hace pocos años una obra canónica, *Sonámbulos*, donde explica esa suerte de ingenuidad culpable de unos líderes ensimismados en sus viejas certezas. Lo que creían que sería una guerra corta («antes de Navidad estaremos en casa», se escuchaba en los distintos cuarteles generales en agosto de 1914) se convirtió en una masacre de cuatro años que terminó con tres imperios y Estados Unidos como potencia mundial. En el camino se había quedado Austria-Hungría, el Imperio otomano y el Imperio alemán, además de la Rusia zarista, gobernada desde 1917 por los bolcheviques de Lenin.

Lo que Clark o Barbara Tuchman —autora de *Los cañones de agosto*, uno de los libros de cabecera del presidente John F. Kennedy— defienden es que en este pésimo cálculo entraron en juego dos factores esenciales. Por un lado, el despliegue global en zonas de influencia coloniales y comerciales. Cada uno quería una mejor porción de la tarta. Pero, sobre todo, lo que condicionó la duración y la crueldad de la Primera Guerra Mundial fue el salto tecnológico. Si antes las guerras sucedían en campos de batalla alejados de los centros urbanos y con bajas esencialmente militares, ésta produjo millones de bajas civiles, además de aumentar de forma exagerada los caídos en los campos de batalla. Recordemos que en la batalla del Somme de 1916 hubo un millón de bajas entre los bandos en liza. Sólo el primer día de batalla, el 1 de julio, el ejército británico sufrió 19.240 muertos. Las lecciones del libro de Tuchman, por cierto, fueron muy importantes en los razonamientos del presidente Kennedy durante la crisis de los misiles cubanos en 1962. También aquí se dio una mezcla de optimismo militar en sus capacidades y tecnología devastadora. JFK supo prever el peligro del que hablaba Tuchman y optó por una inteligentísima negociación disuasoria.

La Primera Guerra Mundial estalló apenas dos años después de que Franz Reichelt se estampara contra el suelo, ebrio de progreso y confianza excesiva en sus capacidades. Un resumen de la época a la que había dado lugar la Segunda Revolución Industrial. La época de entreguerras supuso, además del desmoronamiento imperial, el nacimiento de un mundo caótico, en el que ideologías enfrentadas buscaban entre los escombros los retales de ideologías totales. Hemos mencionado el comunismo o el fascismo, que adquirieron sus particularidades en los distintos países donde se desarrollaron. Mientras tanto, Estados Unidos vivió su particular euforia de posguerra, de la que había salido como potencia global tras un inicio de la contienda en el que buscó protegerse en un aislacionismo que ya no podía permitirse. El presidente Woodrow Wilson acabaría como uno de los padres del derecho de autodeterminación de los pueblos colonizados.

Benito Mussolini había llegado al poder en 1922 tras la *Marcia su Roma* (la Marcha sobre Roma), con la que sus camisas negras fascistas exigieron al rey el poder para el *Duce*. Adolf Hitler, un soldado austríaco de rango inferior

resentido con el Tratado de Versalles y las reparaciones de guerra a las que Alemania se vio obligada tras su firma en 1918, había dado un *Putsch* en una cervecería Bávara en 1923. El golpe fallido lo llevó a la cárcel, donde escribiría su famoso libro *Mein Kampf* (*Mi Lucha*), donde ya estaban consignados los rasgos esenciales de su paranoia política: el antisemitismo, la necesidad del espacio vital y sus ensoñaciones bélicas. Ese mismo año, el general Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado con la aquiescencia del rey Alfonso XIII, lo que polarizó aún más una sociedad en la que las izquierdas y las derechas tenían modelos políticos en el extranjero que les servían de faro: los fascismos europeos y el comunismo soviético.

La Revolución de Octubre de 1917 había llevado al poder a los bolcheviques de Lenin tras unos meses de Gobierno democrático —o con intenciones de convertirse en uno tras estabilizar la situación en pleno caos de la Primera Guerra Mundial— de Kerensky. El líder comunista sacó a Rusia de la guerra, en la que participaba junto a las potencias centrales. El establecimiento progresivo de la dictadura del proletariado, más la creación de un *komintern* potente que ayudaba a los compañeros y organizaciones de otros países, hizo del modelo soviético el espejo en el que gran parte de las izquierdas continentales empezaron a mirarse. La revolución era posible, pero aún no se conocían los monstruos que crearía.

Los asesinatos políticos, las huelgas y los levantamientos revolucionarios se extendieron por toda Europa, aumentando con ello la reacción fascista en pos del orden y la seguridad. Los enfrentamientos en las calles de Alemania entre comunistas y camisas pardas eran constantes durante los años de la República de Weimar. La insatisfacción social de grandes capas de la población —no sólo trabajadores, también la burguesía, ahogada por la hiperinflación y el ambiente de inseguridad— reforzó los bandos en una espiral que fue imposible detener. La misma lógica se repitió en Italia, España o Francia. El mundo se había descompuesto en apenas un lustro. El sólido mundo que los habitantes de la próspera Europa creían eterno y estable, el lugar más cultivado y civilizado de la tierra, había entrado en barrena. Los europeos se mataban entre sí y estaban a las puertas de una conflagración que dejaría más de cincuenta millones de muertos entre civiles y militares. El

escritor austríaco Stefan Zweig escribió un libro elegíaco sobre este pasado reciente europeo, *El mundo de ayer*, en busca él también de una explicación —que no encontró, y acabaría suicidándose en su exilio brasileño— para la pesadilla europea.

Estados Unidos, mientras tanto, vivía momentos de aparente euforia. Había salido reforzado de una contienda que lo había dejado como la única potencia real de Occidente. El Imperio británico decaía y los demás habían desaparecido. Al fondo, se intuía la Rusia soviética como futuro rival, pero los estadounidenses estaban volcados en su mercado interno, y de nuevo el exceso de euforia y la falta de análisis crítico cebó el desastre bursátil que estallaría en el crac de 1929. La Gran Depresión causó estragos en Estados Unidos: hambre, miseria, suicidios, inestabilidad política y social. La primera etapa de euforia artificial previa al crac es la que describe Francis Scott Fitzgerald en la inolvidable *El Gran Gatsby*. Y la situación decadente y paupérrima posterior fue muy bien descrita en *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck.

En aquellos años de resaca, Estados Unidos tuvo la fortuna de elegir a un presidente perspicaz como Franklin Delano Roosevelt, que supo entender muy bien su tiempo histórico. El *New Deal*, su ingente plan de reactivación económica y asistencia social, estabilizó la retaguardia estadounidense e hizo posible que, al estallar la Segunda Guerra Mundial poco más de un lustro después, Estados Unidos tuviera una capacidad militar enorme, dispuesto para la vanguardia. Primero mediante la ayuda asistencial con insumos a través del Atlántico a sus aliados europeos, y después involucrándose directamente en la guerra tras el ataque japonés a la base de Pearl Harbor, la base naval de la Armada estadounidense en el Pacífico, cerca de Hawai. Como curiosidad histórica, y puesto que comentamos los errores de percepción que produce la euforia inmoderada y el exceso de confianza, es llamativo que fuera Hitler quien declarara la guerra a Estados Unidos y no al revés, una vez éste lo hiciera con Japón.

Si me he detenido en un repaso histórico resumido no es por capricho. Si repasamos los hechos sucedidos en Occidente desde las revoluciones industriales, pero especialmente desde los inicios de la segunda, lo que

colegimos es que la humanidad no supo amoldar un cambio tecnológico y científico exponencial a su realidad política y social. Si el mundo se desordenó y se transformó tanto fue por la capacidad técnica y científica que ahora tenía el hombre a su disposición. Para lo bueno —hemos comentado ya los avances en medicina o comunicaciones de todo tipo—, pero también para lo malo: caos social, aumento de las desigualdades, desatención de masas de desposeídos de cuya frustración se alimentaron ideologías extremas y, finalmente, dos guerras mundiales. No es que haya un determinismo hegeliano, porque la realidad es contingente y la política y la diplomacia pudieron hacer más y mejor. Pero tampoco se puede ignorar el peso que el progreso científico-técnico, las revoluciones industriales, tuvieron en las grandes derrotas morales de nuestros últimos dos siglos.

Es importante recuperar ese hilo histórico, el que nos permite reconocer qué patrones de comportamiento nos llevan directamente al abismo. De entrada, admitamos que la revolución digital que vivimos es disruptiva, transformadora, pero que también puede serlo para mal si no atendemos a los síntomas que nos dicen que hay grandes sectores descontentos. Y entendamos que la historia nos enseña qué ha ocurrido en casos similares, en los que hemos creído que las herramientas nuevas alumbraban un mundo sin vuelta atrás. Si estos problemas no los solucionamos nosotros, aquellos que defendemos la democracia liberal y la economía de mercado, vendrán otros desde fuera del sistema a hacerlo, apoyándose en la gran capa de excluidos y descontentos.

El cambio tecnológico debe ser una llamada a la prudencia. Porque la realidad es que las etapas de transformación científico-técnicas de la historia contemporánea nos enseñan que el exceso de confianza y expectativas conducen a un callejón sin salida. En este sentido, el auge de las telecomunicaciones ha creado una realidad a veces llamativa. A la desigualdad de rentas en las sociedades le ha seguido una de otro tipo, tan preocupante como la primera. Es aquella entre optimistas inmoderados, que giran alrededor de las nuevas empresas de Silicon Valley, y una ingente cantidad de trabajadores y clases medias que ven con pesimismo y angustia los procesos de automatización del trabajo y el fin de la economía

intermediada. Los discursos del inventor Elon Musk, en los que explica que va a lanzar al espacio un coche de su empresa, Tesla, conviven con una frustración social enorme en muchos ciudadanos. Las rentas no alcanzan, y si lo hacen, no sabemos si mañana habrá más rentas. Estos ánimos escapan por las redes sociales y se hacen notar en urnas que insistentemente refuerzan a partidos o líderes populistas y nacionalistas, que venden una seguridad falsa pero que calan en terreno abonado. ¿No hemos visto esto antes en la historia? Sin duda, sí.

Los defensores de las virtudes y el potencial benigno de la revolución digital somos, precisamente, quienes debemos alertar contra la ebriedad intelectual que incapacita para ver señales de alerta muy evidentes. No puede haber un verdadero aprovechamiento de la técnica y la ciencia sin un sustento histórico-moral sólido. Ese que, precisamente, hemos perdido desde el final de la Guerra Fría y que debemos volver a encontrar si no queremos que otros sin ideales democráticos y liberales lo exploten eficazmente en nuestra contra. Como, en parte, ya está sucediendo. ¿No es sorprendente la facilidad con la que calan en nuestras sociedades las *fake news* y las posverdades? Quizá esté en esto que señalo gran parte del problema.

Nadie duda de que es necesario adaptar el tejido productivo, la economía, la sociedad, a la revolución digital. La vuelta a la Arcadia feliz no es posible ni deseable. Ni necesaria. Preparar la sociedad para la digitalización es un sobreentendido que comparto y que no necesita la defensa. No hay que discutir lo obvio, pero la conversación pública alrededor de las tecnológicas ha de ser también cultural y social. Y temo, como he expuesto aquí con algunos casos concretos de innovación, cambio y políticas laborales, que no se está haciendo así, o al menos no de forma suficiente. La conversación tecnológica atañe, primeramente, al ser humano, a su dignidad y a su libertad, además de a la cuenta de resultados de cualquier compañía.

La globalización

El ataque de Al Qaeda contra las Torres Gemelas y el Pentágono marcó un antes y un después en el ánimo de Occidente. Ver cómo caían derruidos dos edificios que eran símbolos del orden mundial, en pleno sur de Manhattan y cerca de Wall Street, resultó un golpe tremendo para la imagen y la autoestima que las sociedades liberales tenían de sí mismas. Nueva York es el corazón del capitalismo occidental, y Estados Unidos, la superpotencia que le daba amparo y la representaba por el mundo. George W. Bush acababa de llegar a la Casa Blanca tras una polémica victoria sobre el demócrata Al Gore, y no dudó un segundo en lanzar la llamada «guerra contra el terrorismo». Primero se invadió Afganistán tras un ultimátum para que entregaran al saudí Osama bin Laden, líder de Al Qaeda y a quien se responsabilizaba del atentado. Posteriormente, ya en 2003, comenzó el ataque al Irak de Saddam Hussein, acusado de tener armas de destrucción masiva.

Todos recordamos la polémica que desató este ataque. El orden multilateral de posguerra sufrió su mayor prueba de estrés, y con el paso del tiempo, quién sabe si no fue premonitoria y definitiva. El Consejo de Seguridad, formado por las potencias permanentes ganadoras de la Segunda Guerra Mundial —Estados Unidos, Rusia, China, Francia y Reino Unido, más

los miembros no permanentes— discutieron de forma dramática la forma de encarar el desafío. La oposición firme de Francia hizo que la conocida como Segunda Guerra del Golfo contra Saddam se produjera sin el aval de la ONU. Se habló entonces de «guerra ilegal». Las calles de las principales ciudades del mundo se llenaron de manifestantes que coreaban un estruendoso «No a la guerra» que aún tiene eco en nuestros días. España decidió dar apoyo político a la polémica intervención, además de apoyo logístico en retaguardia. El peso de la relación hispano-estadounidense, que viene de mucho antes del ingreso en la OTAN, se impuso a los marcos multilaterales mencionados.

El resultado es conocido. O, mejor dicho, aún no lo es. Estados Unidos invadió Irak y consiguió derrocar a Saddam. La sensación de euforia fue tal — de nuevo— que el presidente Bush anunció en mayo de 2003 que habían terminado las operaciones principales en Irak. Detrás de él, colgada sobre la cabina de mando del portaviones, un cartel rezaba «Misión cumplida». La escalada que se inició posteriormente, y que trataremos más adelante, no sólo retardó la salida de Estados Unidos del país árabe, sino que aumentó considerablemente las bajas estadounidenses en combate. Durante muchos meses, el anuncio de atentados indiscriminados contra población civil, la nueva administración iraquí y los convoyes militares fueron el pan nuestro de cada día en los telediarios. Los anuncios del Pentágono y la Casa Blanca anunciando bajas y nuevos envíos de soldados recordaban a la escalada de Vietnam. Uno de los espantajos y pesadillas recientes de la sociedad norteamericana.

Sea como fuere, la situación no mejoró tampoco con la llegada de Barack Obama al Despacho Oval en 2008. El presidente demócrata hubo de revisar sus promesas electorales respecto a la retirada gradual de Afganistán e Irak. Ambos frentes se enquistaron y siguen siendo un quebradero de cabeza para la política exterior norteamericana, siempre en un precario equilibrio entre su papel de potencia global y sus instintos aislacionistas. Tampoco un presidente como Donald Trump, que llegó al cargo con promesas de retirada aún más estridentes que las de Obama, ha podido cumplir su palabra. La realidad manda, y lo cierto es que siguen sobre el terreno militares de operaciones e instructores. No sólo en Irak y Afganistán, sino también en Siria. De esto y del

rompecabezas de Oriente Próximo hablaremos más adelante en detalle.

Lo que quiero resaltar aquí es un hecho que ocurrió en el mismo año en el que sucedieron los atentados que dieron lugar a la secuencia de la que hablamos. Todo lo que vino tras la caída de las Torres Gemelas nos es tristemente familiar. En cambio, hay otro hecho que se produce en esas mismas fechas que tiene, si no más, sí la misma importancia, y que sin embargo pasa desapercibido en el relato cotidiano que como sociedad nos contamos en los medios.

En diciembre de 2001, China se incorporó como miembro de pleno derecho a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Este marco legal facilita y regula los intercambios comerciales. Aquellos que creemos en un mundo abierto y con economía de mercado no podemos sino alegrarnos. El ensayista Matt Ridley hizo en el mencionado *El optimista racional* un repaso histórico muy interesante sobre el papel del comercio en el progreso. Un dato del Global Institute de McKinsey sirve para cuantificar la transformación: a pesar de la recesión económica mundial, en 2012 los flujos financieros y el comercio en bienes y servicios suponían el 36 por ciento del PIB mundial, una vez y media más que en 1980. La cifra constante de millones de personas que han salido de la pobreza en países subdesarrollados y en vías de desarrollo es indisoluble de este auge sostenido del comercio global.

La OMC no forma parte del sistema de las Naciones Unidas (ONU) ni de otros organismos nacidos de los acuerdos de Bretton Woods que diseñaron el mundo de posguerra. No obstante, es un verdadero organismo multilateral. Es heredera del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, conocido por sus siglas en inglés: GATT. Esta organización ha realizado dos rondas importantes para clarificar e impulsar el comercio global dando entrada a miembros que asumían determinadas reglas. Como los miembros de la Unión Europea tienen transferida las competencias de política comercial al ejecutivo comunitario, la UE forma parte como un solo miembro que representa a todos los Estados. En total, la OMC agrupa a 164 miembros, lo que no quiere decir países, como hemos visto en el caso europeo. Afganistán se incorporó en 2016, y este ejemplo nos muestra la heterogeneidad de los países que la componen. No es un club de democracias liberales con

estándares homologables en derechos laborales o seguridad jurídica. Y es aquí donde reside parte del problema.

El GATT y la OMC han realizado dos grandes rondas que buscaban grandes acuerdos entre bloques comerciales que, resumiendo mucho, se dividían entre los países desarrollados y los demás. Los primeros buscaban entrar en nuevos mercados con más seguridad jurídica y los segundos se enfocaron en pedir la rebaja de los subsidios occidentales a los productos agrícolas y otras materias primas. Las rondas de Uruguay, en la década de 1990, y la de Doha, ya en el siglo XXI, no consiguieron grandes acuerdos globales, pero sí la incorporación de socios importantes y la reducción significativa de aranceles en determinados sectores. Estos acuerdos han establecido, por ejemplo, un sistema jurídico de resolución de conflictos comerciales entre países y/o empresas. Ha dado un cauce legal a las discrepancias que en otras épocas han sido motivo de guerras puntuales o de crisis diplomáticas.

La caída del Muro en 1989 aceleró el empuje que el comercio global ya presentaba en los años ochenta. Todo el bloque de Europa Central se incorporó de forma más o menos ordenada, con el horizonte comunitario al final del camino. Todo lo contrario que Rusia, cuyo proceso de liberalización extrema dio lugar a una caricatura del capitalismo y la democracia. El país se llenó de oligarcas y millonarios, crecidos al calor de las privatizaciones corruptas de los restos del naufragio soviético. La Rusia de Yeltsin vivía en un caos económico que no fue capaz, lógicamente, de sostener un edificio democrático. La llegada de un «hombre fuerte» como Putin en 2000 ha derivado en un régimen autoritario y represor de la oposición y los medios hostiles.

En el mismo 1989, el economista John Williamson estableció el término de Consenso de Washington para hablar de diez recomendaciones específicas para aplicar en países en desarrollo en crisis económicas. El paquete suponía un *shock* rápido de estabilización macro, liberalización en inversiones y comercio, aumento del peso del sector privado y reducción del sector público. Estas «recomendaciones» fueron aplicadas en la década siguiente en América Latina, sin conseguir con ello revertir los alarmantes niveles de desigualdad,

inestabilidad social y delincuencia. Se comenzó a hablar de una década perdida. También en Rusia, donde los resultados son bien conocidos. Es por ello que el concepto de Williamson se convirtió pronto en sinónimo de lo peor del capitalismo, dando carta de naturaleza al así llamado y temido neoliberalismo. Es en este contexto en el que se incuban las protestas antiglobalización que vimos durante la primera década del siglo XXI.

Ha sido una imagen familiar para todos. Cada cumbre de los distintos organismos internacionales o europeos era precedida de grandes protestas. Ocasionalmente violentas. Así ocurrió en la contracumbre de la OMC en Seattle en 1999, hechos que supusieron un hito recordado como el pistoletazo de salida de un movimiento altermundista que ha tenido en las cumbres de Porto Alegre, en Brasil, la sede informal de muchos y variados sectores contrarios a la globalización. Ahora sabemos que tenían parte de razón, si no en sus diagnósticos, sí en muchos de sus vaticinios sobre lo que podría pasar con la estabilidad social o el medio ambiente.

Estas protestas también han sido rutinarias en las grandes cumbres europeas. Especialmente relevantes fueron las protestas ocurridas en Génova en julio de 2001 durante la cumbre del G8. Ese año parece destinado a marcar a fuego nuestra época. La muerte de un joven italiano por las fuerzas policiales que trataban de controlar las protestas supuso un paso más en la internacionalización del relato contrario. Los antiglobalizadores o altermundistas eran, no tan paradójicamente, uno de los paradigmas de la globalización. Desde entonces, ha habido grandes protestas, como las de 2017 en Hamburgo durante una cumbre del G20, pero lo realmente significativo es analizar por qué ocurrían en plenos «años felices» del crecimiento económico y la globalización financiera y comercial, y por qué no supimos ver su relevancia.

El movimiento antiglobalización coge vuelo y relevancia en la década de 1990 y en los primeros años del siglo XXI, época que recordamos con nostalgia por la estabilidad política, económica y social que había comparadas con la de nuestros días. Sin embargo, a poco que escarbemos en la historia de esos años, concluimos que ya entonces había señales evidentes de un malestar y una frustración que hicimos mal en desdeñar. Al producirse

en épocas de bonanza y consensos aparentes, estas grandes muestras de disconformidad tienen un valor analítico mayor que las de una época en que los movimientos de protesta se produjeron en plena crisis. El 15-M u *Occupy Wall Street* tienen un valor social más relevante que las protestas antiglobalización de los años noventa y los primeros del 2000, pero tienen menos carga predictiva de una época por venir. Las acampadas en la Puerta del Sol de mayo de 2011 eran la válvula de escape de una presión social fruto de la crisis y estaban ante nuestros ojos, mientras que las protestas globales en Seattle o las cumbres de Porto Alegre eran fáciles de obviar por el contexto de alegría financiera.

También en meses de prosperidad y buen recuerdo, justo un año después de la gran ampliación comunitaria de los países de Europa Central, antiguos satélites de la URSS, Holanda y Francia rechazaron en sendos referendos la Constitución Europea aprobada en 2004, cuando en otro mayo convulso, el 54,87 por ciento de franceses llamados a votar dijo no. Sorpresas de la historia, es ahora el presidente francés, Emmanuel Macron, quien pide una serie de reformas de las instituciones europeas que ya estaban recogidas en aquella fallida Carta Magna. De hecho, de haber entrado en vigor ese texto, Europa habría estado mejor preparada para gestionar la crisis que sobrevendría apenas unos años después.

De nuevo, lo llamativo es este rechazo del proyecto europeo y del crecimiento económico global en plenos años dorados. Por tanto, cabe concluir que si ahora vemos que el malestar no desaparece con la superación de la crisis, tampoco llegó con ella. Y todos estos hechos son síntomas que debimos haber atendido y analizado con más rigor. No supimos o no quisimos verlo. ¿Por qué? Caben razones de muchos tipos, desde culturales y antropológicas hasta materiales. Sea como fuere, lo cierto es que se pecó de una soberbia que se arrastraba desde el final de la Guerra Fría. Agarrados a la sensación de «fin de la historia», la creencia de que ésta avanzaba en el único camino posible, directa al progreso general, confundió y nubló la vista de muchos, de casi todos. El paralelismo con el siglo XIX y principios del XX es claro. Ya hemos hablado de la sorpresa generalizada con la que los ciudadanos europeos se vieron inmersos en la Primera Guerra Mundial.

Compartían esa sensación de haber llegado al carril correcto hacia la realización del sueño ilustrado y liberal, también de la mano de unos avances científico-técnicos asombrosos.

¿Cuál era, entonces, la fuente de ese malestar soterrado en tiempos de bonanza? Antes hemos hablado del cambio tecnológico, y el bosquejo ha sido más culturalista que materialista, aunque no sólo. En la globalización —esto es, en el sistema económico instaurado en la posguerra fría—, las razones materiales se imponen, pero tampoco son suficientes, a mi juicio, para explicar una sensación tan extendida en Occidente. Estamos ante una crisis multicausal que, en consecuencia, se manifiesta de distintas formas, en cada lugar con un ropaje local distinto y con distinta intensidad dependiendo de la posición de cada uno y de las expectativas que se generaron cuando cayó el Telón de Acero.

El final de la Guerra Fría supuso la incorporación de los llamados Segundo Mundo (comunista) y Tercer Mundo (países pobres y en vías de desarrollo que no se adherían formalmente a ninguno de los bloques) a la economía global. De la mano de la OMC y de los impulsos desreguladores de un sector financiero favorecido por los avances tecnológicos, comenzaron a aumentar los flujos comerciales, financieros y de información. El sueño cosmopolita parecía al alcance de la mano. El auge del turismo en zonas anteriormente proscritas permitió que empezáramos a conocernos de forma genuina. Los analistas solían decir que este conocimiento de primera mano mitigaría el racismo y la xenofobia que producía el hecho de conocer otras culturas del planeta sólo por estereotipos. Todo esto provocaría, al fin, que reconociéramos que nos parecíamos más de lo que pensábamos, y sería sobre esos pilares comunes sobre los que construiríamos un nuevo orden global multilateralista, pacífico y eficiente. Por último, el ejemplo de la felicidad de las sociedades de clases medias occidentales acabaría por contagiar a las clases emergentes de países como China, que derivarían en sistemas políticos democráticos, y en esquemas institucionales y sociales liberales.

Lo que vemos, más de veinticinco años después, se parece poco a esta predicción en la que tantos cayeron durante la década feliz de 1990. El panorama que encontramos hoy es el de sociedades occidentales asustadas y

replegadas en sus refugios identitarios. El nacionalismo ha vuelto, de la mano, además, del agravante populista. Y China, por su parte, así como otros países no democráticos o de calidad democrática dudosa, sí han cumplido el vaticinio que los imaginaba como Estados plenamente integrados en la economía global. Incluso, frente a un Donald Trump que retiró a su país de la firma del Tratado Transpacífico de Libre Comercio (TTP) al llegar al poder en 2017, Xi Jinping, líder indiscutido de China, acudió ese mismo año al Foro Económico de Davos, en Suiza, donde simbólicamente tomó el cetro de adalid del libre comercio. De ello nos ocuparemos más adelante con más detalle.

Este hecho, lejos de contemplarse con el optimismo de otras épocas, como un paso en la dirección correcta, es visto ahora con la angustia de quien cree que el futuro no le pertenece. O que ni siquiera será un futuro compartido. China, lejos de renunciar al autoritarismo, ha redoblado su apuesta por el control social y político. Lejos de las previsiones, el XIX Congreso del Partido Comunista de China (PCCh), celebrado en 2017, supuso una vuelta de tuerca en su regresión gracias al uso de la inteligencia artificial y el *Big Data*. La tecnología, que venía a liberarnos, se alía con los autócratas. No sólo en China, también en Rusia, Turquía o Irán, donde los poderes públicos prohíben sin garantías el uso de redes sociales o aplicaciones de mensajería cuando lo consideran conveniente. Así sucedió, de hecho, durante el mencionado congreso del PCCh. Los mandatarios chinos han retirado de la Constitución del gigante asiático la limitación temporal de mandatos, y han vuelto a la costumbre del culto al líder de Mao, ahora con Xi. El actual presidente y secretario general no sólo acumula y centraliza más poder, sino que ha incluido en la Carta Magna lo que se llama «pensamiento de Xi», algo que sólo estaba reservado a Mao, fundador de la República Popular. Claro está que las esperanzas democratizadoras y liberales respecto a China eran infundadas.

Nos encontramos así con una dictadura que hace bandera del libre comercio y la globalización, un producto en cuyo ADN creíamos ver la huella indeleble de la democracia y los valores occidentales. No es extraño que muchos economistas hayan criticado con dureza aquella decisión de dejar entrar a China en la OMC en 2001. En nuestro país, el economista Fernando

Trías de Bes incluyó muchas de las opiniones críticas en su libro *El gran cambio* (2013), donde analizaba esta incorporación como uno de los puntos de no retorno del malestar. ¿Por qué razones? No sólo porque no se hayan cumplido los venturosos vaticinios respecto a la democratización china, sino porque económicamente ha supuesto un enorme perjuicio a la salud laboral de la economía global a través de una competencia desleal. Sus trabajadores, sin libertades políticas ni derechos laborales como los occidentales, hacían mucho más competitivos sus fábricas y sus servicios. Las deslocalizaciones y el famoso *Made in China* comenzaron a ser habituales en productos de consumo habituales.

Empezaron a ser rutinarias las expediciones a China de dirigentes políticos acompañados de empresarios, en busca de mejoras competitivas vía costes. El vaticinio decía que irían desde Occidente hasta Oriente los trabajos más penosos, mientras que en nuestros países permanecerían o se crearían trabajos de alto valor añadido, mejor remunerados, más estables y más sofisticados para el intelecto. Nos quedaría la productividad del capital y la materia gris, mientras los países recién incorporados al comercio global y más pobres se encargarían de labores que nosotros, privilegiados y acomodados, ya no queríamos hacer. Y lo que vemos, en cambio, es que China o India son también punteros en nuevas tecnologías, algoritmos, *Big Data*, cibertecnologías e incluso tecnologías relacionadas con el espacio. Además, han tomado la iniciativa contra el cambio climático, justo cuando Estados Unidos también decide retirarse del Acuerdo de París que buscaba combatirlo.

China, además de haberse llevado muchas inversiones y fábricas, también ha creado los puestos que, en teoría, debíamos haber creado nosotros de forma más continuada, precisamente para competir con ella. La sensación que persiste es la de que Occidente ha dejado de tener el control de la globalización que él mismo diseñó en función de sus valores e intereses. China, Asia en general, ha crecido demasiado dentro de este esquema y sentimos que se ha «apropiado» de él. Lo organiza a su manera, y además no se ve en la tesitura de acometer procesos de apertura política, mucho menos dar pasos hacia la democracia. El negocio, pensamos, ha sido pésimo: pérdida de trabajos y de seguridad en los mismos, de autoestima política, bajada de la

competitividad y pérdida del control del proceso político-económico de la globalización. Que esto no es exactamente así y que el auge de China tiene obstáculos importantes en el camino, es algo que analizaremos más adelante. Pero esta sensación de pérdida de posiciones es una realidad con consecuencias políticas realmente disruptivas.

Miremos a Estados Unidos, cuya evolución trataremos en ulteriores capítulos. Donald Trump basó su campaña, entre otras muchas cosas, en denunciar el déficit comercial de 300.000 millones de dólares que su país mantiene desde hace muchos años con China. El heterodoxo presidente prometió acabar con esta diferencia entre lo que su país compraba a China y lo que el gigante asiático importaba desde Estados Unidos. La sangre de campaña estuvo cerca de llegar al río de los aranceles cuando Trump exigió rebajas de las trabas chinas a la importación de vehículos estadounidenses. Antes había aprobado gravar la compra de lavadoras y paneles solares chinos en el mercado de Estados Unidos. Finalmente, y tras unas negociaciones maratónicas condicionadas por la negociación nuclear de Corea del Norte — donde China es mediador indispensable—, ambas potencias pactaron aparcarse la guerra comercial y se comprometieron a reducir dicho déficit comercial.

Además del mencionado TTP transpacífico del que Trump ordenó la retirada, también estuvo muy presente en la campaña y en los primeros años de su mandato el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés), firmado por Estados Unidos, México y Canadá, en vigor desde 1994. Dicho acuerdo permitió la instalación al sur del Río Grande de numerosas fábricas de ensamblaje, conocidas como *maquilas*, en un esquema de funcionamiento similar al que se esperaba de los acuerdos comerciales con China: se irán los trabajos de poco valor añadido y mucho factor trabajo (mal remunerados), y nos quedaremos con los trabajos que exigen más capital productivo y humano, y que por tanto están mejor pagados. Se ganaría competitividad por ambos flancos. Y, sin embargo, nos encontramos con que, nada menos que unos veinte años después, este pacto ha servido a un presidente republicano proteccionista como baza electoral ante clases medias trabajadoras que han visto cómo se iban sus trabajos sin que otros acudieran a darle sustento.

Finalmente, y tras no pocos sobresaltos y la elección de un nuevo presidente de rasgos claramente populistas en México, este país y Estados Unidos anunciaron un acuerdo que aumenta el porcentaje de producción realizada en América del Norte y que los automóviles pueden ser ensamblados en cualquiera de los países firmantes del acuerdo. El nuevo pacto se llamará USMCA, un nombre algo raro que da primacía en las siglas a Estados Unidos. *America First*, como decía Trump, también aquí. También se ha sumado Canadá, algo a regañadientes, tras haber conseguido que el arbitraje externo no varíe. Mejor esa solución que la ruptura que se anunciaba, aunque en este trato Canadá quedó descolgado: cuando escribo estas líneas aún no sabía si sumarse a un acuerdo en el que no había sido decisivo o enfrentarse a sus antiguos socios del sur. Sea como fuere, el caso es que, aunque se ha conseguido salvar el acuerdo, uno de los socios puede quedar descolgado y, además, las relaciones entre las tres partes han quedado irremediabilmente enrarecidas. Y no olvidemos que en el comercio internacional es fundamental la confianza entre las partes y en las reglas que lo regulan. En ambos casos han resultado muy dañadas.

Entran aquí en consideración otras cuestiones, como el cambio tecnológico y la robotización, que el consenso de los analistas ve como la verdadera causa de fondo de la pérdida de puestos de trabajo en el cinturón industrial de Estados Unidos. Pero volvemos al núcleo del malestar: muchas veces hablamos de percepciones más que de hechos. Percepciones convenientemente explotadas por líderes populistas que, en cambio, cuentan con un terreno abonado que está presto a recibir sus falsos remedios por culpa, también, de la falta de voluntad que mostramos como sociedades para hacernos cargo de los residuos que nuestro sistema genera. En el caso del NAFTA, Trump arguyó también el déficit comercial que sufría su país por las facilidades de las empresas para instalarse en México y pagar menos salarios y menos protección social. Un mensaje sencillo y directo que ha calado en una clase media angustiada por la incertidumbre y la revolución digital. También aquí Estados Unidos ha conseguido una renegociación a su favor.

Esto no son hechos anecdóticos. Que sea el iconoclasta Trump quien se haga cargo de muchas patologías económicas del sistema es en parte porque él

las representa en sí mismo. El nuevo presidente no es un enemigo del sistema que viene a romperlo por capricho desde otra galaxia. Sus ambiciones de poder y su megalomanía han encontrado un relato que encaja con la ira social que los cambios tecnológicos, económicos y financieros han producido en una sociedad que no percibe beneficios de la globalización. Su historia está en las grandes tragedias griegas, e incluso en la historia de la Roma imperial. No estamos ante un fenómeno novedoso, aunque sí chocante en una era de revolución tecnológica donde dábamos por superados este tipo de sobresaltos políticos. También hay nuevas epidemias, como la mencionada de la soledad, que considerábamos de otra época. Por no hablar de la crisis de los opiáceos en Estados Unidos, que cada año mata a más personas que soldados caídos durante toda la guerra de Vietnam. Son todos síntomas que, unidos como en un gran puzle, nos dejan ver un cuadro nada halagüeño que debemos afrontar desde la democracia liberal y los valores occidentales. Al menos si queremos que nuestros conciudadanos no sean tan receptivos a los cantos de sirena que reciben desde posiciones políticas liberales, cuando no directamente dictatoriales.

Dije una vez, para escándalo de muchos, que los votantes populistas eran de todo menos estúpidos. Culpar a Trump, Salvini, Le Pen, Orban o a los ciudadanos que los votan es un blanqueador de conciencia con muy poco recorrido. El voto a estos personajes es reactivo, fruto casi siempre de un desengaño aposentado en lustros de sensación de parálisis. La creación del euro ha sido muy beneficiosa en términos generales, pero lo ha sido para unos más que para otros. Ha crecido el comercio fruto de la seguridad jurídica comunitaria, pero las rentas salariales apenas han subido desde la creación de la moneda única, a diferencia de la retribución del capital. De nuevo, aquí entran consideraciones relacionadas con el cambio tecnológico, pero no sólo.

No hablamos en exclusiva de sensaciones. El aumento de la desigualdad es una realidad. Se aduce frente a esto el hecho incontestable de que en 1990 había casi 2.000 millones de personas en pobreza extrema y esa cifra ha caído hasta alrededor de los 700 millones en nuestros días, pese al aumento sostenido de la población. La globalización ha sido un poderoso instrumento de bienestar y progreso global, pero no es eso lo que dilucidamos aquí.

Blandir eso tiene algo de trampa argumentativa, pues, como hemos insistido anteriormente, el malestar es fruto en mayor medida del punto de partida y de las expectativas que de la realidad presente. La clase media y trabajadora occidental partió en este proceso en el puesto de mando y con unas previsiones que no se han cumplido.

No ha sido exactamente un trasvase de renta, y por tanto una distribución de riqueza, desde un Occidente opulento a un Segundo y Tercer mundo empobrecidos. Ha sido, más bien, un trasvase de riqueza y poder desde las clases medias y trabajadoras a las potencias emergentes y, también, hacia el gran capital de Occidente. De nuevo hay que insistir en que éste no es un proceso estrictamente político-económico, sino que hay que tener en cuenta una revolución tecnológica en la que la política, las leyes y los códigos legales van siempre rezagados. Es decir, que no hay que empeñarse en condenar moralmente este hecho, muchas veces fruto de una realidad que ha superado la capacidad de organización, sino tratar de repararlo. Es algo parecido a lo que ocurre con el cambio climático, que trataremos más adelante: el hombre lo produjo sin saber que lo hacía. Ahora lo sabemos, y es sobre este conocimiento sobre el que habrá que juzgar el comportamiento, no por la ignorancia pasada. Hay un matiz moral que condiciona la crítica.

Por tanto, se ha producido una encomiable integración de millones y millones de ciudadanos a la economía global. Pero la trampa de los números netos es un artificio al que no podemos recurrir para contrarrestar las críticas legítimas de grandes sectores sociales. Por un lado, es un magro consuelo para quien se siente perjudicado que se le explique que el saldo sigue siendo positivo, como intentan hacer muchos al hablar de las grandes series históricas de progreso. Es una verdad incontestable que, en cambio, no modifica la realidad gris y rutinaria de tantos sectores sociales antes acostumbrados a un mínimo de seguridad que hoy se difumina. Por otro, el problema no se plantea sólo para quienes están perjudicados objetivamente por el sistema económico, sino también para los que viven razonablemente bien e integrados en el tejido productivo. Ya hemos hablado anteriormente del derrumbe de una certidumbre conocida: la que han albergado muchas generaciones de que el futuro sería mejor que el pasado y de que nuestros hijos vivirían mejor que nosotros. La

secuencia del progreso se ha quebrado, y con ella ha desaparecido la confianza, ha crecido la incertidumbre y se han movido los puntos cardinales de la brújula con la que nos guiábamos. La apertura inercial del comercio de la posguerra fría, sin ser por sí misma una causa suficiente, es parte de las causas necesarias que nos han llevado hasta aquí.

Nos incumbe, y mucho, a los juristas. Que la sociedad hiperconectada y científico-técnica funcione para todos necesitará una reconsideración del derecho que sustenta las relaciones humanas. Y no es un reto menor, porque se abre aquí una brecha que ha existido también en la era analógica. Porque la velocidad del derecho y la justicia es una, y la de la ciencia y los progresos tecnológicos y los cambios disruptivos, es otra. Esto es algo que se ve bien en el limbo legal en el que parecen haberse colado diversas empresas de la economía colaborativa. O en la falta de claridad de la ley para asuntos tan importantes en el futuro próximo como la edición genómica, la clonación de embriones o la maternidad subrogada.

Pensemos también en qué tiene que decir el derecho para proteger la intimidad o la privacidad, o cómo regulará el uso de los datos. O cómo serán los documentos jurídicos que sustenten muchas de las transacciones que hoy se realizan en internet gracias a tecnologías como el blockchain. Por no hablar de lo que el derecho deberá decir de la nueva dimensión espacial, ahora que los ejércitos más poderosos del mundo añaden esta rama a las clásicas de aire, tierra y armada. De que los juristas acertemos, depende en gran medida el progreso y el bienestar.

El aumento de la desigualdad dentro de las sociedades hasta hace poco seguras de sí mismas y con un nivel de cohesión social razonable es insostenible. No habrá explicación racional basada en gráficos y algoritmos que hagan digerible al cuerpo social una relación tan dispar entre las rentas más altas y las más bajas. Estamos camino de volver a cifras de inequidad similares a las que soportaron nuestras sociedades (como las asiáticas, a excepción de Japón, que a todos los efectos es Primer Mundo) en los primeros estadios de las revoluciones industriales. Muchos expertos afirman que con nuestra revolución digital vuelve a repetirse una secuencia necesaria que ya ocurrió en las anteriores: un crecimiento inicial de las desigualdades fruto de

la concentración necesaria del capital que luego acaba permeando en todas las capas. Pero este análisis es alicorto y tecnocrático en el sentido más peyorativo del término. Para empezar, ignora un hecho histórico incuestionable, y es que a las revoluciones industriales les siguieron revoluciones políticas. Precisamente por no haber sabido encauzar los cambios derivados de las mismas.

El economista francés Thomas Piketty se convirtió hace pocos años en un inesperado y halagüeño *best-seller* de no ficción con su libro *El capital en el siglo XXI*. Este profesor de tradición socialdemócrata ha sido descalificado por algunas propuestas poco sensatas, como la de subir el marginal máximo del IRPF a cuotas cercanas al 80 por ciento, pero más allá de los aspectos concretos, lo que ha sabido hacer es poner el dedo en la llaga de una cuestión esencial. Su análisis, muy enjundioso y con un aparato de datos y series históricas sorprendente, afirma que la retribución de la tasa de acumulación de capital en relación con el crecimiento económico ha crecido desde el siglo XIX hasta la actualidad. Algunos economistas liberales han puesto en cuestión sus cifras, pero más allá de disensos técnicos, lo cierto es que la desigualdad en sociedades antes más cohesionadas ha crecido. Los datos de los distintos organismos oficiales y académicos no dejan lugar a dudas.

El *Informe sobre desigualdad global* de 2017 del World Inequality Lab arrojó cifras insostenibles, no sólo en los países ricos. La desigualdad de ingresos ha aumentado en todas las regiones del mundo desde 1980, sin excepción. En unas la inequidad ha alcanzado cotas más elevadas que en otras, como en Oriente Medio, donde el 10 por ciento de personas con más ingresos goza del 61 por ciento de la renta nacional; en África subsahariana, del 54 por ciento, y en Estados Unidos y Canadá, del 47 por ciento. En Europa, la menos desigual pero en aumento, ese 10 por ciento que más gana representa el 37 por ciento de los ingresos totales. ¿De verdad creemos los que defendemos el sistema que no tenemos ninguna autocritica que hacer, ni ningún problema que afrontar? El informe decía que el 1 por ciento con mayores ingresos a escala global recibió el doble de ingresos que el 50 por ciento más pobre. Cifras, realmente, de colonialismo.

No debe deducirse de aquí que debemos replantearnos nuestros objetivos

ni nuestras certezas últimas. La historia transcurrida hasta aquí no ha sucedido en vano. Sabemos que la libertad política es irrenunciable, que el comercio amplía las posibilidades del progreso y que cuantos más interconectados por valores, dependencias económicas y afectivas, más cerca estaremos de un mundo en equilibrio y, por tanto, menos propensos a solucionar a las bravas —con guerras militares, cibernéticas, mediáticas o comerciales— los disensos inevitables de una sociedad tan poblada y compleja. No son menores los retos que afrontamos, como las crisis migratorias o el cambio climático. Un mundo de vuelta a ese equilibrio está en mejores condiciones de hacerlo que uno sin aparente orden y con grandes grupos de población insatisfechos y desesperanzados.

Si creemos en el sistema, hemos de hacernos cargo de esto. Si no, seremos como un buen defensor de la energía nuclear por su limpieza y eficiencia que ignora la existencia de los residuos radiactivos que su propio ingenio genera. El sistema económico no funciona, admitámoslo, pero podría funcionar dentro de los parámetros liberales y reformistas que ven con optimismo el futuro. Pero no cabe la opción de confiar, como el Cándido de Voltaire, en que vivimos en el mejor de los mundos posibles o conocidos hasta ahora. Es la receta hacia el fracaso.

Una revolución mediática

Aunque podría incluirse en el apartado dedicado al cambio tecnológico o en el de la globalización, he creído necesario desarrollar como un capítulo propio las páginas que analizan el cambio radical de la forma de comunicar y relacionarnos que han propiciado las redes, por un lado, y la disrupción digital en los medios de comunicación, por el otro. Este apartado es, sin duda alguna, el más culturalista y antropológico de todos. Por tanto, en el que menos certeza científico-social disponemos. No ha pasado el tiempo necesario que el premier chino adujo ante Kissinger para rehusar su pregunta sobre el legado actual de la Revolución francesa. No disponemos de estudios psicológicos que abarquen a distintas generaciones y que nos hablen con fiabilidad de procesos aposentados en nuestro comportamiento. No podemos confiar plenamente de las primeras reacciones cortoplacistas, bien entusiastas o bien condenatorias. Pero es indudable que estos cambios han alterado nuestra manera de comunicar, de entendernos y de relacionarnos. De momento, como un niño estrenando un juguete, con efectos secundarios perniciosos y otros realmente esperanzadores.

Sabemos que los medios son imprescindibles para la salud cívica de las sociedades democráticas. Conocida es la sentencia de Thomas Jefferson, uno

de los padres fundadores de Estados Unidos, en la que decía que prefería una democracia sin Gobierno a una democracia sin periódicos. El llamado Cuarto Poder ha sido un contrapeso esencial de los poderes públicos, y ha tenido una tarea fiscalizadora sin la que sería inconcebible comprender el progreso de nuestras sociedades. Cuando la prensa no ha estado a la altura de su responsabilidad social, la democracia se ha resentido.

Pensemos en el papel que jugó el periodismo en crisis de Estado como la de la masacre de My Lai, la de los Papeles del Pentágono o el caso Watergate. En el primer caso, el periodista del *St. Louis Post-Dispatch*, Seymour Hersch, contó en tres artículos del mes de noviembre de 1969 los hechos atroces que el Pentágono había cometido contra población civil, en un abuso de poder intolerable. Dos años después, tanto *The Washington Post* como *The New York Times* revelaron el encubrimiento masivo al que las autoridades estadounidenses habían estado sometiendo a los ciudadanos respecto a la verdadera realidad trágica de la Guerra de Vietnam. En el tercer caso, los célebres reporteros del *Washington Post*, Bob Woodward y Carl Bernstein, contaron cómo desde el entorno del presidente Nixon se había ordenado asaltar las oficinas del Comité Electoral del Partido Demócrata para las elecciones de 1972. El suceso, conocido por todos, acabó con la agónica dimisión del presidente Nixon en 1974 tras dos años de calvario político y mediático. Dos grandes películas dan cuenta de estos hechos. Sobre los Papeles del Pentágono y las dificultades que el *Post*, y en concreto su meritoria editora, Katharine Graham, hubo de sufrir, se encargó la reciente *The Post*, dirigida por Steven Spielberg. Del asalto al comité demócrata lo hizo la mítica *Todos los hombres del presidente*, dirigida en 1976, apenas dos años después de la dimisión de Nixon, por Alan J. Pakula.

Aunque estos escándalos generaron a corto plazo muchas convulsiones sociales y políticas, además de un daño irreparable a la confianza entre ciudadanos e instituciones, a medio y largo plazo purgó al sistema de muchos de sus peores vicios: el secretismo, el abuso de poder o la nula rendición de cuentas. No se concibe el escrúpulo actual por la transparencia o los procedimientos normativos sin la conmoción que estos escándalos produjeron. Durante la Guerra de Vietnam, la prensa dejó de ser, como había sido en los

conflictos previos, de un bando o de otro y se consagró a su tarea fiscalizadora. Y esa actitud fue asimilada por el resto de países democráticos. De esos años nos han quedado grandes libros o crónicas, de un alto valor literario además de periodístico, como es el caso de *Despachos de guerra*, de Michael Herr, o *Los ejércitos de la noche*, de Norman Mailer. Durante la Segunda Guerra Mundial, en cambio, los periodistas eran considerados parte del ejército, una suerte de grupo tácito de propagandistas incluso entre sus plumillas más críticos. Fue el caso, entre otros, de John Steinbeck, autor de algunas de las novelas de denuncia social de la Gran Depresión más destacadas. El autor de *Las uvas de la ira* escribió un libro tras el bombardeo de Pearl Harbor en 1941, que en español se publicó bajo el título de *Bombas fuera*, en el que recreaba con épica el funcionamiento del bombardero B-17. El esfuerzo de guerra comprendía también a los periodistas.

El año 2001 y los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono lo cambiaron todo. También en el ecosistema periodístico. De forma no del todo incomprensible, y tras sufrir el primer ataque indiscriminado en su territorio desde Pearl Harbor, los estadounidenses se refugiaron tras la bandera cuando su presidente, George W. Bush, hizo la llamada patriótica sobre los restos de las Torres Gemelas. La prensa, aturdida, también atendió ese reclamo y se sumó sin demasiadas excepciones al grupo. La guerra de Afganistán contó con un apoyo social y global prácticamente unánime. Bin Laden y Al Qaeda habían atacado suelo de Estados Unidos desde territorio afgano, cuyo régimen talibán, además de dar cobijo a los terroristas, mantenía un rigorismo islámico criminal que discriminaba a las mujeres (más bien las condenaba a la inexistencia social) y que derribaba construcciones milenarias por ser previas a la llegada del profeta. Parecía una guerra moralmente incontestable, aunque luego su desarrollo haya sido hartamente discutible. Era razonable pensar que aquí la prensa recordara a la de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, en 2003 la Administración de Bush hijo decidió amenazar al Irak de Saddam Hussein y exigirle que destruyera las supuestas armas de destrucción masiva de las que disponía. El régimen de Saddam, opresivo y sanguinario, negaba tenerlas, y eso mismo decían los inspectores de la ONU. Durante unos meses fue interesante percibir cómo el Gobierno de Estados

Unidos filtraba documentos y comentarios de expertos que hablaban del peligro que suponía el régimen baazista de Saddam para la estabilidad mundial. Junto a Irán y Corea del Norte, el presidente lo incluyó en lo que denominó «el eje del mal». Los debates se sucedían en la ONU, cuyo Consejo de Seguridad se convirtió durante unos meses en una auténtica ágora de la deliberación pública. Los aliados se distanciaron entre sí y, en el caso europeo, la fractura también fue interna. Francia lideró la oposición a la intervención, y aunque España y Portugal la apoyaban, la opinión pública europea estaba mayoritariamente en contra de una guerra para la que no veían hechos de causa y efecto como sí fue el caso de Afganistán. La prensa europea también siguió mayoritariamente esta posición. Recordemos que en España, uno de los países que con menos dudas se sumó a las tesis estadounidenses, el rechazo superaba el 90 por ciento de la población según las encuestas.

En Estados Unidos, en cambio, y aún bajo los efectos de la conmoción del 11 de septiembre de 2001, los ciudadanos sí apoyaban la intervención de forma mayoritaria. Entre otras cosas, y es éste el punto esencial, porque su prensa no cumplió con su deber fiscalizador. Había muchos elementos sospechosos que hubieran justificado una actitud más parecida a la de la Guerra de Vietnam que a la de la Segunda Guerra Mundial. Y en cambio, periódicos tan combativos otrora como los mencionados *The New York Times* o *The Washington Post* apoyaron acriticamente la intervención y no se cuestionaron la veracidad de los argumentos que la sustentaban.

Ambas cabeceras, por no hablar de las principales cadenas de televisión, traslucían miedo a desmarcarse del consenso patriótico. Pero el periodismo no puede tener apellidos, so pena de dejar de serlo. Y eso exactamente es lo que ocurrió. Las críticas vendrían luego, durante el desarrollo sangriento de la ocupación. En el preámbulo y en los primeros meses, la mala conciencia apagaba unas críticas que en su inexistencia dejaron el campo expedito para que los *neocon* que rodeaban al presidente pusieran en marcha sus iluminados planes del Nuevo Siglo Americano. Ahí estaban Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Richard Perle, quienes utilizaron la conmoción nacional para aplicar una agenda idealista a base de bombas para traer la democracia y consolidar los intereses de Estados Unidos. Frente al realismo que

desdeñaban de Kissinger, esta escuela de pensamiento creía en una misión moral que, en su ceguera ante la realidad, tuvo buenas dosis de imprudencia que aún pagamos hoy.

Es imposible no hacer el gesto de la sonrisa irónica cuando recordamos las imágenes del presidente Bush en la cubierta de un portaviones en mayo de 2003. Su discurso triunfalista tras la fácil invasión de Irak iba acompañado de una enorme pancarta en la que podía leerse un «Misión cumplida» que hoy nos parece un sarcasmo. En ese contexto, la prensa siguió comportándose como lo había hecho Steinbeck con la propaganda del B-17, y sólo cuando los atentados y las bajas de soldados empezaron a crecer de forma exponencial durante la ocupación, comenzaron a cuestionar las cosas y a volver a su papel en una democracia. Volvieron a la actitud de Vietnam, y de hecho, incluso volvió algún periodista de aquellos años, como el mencionado Seymour Hersh.

Pero el daño ya estaba hecho. La falta de resultados en Afganistán (Bin Laden no moriría hasta 2011, muchos años después, y en Pakistán) y el escandaloso número de bajas de un Irak fuera de control condujeron a un desencanto ciudadano progresivo. La sensación de engaño se extendió en Estados Unidos, y esto alimentó el descrédito de unos medios de comunicación obsequiosos con el poder cuando más se los necesitaba. La crisis de confianza hacia el Cuarto Poder se sumaba a la existente en las instituciones en general, algo que el estallido de la crisis financiera con la caída de Lehman Brothers en 2007 hizo estallar del todo. Ningún organismo o poder intermedio quedó a salvo de esta ola de descontento. La pérdida de credibilidad del sistema fue casi total, y en la medida en que los medios eran y son parte del sistema, también sufrieron un desapego del que aún se resienten.

Es en este contexto en el que nacen nuevas cabeceras digitales, aupadas por internet, y claramente diferenciadas de los diarios clásicos. Es el caso del francés *Mediapart*, fundado por un exdirector de redacción de *Le Monde* y que con sus exclusivas consiguió la caída de un ministro de Hacienda del que informó que tenía dinero en Suiza, o que ha puesto en aprietos penales al expresidente Sarkozy por haber financiado su campaña presuntamente con dinero proveniente de la Libia de Gadafi. También en España conocemos

nuevos medios digitales con una actitud muy crítica hacia las cabeceras clásicas, a las que ven como parte del poder y no como su fiscalizador. No siempre es así, pero cuentan aquí más las percepciones del público, que son las que modelan los estados de ánimo sociales. El malestar tiene mucho de desconfianza generalizada hacia todos los intermediarios en nuestra relación con el poder. Medios, partidos, instituciones y gobernantes.

No cabe duda de que esta falta de confianza tiene unos efectos sociales devastadores. La sospecha permanente ante todo lo que proviene del poder es una realidad que vemos también en el auge de los partidos anti *establishment*. El poder, en sus diferentes manifestaciones y con sus distintos portavoces, habla y habla, como guiado por un deber o una inercia, sin que los mensajes lleguen más que para ser desechados como propaganda. Los ciudadanos no se atienen a ninguna verdad, y es así como gana peso la «verdad» subjetiva y se propaga en forma de posverdad a través de un ecosistema mediático donde apenas hay referentes que establezcan criterios de credibilidad.

A este círculo vicioso ha contribuido de forma notable el auge de las redes sociales, lo que, unido al descrédito social y al derrumbe del modelo de negocio de la publicidad y la compra de ejemplares impresos, conforma una tormenta perfecta en la que los medios no han encontrado su lugar. No lo han hecho porque aún no saben cómo financiarse y cómo hacer ver al público que la labor que están llamados a hacer es clave para el progreso en democracia. La democracia liberal necesita a los medios, como ya dijo Jefferson, pero mientras tanto, el modelo de publicidad digital premia visitas más allá del contenido. Esto hace que hayan proliferado cantidad de medios digitales que viven del chascarrillo fácil y el bulo, a costa de captar la atención de un público que se encuentra en medio de una tormenta de ruido donde es imposible sacar cosas en claro.

Urge, por tanto, recuperar la credibilidad y la sostenibilidad de los medios clásicos. Aunque es difícil de aventurar cómo puede conseguirse tal propósito. Las cabeceras insignes estadounidenses, como *The New York Times* o *The Washington Post*, parecen haber hecho acto de contrición con respecto a su papel en los años de Bush, y con el heterodoxo Donald Trump parecen haber conseguido una némesis perfecta a partir de la cual levantar su credibilidad.

El nuevo presidente republicano es un enemigo declarado de estos medios, a los que tacha de mentirosos o de *fake news* constantemente. Los medios se juegan su credibilidad en estos años, y lo que es más importante, con ello todos los demás nos jugamos la salud de nuestra democracia liberal. No sólo hace falta recuperar el prestigio de los medios, sino en general el de los intermediarios con los que nos relacionamos con el poder. Son un termómetro de nuestra relación con el mundo y con nuestros propios ideales respecto a la sociedad. Es lo que hizo, por ejemplo, *The Economist*, cuando tras su fundación en el siglo XIX abanderó el librecambismo y se estableció como un espejo en el que los progresos y las penas de dicho movimiento globalizador se reflejaban.

El modelo de negocio en Estados Unidos parece pasar por la imposición de los llamados «muros de pago», esto es, volver a pagar por información de calidad como hacíamos hasta hace pocos años. Muchos otros dudan de su viabilidad, aunque la experiencia de los primeros años en *The New York Times* o el *Post* son halagüeñas. En Europa, en cambio, conforme a su cultura más intervencionista, se están planteando modelos contra las *fake news* con ayuda de los gobiernos, a través de comités de expertos que establecerían si deben cerrarse páginas, sugerir a redes que retiren información no contrastada, etc. En España se ha planteado que haya grupos de trabajo de ministerios y editores de prensa, lo que genera lógicos miedos a que el poder político se extralimite y controle qué puede decirse o no y establecer que *su* verdad es *la* verdad. Algo que nos llevaría de nuevo a la actitud sumisa de los medios estadounidenses después del 11-S, especialmente con la guerra de Irak.

Soy bastante escéptico acerca de estas soluciones intervencionistas, porque aunque es necesario reducir el ruido mediático, el perjuicio puede ser aún mayor. Y porque trata el problema mediático como una causa, no como un síntoma. De nada servirá que la prensa trabaje con fundamentos más sólidos si no resolvemos la cuestión ética de fondo. La que implica las bases morales de las empresas periodísticas y las de los ciudadanos que consumen sus productos. Es, al fin y al cabo, un problema mayúsculo de educación y de civilidad. Pero sí es cierto que la globalización liberal debe encontrar una forma de canalizar el inmenso e inmanejable flujo de información en la

conversación democrática. Las redes han acrecentado el reto, pero también son unas herramientas pedagógicas y deliberativas extraordinarias. No todo es responsabilidad de las empresas, que también, sino de nuestra forma de sociabilidad y del peso que en nuestro entorno inmediato confirmamos a la transmisión de valores y principios. Los medios son importantes, esenciales, pero resultan más un síntoma del malestar que su causante. No esperemos a que encuentren rentabilidad o a que los gobiernos los ayuden para impulsar una tarea cívica que a todos nos compete. La democracia liberal nos va en ello.

SEGUNDA PARTE



Manifestaciones del malestar

Brexit, Trump y el auge del populismo

Eso no puede pasar aquí. Cuántas veces no hemos escuchado —o dicho— esta expresión para despreciar los vaticinios de los más agoreros. Y ha ocurrido. Desde la democracia liberal occidental hemos visto siempre los movimientos populistas y el nacionalismo exacerbado como algo propio de países en desarrollo en el que sus líderes hacen trampas emocionales para camuflar su incompetencia y su tiranía. El populismo era algo que estábamos acostumbrados a ver en América Latina, e incluso allí estaba en remisión. Pero siempre lo analizábamos desde la seguridad del que se siente vacunado contra este tipo de fenómenos políticos.

En cambio, descubrimos alarmados que, tras dejar atrás los peores años de la crisis económica, el populismo (entendido como un movimiento que opone un pueblo inocente a unas élites corruptas) se cobra más piezas de las que esperábamos con el cuadro macroeconómico empezando a relucir. Estados Unidos y Gran Bretaña, los dos países que han dado forma a nuestra globalización y a nuestro sistema económico, se retiran del mando, o al menos eso dan a entender, porque las inercias no son tan fáciles de cambiar. Reino

Unido votó en referéndum el 23 de junio de 2016 su salida de la Unión Europea, club al que había entrado en 1973, y Estados Unidos votó a finales de ese mismo año a un presidente, Donald Trump, que prometía un repliegue hacia dentro con críticas hacia las guerras lejanas. Con su famoso *America First* prometía proteccionismo económico, y lo cierto es que ha cumplido. Las guerras comerciales con China, la UE o México y Canadá lo atestiguan.

Los que teníamos esperanzas de que esto fuera un bache producto de la resaca de la crisis debemos ser más escépticos. Porque, aunque así fuera, los efectos de una guerra comercial y de la salida de la UE tendrán consecuencias más allá de los mandatos coyunturales de Trump o Theresa May. Por otro lado, y como ya vimos en la primera parte, las causas de estos movimientos políticos telúricos son de fondo, estructurales, y si no los tratamos como tal, sólo podemos esperar que se sigan reproduciendo con otros nombres y ropajes. No cabe duda de que el llamado «repliegue anglosajón» es una de las manifestaciones más extremas del malestar. Y de las más inesperadas. Pero no son las únicas.

Se han aducido muchas razones que explican el *brexit* y la elección de Trump. Probablemente no exista una sola causa, sino que en ambas sacudidas han convergido las tendencias más preocupantes del malestar. Hay razones económicas producto de la resaca de la crisis, anímicas y de autoestima tras el auge asiático y la pérdida de peso específico en la economía global, además de otras relacionadas con crisis migratorias, el cambio tecnológico y la revolución digital. Como decíamos, el tiempo histórico se ha acelerado, y en ese contexto de incertidumbre y fragilidad, no encontramos asideros en los que anclar nuestra experiencia vital, desgajada ahora del *continuum* histórico. Son, sin duda, razones de fondo, estructurales, pero es cierto que en ambas crisis se ha dado también un preocupante oportunismo político que ha sabido aprovechar este estado de ánimo. Un nivel de irresponsabilidad en determinadas élites políticas que no esperábamos encontrar en los países líderes de la globalización, los que alumbraron el librecambismo como mecanismo internacional exitoso.

La pelea interna del Partido Conservador británico entre eurófobos o defensores del *statu quo* europeo ha estado latente desde la entrada del Reino

Unido en la antigua CEE. Esta pelea ha tenido episodios destacados, como los discursos de Margaret Thatcher en los que le decía a Europa que quería que le «devolvieran» su dinero. Nunca ha habido verdadero euroentusiasmo en las islas, menos en el Partido Conservador, pero de alguna forma se aceptaba que era mejor estar en el marco comunitario y el Mercado Común con poder para modificar sus reglas, que estar fuera y al albur de decisiones de burócratas de Bruselas con un sesgo más intervencionista. Fueron estas facciones las que impidieron que, pese a la voluntad de Tony Blair y Gordon Brown, el Reino Unido abandonara la libra esterlina y adoptara el euro.

Al calor de la crisis, y a rebufo del repliegue identitario y nacionalista fruto de los tiempos de incertidumbre, el sector eurófobo del Partido Conservador se tomó su revancha y comenzó a segar el suelo al primer ministro de su partido, David Cameron. Aupado por el espejismo de las encuestas y los buenos datos macroeconómicos que empezaban a conocerse tras años de recesión, el *premier* convocó un referéndum para mayo de 2016 con intención de zanjar para siempre la batalla interna que tanto le incordiaba y poder avanzar en otros frentes. Cameron llevaba apenas un año de su segundo mandato, que había ganado con una mayoría absoluta por encima de las expectativas. Los sondeos, en cambio, comenzaron pronto a mostrar síntomas preocupantes. El «No» se imponía al «Sí» con una durísima campaña nacionalista de la mano de los eurófobos y nacionalistas del Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP) y el sector más hostil de los conservadores hacia el proyecto europeo.

El líder del UKIP y los conservadores como el exalcalde de Londres, Boris Johnson, o el exsecretario de Justicia, Michael Gove, hablaban del latrocinio que suponía la UE, de la «invasión» de los inmigrantes europeos y extracomunitarios, y criticaban la falta de raíz democrática de Bruselas, esa cueva llena de monstruosos burócratas y técnicos cosmopolitas y desarraigados de sus naciones. Fue Gove quien mejor expresó en un discurso este estado de ánimo: «Estamos hartos de los expertos», exclamó en su defensa de un «Sí» al *brexit*. Farage, que ha sido eurodiputado durante varias legislaturas, organizó una campaña xenófoba basada en el miedo a los inmigrantes. La imagen que se desplazaba en un autobús de una cola masiva de

inmigrantes tomada en otro país recorrió el Reino Unido, así como otra en la que, falsamente, decía que la UE le costaba al país 350 millones de libras semanales. Un disparate que, por desgracia, encontró demasiados defensores en una élite que aprovechó el malestar social para poner la semilla de su resentimiento político en un campo abonado. La convocatoria del referéndum fue la culminación del despropósito populista y nacionalista de la élite del país que inventó el parlamentarismo y el librecambismo.

Cameron perdió el referéndum, como sabemos. El «Sí» a la salida se impuso con el 51,9 por ciento de los votos, frente al 48,9 por ciento de los que optaron por el *Remain*. Cameron dimitió y dejó el cargo y el mandato de negociar la salida con la UE a su ministra del Interior, Theresa May. La nueva mandataria, en un gesto de altivez incomprensible tras el descalabro de los sondeos en tantas elecciones recientes, convocó elecciones anticipadas con objeto de legitimarse para una negociación que se preveía muy dura. Se dejó en el camino la mayoría absoluta y parte de su fuerza y credibilidad para afrontar una lucha a cara de perro con los ahora veintisiete miembros del club. No es extraño que la UE haya conseguido casi todas sus reclamaciones financieras y políticas respecto al Mercado Común, las fronteras o los derechos de los europeos residentes en las islas.

En cambio, el Reino Unido vive el asunto con una zozobra en algún punto humillante e impropia de una potencia histórica. Los titubeos y la indecisión del Gobierno nos llevan a una pregunta esencial: ¿qué quieren ustedes? No lo saben. O sí lo saben, pero quieren cosas distintas dentro del Partido Conservador. Si preguntamos a Theresa May, encontraremos ambigüedades, porque está obligada a hacer equilibrios entre un bando y otro de su país. Y, sobre todo, porque conoce la realidad del Gobierno y los compromisos institucionales que no puede obviar un país serio. Y el Reino Unido lo es. En resumen, el referéndum no ha conseguido ninguno de sus propósitos. El esencial era resolver la disputa dentro del Partido Conservador, y las espadas siguen en alto entre los dos sectores. Uno cuenta con la legitimidad del voto y el otro de la realidad, además de contar con el voto joven.

El problema de un partido se ha trasladado a un país complejo en su estructura como es el Reino Unido. La disputa partidista ha dividido al país en

su eje identitario nacional, lo ha fracturado en sus preferencias generacionales (dado que los jóvenes urbanitas optaron mayoritariamente por quedarse en la UE) y, sobre todo, lo ha dividido territorialmente. Escocia, donde los sentimientos nacionalistas son fuertes y que había rechazado en 2014 por la mínima irse del Reino Unido en referéndum, votó con claridad por el *Remain*, de la misma forma que lo hizo Irlanda del Norte. Esta región se ha convertido, además, en un auténtico quebradero de cabeza, algo que es especialmente lamentable tras tantos años de terrorismo, violencia y crispación social y política. El Acuerdo de Viernes Santo de 1997 hizo posible la reconciliación entre republicanos católicos y unionistas protestantes en Irlanda del Norte, y todo eso queda ahora al albur de unas negociaciones inciertas. La UE tendrá que valorar qué posibilidades hay para no establecer una frontera en un territorio que ha pagado caro en sangre su convivencia actual.

Pase lo que pase, lo cierto es que el sustrato del *brexite* es indisociable de esa incertidumbre y ese malestar cada vez menos soterrados que subyacen en el humor social de gran parte de Occidente. Es cierto que se ha agravado exponencialmente por la irresponsabilidad de unos líderes imprudentes, y que se podría haber reconducido de otra manera. Es un fallo estructural magnificado por una coyuntura especialmente dañina, y el resultado es que son los propios británicos los que no se ponen de acuerdo entre ellos. Ni siquiera entre los partidarios de la salida. El reto está tensionando, además, a las propias instituciones. La Cámara de los Lores se opone al Gobierno, que a su vez es mal visto por la Cámara de los Comunes al considerar que, como representantes del pueblo, deben tener la última palabra en el acuerdo final. Ante tal desbarajuste, muchos han pensado que el *brexite* es reversible, que finalmente no se producirá, pero esto es bastante improbable. Ningún político en activo y con cierta capacidad de movilización abandera el movimiento, y quienes lo hacen, como Tony Blair, están retirados y desprestigiados. El Partido Liberal es el único que defendió con determinación mantenerse en la UE, y prácticamente desapareció de Westminster en las últimas elecciones. Habremos de lidiar con esto en un momento en el que el discurso antiinmigración crece debido a la falta de respuesta institucional ante el fenómeno migratorio que estamos viendo y sobre el que hablaremos más

adelante.

Otra gran sorpresa llegó en noviembre de 2016 con la victoria del republicano Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Es cierto que no ganó en voto popular, pero sí en el número de compromisarios para el colegio electoral, cuyo número varía en función de los estados. Son las mismas reglas del juego que llevaron a Barack Obama en dos ocasiones a la Casa Blanca, así que consolarse con el diseño del sistema electoral es un magro consuelo, por no decir un autoengaño. Porque lo que muestran los datos es que hubo una gran desmovilización por parte de los demócratas en estados clave del degradado cinturón industrial, así como un desplazamiento de votantes hacia Trump de una masa de votantes nada desdeñable ni cuantitativa ni, sobre todo, cualitativamente.

Uno de los lugares comunes decía que Trump había ganado con el voto de los más humildes, que cómo podía ser eso, y de nuevo se ventilaban explicaciones apresuradas sobre el supuesto carácter superficial, cuando no estúpido, de los estadounidenses de clase social humilde. Pero lo cierto es que el republicano no ganó entre estos votantes más pobres. En su conciso e interesante libro *Antisistema, desigualdad económica y precariado político*, el politólogo e investigador del CSIC José Fernández-Albertos lo expone con claridad con apoyo gráfico. Trump consiguió los votos que decantaron su elección en estados clave gracias al desencanto de los antiguos obreros industriales que no han visto más que reducidas sus expectativas y sus salarios con la globalización económica. Generalmente son blancos y de estados industriales, que pasaron de un entorno de trabajo duro pero estable a uno sin trabajo y falta de proyecto vital en nombre del comercio global y la ganancia de competitividad.

Comprensible para la cuenta de resultados, pero que ha ido dejando daños humanos colaterales que no son mensurables en un apunte contable. Siendo esto así, ¿realmente podemos seguir instalados en la superioridad moral e intelectual y decirles que se han equivocado? Si lo han hecho, no ha sido pese a su buena situación, sino como forma de protestar contra esa angustia que les deja ya, a edades relativamente jóvenes, sin proyecto vital ni perspectivas. Como comentábamos previamente, la reconversión personal de la que hablan

muchos liberales económicos no es fácilmente aplicable.

Era previsible, dada la base electoral que lo llevó al poder, que Trump hiciera lo que está haciendo con los acuerdos comerciales a los que culpó de la situación que viven estos votantes. El presidente ordenó a su país retirarse del Tratado Transpacífico, que continúa sin Estados Unidos, además de renegociar el que mantiene con México y Canadá, y que cuando escribo estas líneas no está claro que vaya a ser renovado en términos muy amistosos. De momento, esta renegociación ya está dañando la relación bilateral no sólo con México —que ya estaba muy dañada y es históricamente tensa—, sino la que mantiene con Canadá. Y hay que tener un talento especial para pelearse con Canadá.

En general, Trump culpa a la globalización comercial de muchos de los males del país. Desde la desindustrialización hasta la llegada de inmigrantes, de terroristas y de otros indeseables. Por eso su visión consiste en «volver a hacer grande a América». Una grandeza que, en su mente, Estados Unidos habría perdido por unos pactos comerciales y un diseño de la globalización hecho por la élite económica para su beneficio, sin importarle el del pueblo. Además, culpa a esta globalización comercial —con la financiera se lleva bastante mejor— del gigantesco déficit comercial (la diferencia entre exportaciones e importaciones) de Estados Unidos. La cifra alcanzó los 566.000 millones de dólares, de los que China era responsable de 375.100 millones. Es cierto que la cifra es enorme, pero en su discurso no tiene en cuenta otros beneficios que sí se producen en dicha globalización comercial.

Fiel a su visión proteccionista, Trump comenzó hace unos meses una guerra comercial que, lejos de lo que creemos muchas veces desde Europa, es bastante popular en su base electoral. Aunque genera mucha polarización, el nivel de aprobación de Trump entre los suyos tras un año en el cargo es de los más altos de la serie histórica. Y en ellos se apoya para subir o imponer los aranceles a sus aliados europeos y a China. De momento, las cifras de los negocios afectados no son enormes, pero es más importante el mensaje que mandan de rediseño profundo y de la falta de confianza en el sistema. El secretario de Comercio anunció en mayo que se aplicará un 25 por ciento de aranceles al acero y un 10 por ciento al aluminio importado desde Europa,

Canadá, México, Rusia, Turquía, Brasil o Japón.

Respecto a China, Trump ordenó a la oficina de Comercio Exterior el estudio de 100.000 millones en aranceles adicionales a productos chinos, tras anunciar poco antes tasas por 50.000 millones en productos médicos, transporte o tecnología industrial. A su vez, el gigante asiático respondió con medidas similares a las imposiciones estadounidenses, con un listado de más de 100 productos afectados por 50.000 millones en aranceles que podrían hacerse efectivos si Trump mantenía sus planes. Entre ellos la soja, el tabaco, los coches y ciertos aviones. Nótese que son productos importantes en los estados donde Trump tiene su base electoral.

Las conversaciones para restaurar cierto equilibrio son opacas, y por tanto impredecibles, pero el mensaje es claro: no quieren una globalización comercial que entienden que sirve a China a costa de los trabajos industriales del pasado en Estados Unidos. Añoran el viejo mundo, que en realidad nunca existió porque procede de una idealización. Y, sobre todo, que nunca volverá a existir, porque como muestran los datos mencionados al hablar del cambio tecnológico, la revolución digital y la inteligencia artificial tienen mucho más que ver en el desmoronamiento de las viejas certezas laborales que la propia globalización.

Pero esto no quiere decir que los reclamos, la indignación, el malestar, la frustración o la ira de muchos votantes no tengan razón de ser. No es sólo una cuestión de ser pedagógicos, que también, sino de comprender y analizar los porqués de esta incertidumbre. Porque lo cierto es que Trump no estaría en el Despacho Oval rehaciendo las reglas del mundo a las bravas si los que creen en la globalización y han tenido algún poder en su gestión hubieran sido más empáticos y se hubieran hecho cargo de los daños colaterales que el sistema iba generando. Las alertas, como vimos, eran muchas y no debieron despacharse tan alegremente. Tratar a seres humanos con la frialdad del contable tiene sus consecuencias, que pagamos ahora.

La desigualdad ha llegado a cotas intolerables por el propio cuerpo social y el sistema político. Es necesario, por pura supervivencia, quitar al liberalismo de las últimas dos décadas sus peores adherencias de ingeniería social, hacerlo compatible con más y mejor redistribución, y emparentarlo con

un humanismo y una ética que además van a ser fundamentales para lidiar con los retos morales que la propia inteligencia artificial o el progreso médico nos va poniendo como sociedad. Es eso o que la reforma del sistema la haga Trump para disgusto de todos. Veremos qué nos depara esta guerra comercial, pero no pinta bien, porque ninguna guerra comercial ha tenido un bonito final.

La tendencia a encumbrar por las urnas a hombres fuertes que hablan directamente al pueblo no es nueva, ni exclusivamente tercermundista como creíamos hasta hace bien poco. Sin ir más lejos, el presidente francés Charles de Gaulle actuaba así y estableció en el país galo toda una tradición jupiterina en la que, más allá de los partidos, el presidente de la República era «un hombre que está con su pueblo». En *Sueños y pesadillas*, sus memorias, el diplomático español Máximo Cajal cuenta que uno de sus primeros trabajos como funcionario fue el de traducir una conversación entre Franco y De Gaulle, que ya había abandonado el poder. Cuenta Cajal que De Gaulle criticó los partidos políticos, como envidiando que en España no los hubiera. Y esa tradición ajena a los partidos ha vuelto también en la Francia del joven Emmanuel Macron, que llegó al poder en 2017 con apenas treinta y nueve años. Lo hizo a través de un movimiento político nuevo, En Marche!, haciendo de la crítica de los partidos y de las élites políticas anquilosadas su razón de ser. Macron ha recuperado el boato casi monárquico de la Presidencia tras criticar la del perfil bajo del «presidente normal» que fue su predecesor y mentor, el socialista François Hollande.

Se habla de que Macron es un «populista bueno», alguien dentro del sistema que utiliza las armas del enemigo para vencerlo. Más bien creo que Francia es una excepción política (no sólo cultural) de cuyo recorrido no cabe extraer tantas lecciones y esperanzas para otros países como a veces se intenta hacer. Ha recuperado una tradición gaullista que insiste en el personalismo del poder, pero el republicanismo de Francia la pone a salvo de abusos de poder. La calle francesa es, además, un excelente contrapeso. Se trata de una cultura política muy distinta y arraigada, lejos de la actual tendencia de encumbrar a hombres fuertes para perjuicio de la democracia y las libertades. Francia no es un buen termómetro, aunque allí resida una de las primeras alertas tempranas del populismo, como es el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen,

ahora rebautizado por su hija Marine como Reagrupamiento Nacional. Pero, salvando esta cautela, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que ya Le Pen padre pasó a segunda vuelta de las presidenciales francesas en 2002, aquellos años felices. De nuevo, los síntomas eran muchos y decidimos ignorarlos.

Más preocupante es el populismo creciente en lugares hasta hace poco ajenos a él, o donde éste era tan minoritario que era imposible ganar elecciones abanderándolo. Estados Unidos es el caso paradigmático, pero no el único. Pero más interesante aún es preguntarse por qué no hay populismo en algunos sitios, por si de esos casos podemos extraer algunas lecciones. Y hay uno bien curioso entre las principales economías del mundo, el de Japón.

En un interesante artículo, el nuevo editor de la revista *The New York Review of Books*, Ian Buruma, hacía una breve crónica de su visita a Japón y extraía algunas conclusiones que pueden ser generalizadas. Primero, se percata de que, aunque su primer ministro Shinzo Abe atesora algunos rasgos «trumpianos», no hay movimientos populistas con capacidad de destacar en la escena política. El país nipón está a resguardo de la ola política que asola al resto de los países ricos. E intenta buscar explicaciones, rasgos diferenciales de aquella democracia y de su sociedad. Y encuentra algunas que expone con más ánimo ensayístico de observador que analítico de científico social. Dos son los temas que destacan por encima de explicaciones coyunturales.

Su diagnóstico conciso era que, por un lado, en Japón seguían funcionando instituciones de intermediación depauperadas en Occidente, y por otro, hablaba de una sociedad con uno de los impuestos de sucesiones más altos del mundo (aumentado en los últimos años, contra la tendencia general global). «La eficiencia no crea de por sí sensación de comunidad», concluía. También anotaba un rasgo interesante: los ricos japoneses no hacen ostentación de sus fortunas como hacen sus pares en Occidente, por no hablar de la que hacen gala los rusos o los chinos. El resultado es menos desigualdad y también menos percepción de la desigualdad existente. Buruma obviaba rasgos muy negativos de Japón, pero señalaba dos problemas clave de nuestras sociedades, como son la mencionada falta de sensación de comunidad y la percepción de dos injusticias: la generacional y la de clase.

En el caso específico de España, el problema de Cataluña se ha vivido y se vive con especial intensidad y preocupación. Los meses de septiembre y octubre de 2017 fueron peligrosos, pudo haber pasado algo que fuera más allá de la idea festiva y reivindicativa que se quería transmitir. Y algo se quebró dentro de Cataluña en mayor medida que entre Cataluña y el resto de España. Por supuesto, es un problema específico de España, pero que no podemos desligar de dinámicas globales que alimentan el malestar. Cuando se ha perdido la sensación de comunidad y pertenencia, la vuelta a los viejos relatos es algo demasiado tentador, y en ese contexto el nacionalismo independentista catalán ha jugado muy bien sus cartas.

No soy necesariamente pesimista respecto a la solución de este reto, porque pienso además que las dinámicas globales, las corrientes de fondo de la nueva modernidad humanista que reivindico, no serán favorables a dinámicas disgregadoras o identitarias. Estamos pasando un bache, cierta regresión propia de los cambios de época. Hay que aplicar inteligencia política a lo coyuntural y local, pero sin perder de vista en qué movimiento general se incardinan muchas nostalgias de hoy.

No se trata aquí de reivindicar el comunitarismo ni de pedir que se suban según qué impuestos. Los remedios pueden no ser adecuados a nuestras sociedades, pero el problema que se debe resolver sigue siendo el mismo. La dilución del tejido social que conformaban las instituciones formales e informales ha producido desconcierto, inseguridad, incertidumbre y malestar, que en política se ha traducido en voto reactivo a populistas con distinto pelaje, a ambos lados del espectro político. Frente a eso, se ha apelado a la inevitabilidad de los cambios, a la falta de alternativas y a la resignación. *There is no alternative* ha sido un mantra utilizado por muchos gobiernos durante demasiados años, algo que además casa muy mal con la propia esencia de la democracia. Y este mensaje no podía no tener consecuencias, aunque en los años aparentemente felices de la década de 1990 creyéramos que la historia había llegado a su fin.

Es por eso esencial cambiar la percepción del populismo. Si queremos combatirlo, denunciar su maldad intrínseca sólo acrecentará su atractivo. Más sentido tiene entenderlo como la consecuencia de los propios fallos de la

democracia liberal que sus gestores han preferido no atender. Como hemos insistido en estas páginas, los síntomas han sido muchos durante muchos años. Pero estamos lejos de llegar a un mínimo consenso sobre este enfoque. Aun muchos que se autocalifican como liberales entienden que la secuencia es al revés, y que la democracia liberal corre más peligro por culpa del populismo que por sus propios fallos sistémicos.

Una vez alcanzado cierto consenso sobre la necesidad de atacar las causas del malestar, las opciones políticas deberán presentar legítimamente sus recetas. Pero no antes de haber asumido su legitimidad y la realidad de los fallos que lo sustentan. Hasta ahora, el debate se ha producido entre aquellos que creen que el populismo se explica por cambios culturales relacionados con la política, las redes sociales, la comunicación, etc., y aquellos que creen que la causa de fondo tiene que ver con motivos económicos como el aumento de la desigualdad o la precarización continua de la fuerza laboral. No hay duda de que hay razones culturales que influyen, pero los estudios de que empezamos a disponer son bastante claros y hablan de una correlación muy fuerte entre desencanto o rechazo de la democracia y declive económico.

En el libro mencionado de José Fernández-Albertos, se apuntan varios estudios que hablan de una creciente desconfianza, y la conclusión es clara: las sociedades en las que los individuos son más desconfiados tienden a tener democracias más débiles, economías más cerradas, niveles de corrupción mayores, Estados del Bienestar menos desarrollados y menores tasas de crecimiento económico. ¿No parece, pues, razonable insistir en generar más confianza y estabilidad? No para todos, ni siquiera para aquellos que más deberían tenerlo claro. La insistencia en la flexibilidad o la asunción de la incertidumbre como elemento indisociable del trabajo en el siglo XXI no ha decaído en según qué ambientes de pensamiento muy influyentes.

La crisis de los partidos y la democracia global

La democracia necesita partidos políticos para funcionar. Durante muchos años, se consideró a los partidos un mal menor del sistema, porque no siempre funcionaban de forma transparente, ni promocionaban a los mejores y tenían tendencia a confundir la organización con el Estado. La corrupción económica y moral deslegitimó mucho a las organizaciones políticas, hasta el punto de que durante los primeros años de la Revolución Digital se hablaba con alegría de su fin. Las nuevas tecnologías pondrían a nuestra disposición formas de elección horizontales y de participación sin jerarquía que harían innecesarias organizaciones intermedias en el ámbito público, tales como los partidos o los sindicatos. El voto electrónico podría ampliar y enriquecer la vida democrática y aumentar el nivel de exigencia en el mundo político. Aún no es posible utilizarlo con las necesarias garantías, pero llegará en algún momento. Es lo que el periodista estadounidense bautizó con un entusiasmo que ha caducado mal el *peer progressive*. El par progresista que haría realidad la democracia directa y la cooperación horizontal para la gestión de cualquier tipo de asunto. Muchos entendieron que esto aumentaría la satisfacción de los

ciudadanos con su propio sistema porque la información no estaría intermediada por organizaciones de masas con intereses no siempre confesables.

Sin embargo, lo que hemos observado es que el declive de los partidos no ha ido de la mano del entusiasmo con estos nuevos enfoques. Los primeros presupuestos participativos generaron muchas expectativas y han funcionado y funcionan bien en ciudades como Porto Alegre, en Brasil, y en municipios pequeños de todo el mundo. Pero lo cierto es que las consultas por internet suelen generar poca ilusión y la participación ha sido, en general, decreciente. Algo que a su vez genera que el poder de decisión esté en manos de los más movilizados, no siempre los más reflexivos. Esto ha generado distorsiones y cierto desencanto general con las teorías del *peer progressive*. Por tanto, se abandonaron los partidos para entender poco después que es a través de los partidos como se cambian las leyes.

Pero no todo ha sido malo en la debilidad de los partidos. Una de las tareas pendientes de España era, y es aún, el fortalecimiento de la sociedad civil. En nuestro país hay una explicación para el excesivo poder de los partidos: durante cuarenta años no existieron y se buscó reforzarlos cuando se diseñó —y se improvisó— la Transición. Pero hace muchos años que la situación era insostenible. La patrimonialización que los partidos hicieron del Estado y de sus distintos poderes, además de gran parte del sector privado, está también detrás del malestar en nuestro país. Es un agravante local a un estado de ánimo global. Por tanto, es de celebrar que, de haber una vuelta a la confianza en los partidos, éstos tendrán más cuidado y menos capacidad de influencia. Tras la crisis y los movimientos de protesta, y gracias al aumento de la competición política, la sociedad civil está mucho más alerta y es más exigente. Y, en este caso, sí han sido muy útiles las redes sociales y los nuevos medios nativos digitales. Hay una labor fiscalizadora que se refuerza con estas herramientas, que facilitan reforzar la capacidad de presión de grupos de la sociedad civil ajenos a los partidos. Ningún monopolio es bueno, tampoco el de los partidos respecto al poder.

No obstante, el problema de los partidos y su crisis nos remite a un reto teórico mayor, que tiene que ver con la esencia misma de la democracia.

¿Cómo organizamos la gestión global? Los griegos inventaron la democracia en ciudades-Estado donde era relativamente fácil escoger entre todos y organizar un sistema de votación que reflejara perfectamente la voluntad de los electores en los cargos electos. La democracia directa funcionaba gracias al reducido tamaño de las ciudades y del cuerpo electoral. Esto ya fue inviable en los Estados-nación y es directamente imposible en la democracia global que buscamos construir. Porque de momento hay globalización, pero no hay democracia global. Y, cabe preguntarse, ¿es posible?

Se produce así una disociación absoluta entre las demandas de mayor democracia por parte de los ciudadanos y la imposibilidad de organizarla con los instrumentos tradicionales de los sistemas del Estado-nación. Ante este conflicto, y vistas las limitaciones de la antigua esperanza digital, han surgido muchas opciones que podemos resumir en dos grandes grupos: aquellos que piden una vuelta a las soberanías nacionales para preservar el poder de los representantes electos y otros que han abogado por una redefinición de la democracia hacia un sistema de expertos donde tendrá más peso la rendición de cuentas y la transparencia que la utilidad de las urnas. En el primer grupo encontramos los populismos de un signo y de otro, y por supuesto también los nacionalismos identitarios, que han encontrado en este reto de la democracia liberal global uno de sus grandes argumentos y atractivos. En muchos otros casos, el nacionalismo y el populismo han ido de la mano, como ha sido el caso del independentismo catalán embarcado en el *procés*.

El segundo grupo es el de los tecnócratas y sus partidarios. Vivieron unos años buenos y se creyó ver en ellos el inicio de una tendencia que está en horas bajas. Pensemos en Mario Monti en Italia, que sustituyó a Berlusconi en 2011, en plena escalada de la crisis de deuda en Europa. Fue primer ministro durante dos años, en los que ejecutó las consignas europeas para estabilizar la situación macroeconómica y dar así un respiro a la prima de riesgo. Algo que también hizo Lukás Papademos en Grecia, que se hizo cargo del país heleno entre 2011 y 2012 en situaciones aún más dramáticas que las de Italia. Su predecesor, Yorgos Papandrú, había solicitado el rescate total ante la incapacidad de pagar su deuda externa, ante lo que se estableció un durísimo programa de ajuste diseñado por la troika compuesta por la Comisión

Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. Y algo parecido sucedió en Portugal con un presidente que sí fue elegido, y con una amplia mayoría. El socialdemócrata (que en Portugal designa a los conservadores, en contraposición a los socialistas) Pedro Passos-Coelho aplicó con el mismo celo el plan de dicha troika a cambio de un rescate que había solicitado su predecesor socialista.

Los defensores de estos políticos de perfil tecnocrático aducen razones similares a las que se esgrimen cuando se explica la independencia del Banco Central Europeo —en general, de los bancos centrales en las democracias liberales— del poder político. El cortoplacismo habitual de los cargos electos, embarcados en campañas electorales permanentes reforzadas por la revolución digital, hace casi imposible que los representantes adopten decisiones ante las que «no hay alternativa» pero son impopulares. Es paradigmática la frase que dijo el actual presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, en plena crisis del euro: «Todos sabemos lo que hay que hacer, lo que aún no sabemos es cómo ganar las elecciones después de hacerlo». Por eso, sonaba razonable eximir de esa debilidad a los gobernantes, aduciendo la urgencia de acometer reformas de las que personas «ajenas» se harían responsables por el bien del conjunto del país.

Evidentemente, esto choca frontalmente contra la idea básica de la democracia. Sus defensores aducen que no es así en la medida en que estos tecnócratas son escogidos por parlamentos o jefes de Estado que sí han sido elegidos por la ciudadanía, pero que no tienen la valentía suficiente para tomar según qué decisiones. Además, defienden que la rendición de cuentas y la transparencia en sus decisiones —Monti daba una rueda de prensa personalmente casi cada día— es un valor igual de importante o más que las propias urnas. Estos tecnócratas vienen a unirse a un entramado institucional de orden global que estaría ya gobernando el mundo *de facto*. La Reserva Federal de Estados Unidos, el BCE, el FMI, la OMS, el Banco Mundial o los informales Eurogrupo, G-8 o G-20, que funcionarían con una rendición de cuentas que enmascara su falta de legitimidad democrática. Esta idea es la que defendió el politólogo Josep María Colomer en su ensayo *El gobierno mundial de los expertos*.

Sin embargo, esta visión asentada en las teorías de la elección racional ha sido desmentida por la realidad todos estos últimos años. No es que su tesis no sea deseable sobre el papel, sino que ha resultado impracticable. Su ensayo es de un par de años antes a la eclosión populista del 2016 del *brexit* y Trump, y, por supuesto, previa a la deriva de los países de Europa central o Italia. Como antes comentábamos, el *brexit* tuvo un gran impulso gracias, entre otras cosas, al rechazo generalizado a esta tecnocracia de políticos expertos e instituciones supranacionales no elegidas. Ya mencionamos el famoso descargo de Michael Gove, *brexiter* del Partido Conservador británico: «estamos hartos de los expertos», un mensaje que ha calado en muchas opiniones públicas. Ya hemos hablado de Trump y de su campaña electoral y su política contra las élites de Washington. Y pensemos en Italia, que se puso como ejemplo por la medida de Monti, donde actualmente gobiernan —o al menos lo intentan— un partido extremista de derechas, xenófobo, La Liga, y un partido populista y excéntrico como el Movimiento 5 Estrellas.

Parece realmente difícil, por no decir indeseable e impracticable, que pueda imponerse un gobierno global hiperracional basado en técnicos e instituciones transparentes. No es el camino de la democracia global, como las urnas insisten en mostrar. Entre otras cosas, porque el público no las entiende como apartidistas, sino aliadas de una visión concreta de gobernar el mundo. Específicamente de la que nos ha traído hasta aquí. La sensación de pérdida de control sobre los acontecimientos es una de las fuentes del malestar, y no es razonable insistir por ese camino. Más bien parece que el recurso a los tecnócratas fue el último cartucho de un sistema que buscó todos los remedios antes que asumir que no era cuestión de cambiar ni de caras ni de instituciones, sino de las políticas que se llevaban a cabo. Si atendemos a los matices con los que ahora proceden políticos liberales como Macron o Merkel, parece que algo hemos captado de este mensaje persistente.

Tampoco debemos obviar el papel que, según Ian Buruma, los partidos, los sindicatos y otras instituciones intermedias juegan en la cohesión social. Más allá de sus defectos y carencias, éstos han ejercido de anclajes y puntos de referencia sociales, fuentes de microidentidades y subjetividades que daban esa sensación de comunidad y grupo que protege ante las incertidumbres

cotidianas. Será muy difícil, por no decir imposible, que puedan existir partidos políticos a nivel global tal y como los conocemos ahora. Las internacionales socialista o cristianodemócrata apenas son asociaciones lúdicas para encuentros insustanciales, e incluso a nivel europeo aún existen dudas de si es deseable hacer listas trasnacionales para las próximas elecciones al Parlamento Europeo. Pero será todavía más difícil que exista una sociedad cohesionada y democracia efectiva sin organizaciones que resuman la complejidad de las ideas en propuestas identificables, entendibles y elegibles. Hubo mucha precipitación en dar por muertos a los partidos, y ahora, más que rescatarlos, habrá que reinventarlos en un contexto donde la sociedad civil estará mucho más vigilante. Lo que muestra el ejemplo de Buruma es que la globalización ha de estar sustentada en la ética, no sólo en el dinero. O, si se quiere, en inventar y defender una ética del dinero compatible con la ética universal y la democracia. Estamos lejos de lograrlo.

Cómo gobernar el mundo de forma democrática será uno de los retos políticos del siglo XXI. También para los juristas, no sólo para los diplomáticos o los líderes políticos. El debate sobre el gobierno mundial se remonta en realidad casi a la Antigüedad, donde los primeros imperios ya pensaban su realidad en términos globales, hasta las fronteras conocidas en cada momento. El filósofo y economista inglés Jeremy Bentham fue quien inventó, en pleno cambio de centuria entre los siglos XVIII y XIX, el concepto de «internacional». Los debates desde la caída de Napoleón en 1815 y la restauración del Concerto de la Santa Alianza se han sucedido. Unos han hablado de un orden global basado en el nacionalismo internacionalista, esto es, sin una soberanía compartida, sino con relaciones entre estados-nación. Otros han defendido proyectos internacionalistas basados en una única autoridad internacional, como los proyectos comunistas o fascistas expansionistas. El liberalismo y el capitalismo han defendido, por el contrario, un sistema más etéreo basado en las reglas de juego diseñadas y adaptadas para cada momento histórico. Unas veces ha sido de corte más multilateral, como en los años que van desde la caída del Muro, y otras más conflictivo y basado en acuerdos bilaterales, que parece el mundo al que vamos con Trump y acólitos.

Pero hay un malentendido en todo esto. Se ha asociado el capitalismo occidental al fomento de la democracia, y ésta es una idea que se ha quebrado con el auge de China y su liderazgo en el comercio global ante unos Estados Unidos en retirada. Por supuesto, la propia historia de las democracias occidentales tampoco ponía fácil seguir sosteniendo esta idea, pues el colonialismo, que duró hasta antes de ayer en términos históricos, muestra cómo fuera de las metrópolis pesó la economía y no los derechos humanos y políticos. Es por eso que, en gran parte del mundo, recelan tanto de las buenas proclamas occidentales y prestan oídos a los cantos de sirena de Rusia o China, desde América Latina a África, pasando por los Balcanes o el mundo árabe.

El fin de la historia nos hizo creer que el mundo sería democrático en su estación de destino, liberal en lo político, capitalista en lo económico y bienestarista en lo social. En veinte años, y sobre todo tras la crisis, la revolución tecnológica y el auge de China, se han derrumbado todas estas certezas menos la del sistema capitalista. China, y no sólo este país, muestra que el desarrollo económico no deriva necesariamente en apertura política, una de las esperanzas que los liberales han mantenido durante décadas. Ahora no tenemos claro que el futuro vaya a ser democrático, no digamos el del gobierno global de orden mundial que se reconfigura. Pero tampoco tenemos la certeza de que nuestras democracias nacionales vayan a soportar el peso de una competencia económica global en la que los derechos políticos han perdido relevancia frente a la reducción de costes o la productividad. Como dijimos, la democracia liberal necesita ser eficaz para sobrevivir, y no está claro que lo esté siendo en el nuevo panorama global. Todo confluye para aumentar la sensación de desamparo, incertidumbre, descontrol y malestar. ¿Podemos tachar de irracional que así sea?

Auge de China y repliegue nacionalista

La popularidad en Estados Unidos de la guerra comercial comenzada por Trump tiene causas esencialmente materiales. El comercio internacional ha dejado perdedores, y también, y sobre todo, el cambio tecnológico. Pero sería un error minusvalorar los aspectos puramente simbólicos que el auge de China tiene en la autopercepción de Estados Unidos como primera potencia. El final de la Guerra Fría anticipaba un reinado global de la superpotencia indiscutido. Y aún sigue siendo parcialmente así. La diferencia es que ahora se atisba una dinámica que llevará en unas décadas a China a superar a Estados Unidos en los principales indicadores económicos. Hay que tener en cuenta, además, un hecho adicional que se ha subrayado poco. Hasta hace bien poco, la tecnología y los avances se producían en un lugar y era más difícil trasladarlos a otro, por lo que el hecho diferencial de la competitividad radicaba en la fuerza de las máquinas o de los avances científicos.

Pensemos en los portugueses, conquistando medio mundo gracias a su pericia como ingenieros navales y marinos. O en la Inglaterra imperial, con sus barcos de vapor y sus líneas de ferrocarril, que extendían allá a donde

iban. En ese mundo, la fuerza de la demografía no pesaba tanto. La India o China tenían poblaciones muy superiores, pero fueron fáciles de doblegar y tener en la lona durante más de un siglo. Ocurre que esta nueva revolución industrial, la digital, se basa en conocimientos e intangibles mucho más fáciles de extender y de asumir por todo el mundo. Es el caso de internet, una tecnología que, como vimos, tiene un origen militar en Estados Unidos y que es ahora una tecnología global sin distinciones entre potencias y países. Las redes sociales o las aplicaciones móviles funcionan por igual —más allá de la censura política— en Seattle o Buenos Aires que en Nairobi o Singapur.

Esto, que puede parecer un hecho menor y motivo de alegría, tiene serias implicaciones geoestratégicas, pues esta extensión del conocimiento y la productividad ha vuelto a elevar el peso que en la competencia global tiene la demografía. Si todos podemos hacer lo mismo, la diferencia estribará, por tanto, en quien lo haga mejor, en quien lo haga más barato y en quien haga más. Para las dos últimas especialmente, tener más población ayuda. Y esos efectos de economías de escala ya se están notando en el reposicionamiento del orden global en construcción. India, con sus más de 1.300 millones de habitantes, o China, con sus casi 1.400 millones, tienen una ventaja competitiva que en gran medida ya están aprovechando. El traslado del eje mundial hacia el Índico y el Pacífico tiene también en la demografía un aliado importante.

Desde el fin de la Guerra Fría, el aumento de la presencia de China en el comercio global, en el sistema financiero o en las instituciones globales ha sido innegable. Ahora lo es, además, en vastas regiones del mundo, como África, América Latina o Asia Central. Por no hablar de su afán por crear una zona de dominio regional, lo que la ha llevado a sufrir conflictos diplomáticos —y en algún momento, con conatos de guerra— con sus vecinos indios, japoneses, filipinos o vietnamitas, entre otros. La construcción china de islas artificiales y atolones en el mar de la China Meridional es un conflicto en potencia que habrá que vigilar de cerca. Por ahora el dominio chino se basa en una retórica pacifista y en su poderío económico, pero estos gestos, además de la modernización extraordinaria a la que está sometiendo a sus fuerzas armadas, nos muestran que el gigante asiático alcanzará pronto capacidades defensivas y ofensivas extraordinarias.

En el aspecto económico, ha destacado estos años de precrisis y crisis occidental por una penetración sin pausa en mercados de materias primas latinoamericanos (la soja de Argentina o el cobre de Chile) o africanos (China recibe el 40 por ciento del crudo que se extrae de Sudán, además de importar tabaco de Zimbabue, diamantes de Sudáfrica, manganeso de Gabón y Ghana, y algodón de Benín y Burkina Faso). Dicha presencia económica ha venido seguida de una mayor capacidad de presión política. A través de avales petrolíferos para préstamos financieros a Venezuela, China ha conseguido una parte del pastel petrolero del país caribeño —que tiene las mayores reservas del mundo—, que le será muy útil en subsiguientes etapas de su espectacular desarrollo industrial. En los Balcanes, y contrarrestando la lentitud y los trámites lógicos que en materia de derechos humanos y libertades políticas la UE impone a sus candidatos para entrar en el club, China se ha hecho rápidamente con empresas y prestigio en Serbia, país que bascula entre Rusia y Europa. Y qué decir de África, tan necesitada de infraestructuras básicas que China construye a cambio de llevarse gran parte de sus materias primas. Que no veamos tropas chinas por el mundo, como vemos las estadounidenses, no significa que no tengan una influencia igual o mayor que Estados Unidos.

Aunque pasó más desapercibido que otros anuncios, el XIX Congreso del Partido Comunista de China —que como ya hemos mencionado consagró al presidente Xi y ungió su pensamiento del peso moral del de Mao— ha dado un paso significativo en el salto de la influencia económica a la política del *soft power* con la creación de una agencia internacional de ayuda al desarrollo, similar a la estadounidense USAID o a la española AECID. El liderazgo del futuro habrá de estar basado en una concepción del desarrollo distinta, y el gran reto de China —ciertamente complejo— es convencer a sus potenciales socios de que el viejo faro de la aspiración democrática no conduce a nada. Que es mejor apostar por autoritarismo político con economía de mercado. No está claro que vayan a conseguirlo, pero las ventajas que la falta de miramientos por los derechos humanos les da en rapidez e imagen inmediata no deben menospreciarse. Ante la urgencia de satisfacer las necesidades básicas, es comprensible que un obrero en paro en Belgrado o un campesino sin comprador de sus productos priorice al aliado chino. Un ataque en la línea

de flotación moral de la actuación de las grandes agencias para la ayuda al desarrollo occidentales.

China va a producir un movimiento disruptivo en la cooperación internacional con su nueva agencia, pues la ayuda oficial occidental y las ONG han solido exigir contrapartidas relativas a sistemas políticos, respeto a minorías, derechos humanos o cuidado del medioambiente que no se producirán ahora, en la medida en que China prioriza su desarrollo por encima de cualquier causa legítima. Habremos de acostumbrarnos a ver grandes desembolsos de dinero y un aumento de la presencia visible china en muchos países que otrora fueron zonas de influencia occidentales. Especialmente en África. América Latina es demasiado cercana cultural y geográficamente a Estados Unidos como para que haya una presencia y un atractivo que vaya más allá de lo estrictamente económico, pero no hay que minusvalorar el peso de estos condicionantes en países que realmente necesitan esas inversiones. Pero África, que vive una explosión demográfica y sigue estancada en sus problemas seculares desde la descolonización, sí es realmente una oportunidad. Aunque trataremos este asunto en un epígrafe específico, baste adelantar que aquí puede haber rivalidad, pero también confluencia de intereses. Vista la crisis inmigratoria en Europa, es urgente para la UE que África se desarrolle y encuentre estabilidad económica, política y social. No ha pasado desapercibida la inauguración en Yibuti en 2017, en el Cuerno de África, de la primera base militar china fuera de su territorio. La presencia naval de China y su futuro comercial le hacen concebir nuevas necesidades. Curiosamente, en ese pequeño país africano, con pocos kilómetros de distancia entre ellas, hay también una base militar estadounidense, una francesa, una japonesa y una italiana. Esperemos que prevalezca esta simbiosis a la lucha clásica por zonas de influencia propias de la geopolítica.

En esa expansión cultural, que hasta ahora apenas había cobrado relevancia, destaca también el crecimiento vertiginoso de los Instituto Confucio por todo el mundo. En teoría, tienen una función similar a nuestros Instituto Cervantes, el Liceo Francés o al Goethe Institut alemán: enseñar la lengua y potenciar la cultura china más allá de sus fronteras. Lo que ha generado recelos, además del hecho de que China no es una democracia, es el

centralismo con el que estas academias se gobiernan desde Pekín y, sobre todo, su expansión fulgurante. El primer Instituto Confucio se inauguró en 2004 en Seúl, Corea del Sur. Hoy, tres lustros después, hay más de quinientos por todo el mundo, y la mayor presencia está en Estados Unidos, su rival estratégico, con más de cien. Destaca la presencia en los campus universitarios, algo que también ha generado recelos de los que se hacía eco un interesante reportaje en el *Financial Times*, publicado en 2017, con un elocuente título: «Institutos Confucio: ¿bienes culturales o amenazas en el campus?».

En cuanto a su zona natural de influencia, y además de la mencionada expansión marítima hostil, China ha lanzado dos iniciativas esenciales en su busca del coliderazgo mundial. La más importante de ellas es la *One Belt, One Road* o Nueva Ruta de la Seda. China busca ampliar esta histórica ruta comercial entre el Pacífico y los puertos marítimos de Europa con la construcción de un ferrocarril a través de Kazajistán con el mismo ancho de vía que los ferrocarriles chinos, enlaces ferroviarios a la India, Birmania, Tailandia, Malasia y otros países del Sudeste asiático, la construcción de un túnel ferroviario y un puente de carretera a través del estrecho de Bering para conectar el Transiberiano al sistema ferroviario de América del Norte, y la construcción de un túnel ferroviario entre Corea del Sur y Japón. Se trata de un proyecto ambicioso que implicará a muchos países de tránsito que pueden bascular en sus posiciones hacia China y que sin duda promete tener un impacto económico-comercial enorme, dado el potencial exportador e importador del gigante asiático. El Gobierno de Pekín tiene previsto invertir 800.000 millones de dólares en este proyecto de vertebración de Eurasia, uno de los más ambiciosos de nuestro tiempo, que sin duda tendrá también un impacto político y geoestratégico, además del estrictamente económico. Más aún en un tiempo en el que Estados Unidos inicia una incierta guerra comercial, enfrentándose no sólo a China, sino a sus antiguos aliados europeos. Países que pueden verse tentados a buscar salida a sus bienes y servicios en el mercado oriental y en Rusia.

El otro gran proyecto es el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (AIIB), un organismo financiero multilateral impulsado en 2014 por China que

tiene como objetivo financiar la construcción de infraestructuras en Asia. No sin razón, este organismo ha sido visto por muchos en Occidente — especialmente en Estados Unidos— como el rival o el sustituto en el futuro del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Asiático, vistas en China como instituciones con un claro sesgo prooccidental. Es la semilla de un orden económico-financiero alternativo al que alumbró Bretton Woods en 1944. Estados Unidos y sus aliados en el Pacífico —Japón— y América Latina —Colombia— se han negado a entrar, pero sorprende la cantidad de países que sí han solicitado el ingreso, algunos de ellos aliados muy estrechos de la potencia americana. Entre ellos, España, Alemania, Francia, Reino Unido o Chile. Y están en vías de adhesión Rusia, Israel o Brasil, entre otros. Pese a las quejas diplomáticas de la Secretaría de Estado, el aislamiento de Estados Unidos es evidente, algo que se suma a su retirada del Acuerdo Transpacífico de Libre Comercio y al inicio de la guerra comercial con China, la Unión Europea y sus vecinos canadienses y mexicanos. Aunque el AIIB está en sus inicios y aún perfila estrategias con sus países miembros, su capacidad financiera es asombrosa, de nada menos que un total de 250.000 millones de dólares. Está claro que dicha cantidad no será inocua en el equilibrio de fuerzas y que empujará el eje global hacia el Pacífico con todavía más fuerza.

Por último, al liderazgo comercial y financiero que pretende China, se le une su compromiso con el cambio climático y con la innovación tecnológica. Actualmente ejecuta el Plan «Made in China 2025», que busca convertir a dicho país en la primera potencia global industrial y tecnológica para esa fecha. Aquí se enmarca la presentación en 2017 del primer portaviones de fabricación estrictamente china y otros proyectos relacionados con trenes bala, satélites, robots, aviones que compitan con Boeing y Airbus, tecnología para la industria de las comunicaciones o carreteras inteligentes. De ser la fábrica del mundo con salarios bajos, su intención es pasar a ser el centro tecnológico del mundo con trabajadores cualificados. Hay que tener en cuenta que China es el país con más doctores universitarios del mundo. Como antes dijimos, la fuerza de la demografía cuenta en el nuevo esquema económico mundial.

Y, relacionado con lo anterior, es muy significativo el papel de liderazgo

que el Gobierno chino ha adoptado en la lucha contra el cambio climático. China se lo ha tomado en serio, y no quiere que el colapso de las condiciones del planeta frustré su vuelta al mundo tras dos siglos en la sombra. Piensan a largo plazo, estratégicamente, y no se engañan respecto a los efectos catastróficos de la subida de la temperatura producida por la acción humana. La contaminación en sus grandes ciudades es, por lo demás, innegable. Por eso China, a diferencia de los Estados Unidos de Trump, firmó y se mantiene firme en el Acuerdo de París, dentro del marco de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que establece medidas para la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) a través de la mitigación, adaptación y resiliencia de los ecosistemas a efectos del calentamiento global. Se firmó el 22 de abril de 2016 para celebrar el Día de la Tierra y sustituye al antiguo protocolo de Kioto, que caducaba en 2010. Fue un pacto muy complicado por la cantidad de intereses divergentes entre los 195 miembros que lo negociaron durante la XXI Conferencia sobre Cambio Climático (COP 21), y su resultado fue ampliamente calificado de «histórico». Lamentablemente, Estados Unidos, que es el segundo emisor de CO₂ a la atmósfera tras China, se ha retirado del acuerdo. Sus emisiones representan el 27 por ciento del total, por lo que la eficacia de lo sellado queda en entredicho. El cambio climático es el principal agente para impulsar una gobernanza global obligada, y su principal líder ha decidido darse de baja, esperemos que no por mucho tiempo.

China, en cambio, se ha puesto objetivos bastante ambiciosos, teniendo en cuenta que aún está en una fase intermedia de su desarrollo como potencia global. El Gobierno de Xi ha declarado su intención de duplicar la reducción de su dependencia del carbón y el aumento de su uso de energía renovable y ha adelantado a 2025 el punto de inflexión de sus emisiones, cuando hacía unos meses estaba en 2030. La dependencia del carbón es vista como un problema serio, y el vacío que deja Estados Unidos les permitirá liderar este reto global. Algo que puede tener también efectos en su reputación como potencia responsable en un intento por compensar, a ojos de la opinión pública internacional, su falta de libertades. Sus proyectos con energía renovable y con productos ecológicamente responsables darán a China un plus en su

marca, algo fundamental en la construcción de una superpotencia. China es el líder mundial en inversión nacional en energía renovable y sectores asociados de bajo consumo de emisiones, y patrocina o invierte en infinidad de proyectos de este tipo más allá de sus fronteras. Que Estados Unidos haya abdicado de su responsabilidad y haya dejado el liderazgo de la causa común global del futuro inmediato es un hecho del que los demócratas sólo podemos lamentarnos. Y esperar que sea provisional, aunque, como hemos visto, esta visión trumpista está más instalada en la opinión pública de Estados Unidos de lo que nos gustaría. El mensaje que manda una China exitosa en su reconversión industrial y política respecto al calentamiento global es terrorífico para la democracia liberal. Pues queda en la mente de los ciudadanos que una dictadura de partido único es más eficiente y está más comprometida en la resolución del mayor reto que tenemos como civilización. ¿Qué argumentos tendremos entonces para decir en África o en Oriente Medio que el Estado de derecho, el pluralismo y las libertades políticas son el futuro? Temo que muy pocos, y que la fuerza moral de la democracia representativa y liberal ha sufrido un golpe devastador en su imagen global de la que le costará recuperarse. Ya no tenemos tan claro que el futuro del orden mundial vaya a ser democrático, y eso genera inquietud en un Occidente que acostumbraba a imaginarse un porvenir diseñado con sus reglas, como había sido hasta ahora.

Finalmente, la retirada de Estados Unidos del Acuerdo Transpacífico ha producido un efecto geopolítico de consecuencias imprevistas. Cuando China comenzó su expansión regional con proyectos como la mencionada construcción de atolones e islas artificiales en el mar de la China Meridional, con reclamaciones territoriales contra Japón o India, o con grandes inversiones en países como Vietnam, Malasia, Pakistán o las repúblicas centroasiáticas, se comenzó a conformar una coalición antiChina que nacía del recelo contra el poderío chino. Estos países tenían su faro y su aliado en Estados Unidos, que se presentaba como la alternativa a la voracidad y a la influencia chinas. El Acuerdo Transpacífico era, en parte, hijo de este recelo de dicha coalición regional. Por tanto, la retirada decretada por Trump del inminente pacto comercial fue, además de una discutible decisión económica,

una desastrosa decisión geoestratégica. Los países de la región que iban a firmar, agraviados, no han tenido más remedio que volver su mirada de nuevo hacia China, su mercado y sus reglas. Estados Unidos despreció de golpe el favor de importantes aliados y los echó en brazos de la potencia rival.

Finalmente, en marzo de 2018, se llevó a cabo la firma de dicho acuerdo sin Estados Unidos. Australia, Brunéi, Canadá, Chile, Japón, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam conformaron el mayor pacto de libre comercio vigente, creando un mercado de 498 millones de personas, que representan nada menos que el 15 por ciento del comercio mundial. El nuevo acuerdo excluye veinte disposiciones del pacto original, en su mayoría relacionadas con la propiedad intelectual que exigía Estados Unidos, y si con Estados Unidos abarcaba el 40 por ciento de la economía mundial, el monto que alcanza actualmente es muy significativo. Si Estados Unidos rectificara y decidiera entrar —algo que parece probable a medio plazo—, lo haría con reglas decididas por otros y con la desconfianza que produce el primer abandono. No parece una gran gestión ni del poder económico ni de la rivalidad geoestratégica, aunque sean precisamente ambos los motivos que ha aducido Trump para comenzar la guerra comercial y la retirada de los distintos acuerdos multilaterales. Demasiados cambios, retiradas y exabruptos que alimentan la imprevisibilidad y la incertidumbre general.

No ha trascendido tanto como en mi opinión debiera el acuerdo firmado entre el papa Francisco y las autoridades chinas para normalizar sus relaciones. Según este pacto, el Vaticano reconocerá a los obispos que nombre el Partido Comunista Chino como sus legítimos representantes en el gigante asiático, en un intento de poner fin así a una dualidad un tanto peculiar: en un país ya de por sí con pocos católicos, éstos están divididos entre los que siguen a la Iglesia fiel a Roma y aquellos que asumen la primacía del régimen.

Esta firma ha sido interpretada desde diversos puntos de vista. Muchos han destacado sus consecuencias geopolíticas, que pasarían por una ruptura del reconocimiento diplomático de la Santa Sede a Taiwán, con lo que el ascenso de China se vería legitimado, o bendecido, nunca mejor dicho, por la Iglesia católica. Pero ésta me parece una interpretación que no va al centro del asunto. No niego que pueda haber cambios en las relaciones internacionales a raíz de

dicho acuerdo, sino que me parecen algo tangencial respecto de la cuestión de fondo que motiva el acuerdo.

Otros han argumentado también que de fondo late el recelo de este papa respecto a Estados Unidos, y destacan sus esfuerzos para llevarse bien con Rusia y China, en busca de hacer perder influencia a la América de Trump. Tampoco creo que sea la razón. Las jugadas cortoplacistas y coyunturales son impropias de la diplomacia vaticana y, además, la cuestión de las relaciones con China viene de antiguo. Si este papa da ahora pasos definitivos, son la consecuencia de trabajos previos de otros pontífices.

No hay duda de que el Vaticano tiene algunos de los mejores diplomáticos del mundo. Dos milenios de historia lo avalan. Todo lo que ocurra en el mundo pasará por Asia en los próximos tiempos. No sólo por una cuestión demográfica, sino también política y científica. Siendo así, ninguna religión puede enclaustrarse en sus viejos perímetros, el occidental en el caso de la Iglesia católica. Más aún si en sus territorios clásicos los procesos de secularización han llevado a una merma de fieles e influencia. Es un movimiento, por tanto, lógico en términos temporales.

Pero también hay algo estrictamente religioso. El mundo es muy dual en cuanto a la secularización. Los avances científico-técnicos, el racionalismo y el progreso económico nos han alejado de las religiones, o al menos de la forma en que las profesábamos. No quiere decir esto que no haya interés por la espiritualidad, pero sí es innegable que los grandes relatos teológicos viven una decadencia clara desde hace décadas. Singularmente en Occidente, pero no sólo.

A su vez, esto coincide con la vuelta inesperada de formas patológicas de religiosidad, o con pretexto religioso. El caso más dramático es el del yihadismo, pero también hay elementos cristianos, judíos o budistas que han optado por una senda radical. Pensemos en los monjes budistas de Myanmar, claves en la incitación al odio contra la minoría rohinya. Ya hemos comentado que en estas formas violentas hay mucho de nihilismo ante nuevas dinámicas globales, que, en definitiva, responde a causas también materiales.

Pero me resisto a no ver en el fondo de todo cierto *revival* del hecho religioso y místico ante el avance tan rápido y tan extraordinario de las

posibilidades de la ciencia y la tecnología. Términos como inteligencia artificial, robots, transhumanismo o multiversos no son cualquier avance, son cambios de paradigma que confrontan con concepciones muy atávicas y asentadas de lo que somos y lo que creemos ser. La ciencia y la tecnología, en ese sentido, están confrontando lo más básico, poniendo a prueba no ya una costumbre, sino un esquema mental.

Dejó escrito Louis Pasteur en su autobiografía que su experiencia le había enseñado que «un poco de ciencia nos aparta de Dios. Mucha, nos aproxima a Él». Y algo de eso hay en algunos de los impulsos que muchos hechos místicos y religiosos están teniendo en el mundo. Por eso me parece especialmente relevante el acuerdo entre la Santa Sede y China, porque responde a una necesidad humana que se acrecienta en estos años de aceleración e incertidumbre. Una era cuyo epicentro se desplaza a Asia, y sobre todo hacia China. ¿Podía quedar la Iglesia católica fuera de esta zona sin renunciar a su vocación principal? Creo que no.

El avispero árabe- musulmán

Cuando el vendedor de frutas tunecino Mohamed Bouazizi se inmoló tras sufrir una humillación por parte de un policía, pocos imaginaban que ese día, 17 de diciembre de 2010, daría comienzo una dinámica de revueltas y levantamientos en el mundo árabe de la magnitud en que se produjeron. El dictador de Túnez, Ben Ali, en el poder desde 1987, fue el primero en caer. Tras un intento de apaciguar las protestas con concesiones y reformas, el autócrata se marchó al exilio en Arabia Saudí el 14 de enero de 2011. La calle árabe había demostrado que era posible cambiar la inercia que mantenía al mundo árabe, ausente de las corrientes democratizadoras del mundo. La mecha había prendido y no tardaría en llegar a otros países que sufrían en mayor medida los problemas del subdesarrollo y la tiranía. La de Túnez ha sido, hasta hoy, la única revuelta árabe que ha derivado en una democracia, aún con muchos problemas de inestabilidad económica y terrorismo. Los partidos laicos e islamistas han conseguido ponerse de acuerdo en las reformas básicas e incluso han llevado a juicio a algunos de los responsables del régimen anterior gracias a una Comisión de la Verdad que ha encontrado, en cambio,

muchísimos obstáculos para hacer su trabajo. No obstante, y mal que bien, Túnez ha conseguido un mínimo consenso político que le permite encarar con cierto optimismo un futuro tan dramático para otros países de la región.

El inicio de la Primavera Árabe se vio con expectación en un Occidente que estaba escarmentado de las invasiones de Afganistán e Irak, donde por entonces los progresos eran insignificantes. Las tropas de la coalición internacional no habían conseguido dar estabilidad y progreso a los países árabes y/o musulmanes en los que había intervenido por la fuerza, amparados en un documento *neocón* llamado «Proyecto para un nuevo siglo americano». En su momento, estas intervenciones generaron expectativas de que por fin la democracia liberal podría llegar al mundo islámico y, desde el ejemplo de Irak, irradiar el espíritu de cambio al resto de países de religión musulmana. Claro está que ese efecto no se produjo, y lejos de propiciar un efecto dominó prodemocracia, el caos tribal, sectario y organizativo de Irak proporcionó una base de operaciones bien surtida al radicalismo islamista más atroz, ya fuera en forma de Al Qaeda y sus filiales o del sádico Estado Islámico. Por tanto, que el levantamiento se produjera en los propios pueblos árabes y/o musulmanes venía a portar una nota de optimismo respecto a la viabilidad de los cambios. No era lo mismo ayudar a que algo que está en marcha tenga éxito, que imponerlo por la fuerza.

Es el enfoque que Barack Obama impulsó en su famoso discurso en El Cairo, en junio de 2009. Allí, el presidente de Estados Unidos, de quien el entonces *rais* Mubarak era aliado, habló de «un nuevo comienzo» y exhortó a los países árabes a sumarse a un nuevo orden mundial basado en la justicia y el respeto a los derechos humanos. Les pidió que mejoraran las relaciones con Estados Unidos y que hicieran avanzar la iniciativa de paz árabe. Habló directamente a los jóvenes, tan numerosos en los países musulmanes y tan frustrados en sus expectativas. El discurso entusiasmó a la inmensa mayoría de la sociedad, cansada de promesas incumplidas y de ver cómo los estándares de vida y las libertades se degradaban, pero gustó menos a unos dirigentes que se tenían a sí mismos como grandes alcaides que mantenían el orden para beneficio, sobre todo, de la primera potencia. Por eso el discurso de Obama era realmente revolucionario. Y lo cierto es que sus efectos empezaron a

notarse en seguida. Es difícil, por no decir imposible, establecer una causalidad o correlación directa entre estas palabras y los hechos que se precipitaron desde entonces. El mundo árabe-musulmán traía un malestar soterrado que, a fin de cuentas, era de por sí una bomba de relojería. Las palabras de Obama, en cualquier caso, alimentaban la esperanza de un cambio deseado, que por primera vez en la historia sería respaldado por la potencia que históricamente había sostenido a sus dictadores.

Fueron bastante significativas las movilizaciones que se produjeron en el Sáhara entre el 8 y el 9 de noviembre. Las protestas y enfrentamientos en El Aiún y otras localidades entre el Frente Polisario y militares marroquíes dejaron muertos y desaparecidos. Las cifras se desconocen o no son fiables. Los marroquíes, que reclaman los territorios de la antigua colonia española como propios, hablan de varios militares de sus fuerzas armadas fallecidos y dos saharauis. En cambio, el Frente Polisario, que reclama la independencia del Sáhara Occidental, habló de 159 desaparecidos, 4.500 heridos y 2.000 detenidos. Cifras nada despreciables, aunque estén infladas, que muestran bien la magnitud de unas protestas que pasaron desapercibidas con las caídas posteriores de Ben Ali, Mubarak, Gadafi o la guerra de Siria. No obstante, no son pocos los analistas que mencionan estos hechos como los primeros de la Primavera Árabe que el consenso data con la quema a lo bonzo del vendedor de frutas tunecino.

En Egipto, el ejemplo tunecino cundió y la gente salió el 25 de enero de 2011 a las calles para protestar contra Mubarak y su régimen. El caldo de cultivo eran la brutalidad policial, las leyes de emergencia del Estado, el desempleo masivo, el deseo de aumentar el salario mínimo, la falta de viviendas y alimentos, la inflación, la corrupción, la falta de libertad de opinión o las malas condiciones de vida. La principal meta de los manifestantes era que Mubarak, quien llevaba en el poder casi treinta años, lo abandonara. Dieciocho días después del inicio de las protestas, el viernes 11 de febrero, Mubarak dimitió. Lamentablemente, en el país de los faraones las cosas irían bastante peor de lo que le fue a Túnez desde entonces.

Tras la caída de Mubarak, se hizo cargo del país una junta militar encabezada por el jefe de los ejércitos, Mohamed Hussein Tantawi, que

convocó elecciones democráticas y libres para julio de 2011. El movimiento islamista había sido duramente reprimido en Egipto durante los años de partido laico, desde Nasser hasta Sadat, y por supuesto bajo la férula de Mubarak. De este país es el actual líder de Al Qaeda, el médico Aymán al-Zawahirí, que había sido durante muchos años lugarteniente de Bin Laden. También del país de las pirámides era Sayyid Qutb, ideólogo de los Hermanos Musulmanes, y aún hoy señalado como fuente de inspiración de muchas de las corrientes más radicales del islamismo. Se le acusó de organizar un complot contra Nasser y fue ahorcado en 1966. Con estos antecedentes, no era difícil suponer que la proscripción de los Hermanos Musulmanes no haría que ni ellos ni sus ideas desaparecieran entre el pueblo egipcio. No ver el problema o prohibirlo fue un bálsamo que mostró su ineficacia una vez se conoció el resultado de las elecciones, en las que salió elegido presidente el islamista — en teoría moderado— Mohamed Morsi.

El cambio no empezaba bien, pues la Hermandad comenzó a aplicar un rigor moral que no era lo que en especial la juventud quería como sustituto del rigor penal del régimen anterior. Se había sustituido un régimen dictatorial por una dictadura del pensamiento y las costumbres que estaba muy lejos de colmar las expectativas de cambio. El presidente, además, había impulsado una nueva ley gracias a la cual concentraba más poder en su persona y se garantizaba inmunidad, lo que, unido a los problemas económicos agravados durante sus años de poder, produjo la eclosión de las protestas sociales. A finales de junio de 2013, la situación se fue de las manos cuando los manifestantes llegaron a asaltar y saquear la sede de los Hermanos Musulmanes. El 1 de julio, los militares dieron un ultimátum a Morsi, que tenía hasta el 3 de julio para asumir las demandas del pueblo, ante cuya negativa se harían cargo del poder. Son ya históricas las imágenes que nos muestran la plaza Tahrir atestada de manifestantes, sobre los que sobrevuela un helicóptero. El consenso en las fuerzas políticas opositoras era total cuando el mariscal Al Sisi salió en televisión para anunciar que Morsi dejaba el cargo, que se nombraba como nuevo mandatario provisional al presidente de la Corte Constitucional, que se suspendía la Constitución y que se convocaban elecciones.

Los acontecimientos desde entonces son bien conocidos. Al Sisi, jefe del Ejército y cabeza del golpe, ganó las elecciones, a las que no concurrieron los Hermanos Musulmanes, de nuevo ilegalizados. En las presidenciales de 2014, Al Sisi obtuvo ante un único rival nada menos que un 96,9 por ciento de los votos en unas elecciones que no fueron ni libres ni limpias. Previamente, en enero, el Gobierno provisional había cambiado la Constitución que habían aprobado los islamistas en 2012, un cambio de Ley Fundamental que es en sí mismo síntoma de la insostenibilidad de la democracia que creían haber alumbrado con las revueltas. Al Sisi volvería a ganar con un porcentaje similar en 2018, nada menos que un 97 por ciento de los votos para el que es, en teoría, su último mandato. Aunque casi todos los analistas dan por hecho que se reformará de nuevo la Constitución para permitirle eternizarse en el poder. Ese vicio de las dictaduras que no ha sido capaz de quitarse de encima Egipto.

El país se encuentra ahora en una situación parecida, pero reforzada en su estabilidad, a la de Mubarak antes del discurso de Obama en 2009. Su legitimidad interna es el caos de los Hermanos Musulmanes y, por supuesto, la prohibición de oposición real y el recurso a la fuerza y la cárcel. Y hay un elemento regional que juega claramente en su favor, como es la dureza del embate terrorista que se produjo tras el estallido de la guerra civil siria. La diseminación del terrorismo islámico por los países árabes y los diversos atentados mortales que inspiró en Europa y, en menor medida, en Estados Unidos, hicieron que las potencias occidentales volvieran a su vieja prioridad por la seguridad, en detrimento de cuestiones como la libertad política o los derechos humanos. En este contexto, monarquías absolutas como Arabia Saudí o la dictadura egipcia han encontrado una razón de ser ante los ojos de los países occidentales. Eso era lo que aportaban Sadat o Mubarak, y Al Sisi, que participó en un Gobierno que nació de su derrocamiento, se ha convertido en uno de ellos. Egipto ha vuelto a la casilla de salida, aunque con el ejemplo moral de una revuelta que ha quedado en los corazones y las mentes de los egipcios. Ya hay, al menos, un precedente que dice que sí se puede.

Otro punto en el que Occidente, y especialmente los países del sur de Europa, está viéndose escarmentado por la falta de previsión tras una

intervención armada es Libia, país en guerra civil que se ha convertido en el gran teatro de operaciones de los traficantes de seres humanos. La mayoría de los inmigrantes que han llegado a Europa en los últimos años, asunto que tantos efectos políticos está teniendo para las democracias del viejo continente, han partido de Libia, un territorio vastísimo y sin autoridad clara. Hablaremos de ello en un epígrafe específico, pero baste mencionar aquí que el caos libio forma parte también de la misma dinámica del resto de países de la Primavera Árabe: unas expectativas que no se cumplieron y que han propiciado el caos total o el retorno o el refuerzo de las dictaduras, generalmente con la excusa de luchar contra ese caos.

Muamar el Gadafi era un personaje de la escena internacional bien conocido por todos. Había llegado al poder de la vieja colonia italiana tras la Revolución del 1 de septiembre de 1969 que derrocó al rey Idris I, marioneta en el poder tras la descolonización sin ningún poder real en un país artificial, compuesto por Tripolitania, Cirenaica y la desértica Fezán. Gadafi llegó con un discurso que mezclaba el socialismo propio del Tercer Mundo con ideas anticolonialistas y africanistas, experimento que plasmó en «el Estado de las masas», término con el que se suele traducir su *yamahiriya*, una teoría política muy particular establecida en 1977 y presente en el país africano hasta la caída del régimen, en 2011. En el caso libio, las protestas habían comenzado el 15 de febrero, al mes siguiente de la caída de Ben Ali. Los jóvenes habían hecho una convocatoria por las redes sociales bajo el lema «Revuelta del 17 de febrero: Día de la ira en Libia», espoleados por la detención arbitraria en Bengasi de un abogado defensor de presos de conciencia. Los choques entre manifestantes y fuerzas de seguridad precipitaron el estallido de protestas por todo el país, que pronto se generalizaron.

El conflicto civil había comenzado, y tras los primeros compases de la guerra, las fuerzas de Gadafi y las opositoras del Consejo Nacional de Transición estaban igualadas. Los segundos, inspirados en la Primavera Árabe, recibían el apoyo de Francia, especialmente, pero en general de los países de la OTAN. En marzo, la comunidad internacional había aprobado una resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU que establecía una zona de exclusión aérea. La dureza de los contraataques de las fuerzas leales al líder

libio y el enquistamiento de la guerra civil habían llevado a Gadafi a las puertas de la reconquista de Bengasi y la comunidad internacional exhortó a entrar en Libia bajo lo que se calificó como una intervención humanitaria. Los bombardeos franceses fueron decisivos en un conflicto que se prolongó agónicamente durante meses. Libia había caído, pero Gadafi seguía en busca y captura. En un entramado de tribus muy dispares, con viejas lealtades muy difíciles de comprender desde la óptica occidental, se temía que el dictador se hubiera mimetizado con el entorno y fuera difícil de encontrar.

Sin embargo, todos vimos las durísimas imágenes de un desencajado Gadafi pidiendo clemencia a unos milicianos que lo suben a un coche, malherido tras haberlo sometido a humillaciones y torturas que quedaron grabadas. Tras una breve ráfaga en la que la cámara deja de enfocar, aparece el rostro ya sin vida de Gadafi después de recibir un tiro de gracia. Efectivamente, se había refugiado en su ciudad de origen, Sirte, buscando la complicidad que en sociedades con culturas ancestrales tienen los lazos familiares. En agosto de 2012, se disolvió el Consejo Nacional de Transición y se inició la transición democrática, con el Congreso General de la Nación y la fundación de la República Libia. Las luchas sectarias y tribales en un país artificial y disfuncional complicaron mucho las cosas y en 2014 estalló otro conflicto civil que dura hasta nuestros días. Hoy hay un Gobierno en Tobruk que nace de un parlamento votado en elecciones y reconocido por la comunidad internacional, y otro en el este, liderado por el general Jalifa Haftar, que cuenta con la fuerza de su ejército. En este conflicto civil inacabable, y pese a los continuos esfuerzos de la comunidad internacional por propiciar negociaciones de reconciliación, cada parte cuenta con distintos apoyos internacionales, con el resultado del caos y la ingobernabilidad de la que se aprovechan los traficantes de seres humanos.

Lo cierto es que el polvorín libio parece lejos de encontrar la solución definitiva, si es que existe actualmente. Mientras tanto, hay muchos actores en conflicto a los que les interesa un *statu quo* que ofrece una base de operaciones de incalculable valor para todo tipo de negocios ilícitos. Dado que el asunto de las migraciones es uno de los grandes retos europeos —por no decir globales—, Libia es uno de los epicentros de un terremoto político

que está poniendo en jaque la idea que tenemos de nuestras propias democracias, y somete a test de estrés a nuestros valores. No siempre con los resultados esperados. Ahí están los votos a xenófobos y racistas en tantos países de nuestro continente. En esta maraña global en la que estamos, Libia tiene una fuerza cardinal en la dinámica perversa en la que los sistemas políticos han entrado. Lo que en un principio fue una intervención militar bajo causas humanitarias aplaudida por la opinión pública, se ha convertido en el mayor desafío de la Unión Europea. ¿Sabremos solucionarlo? Es de esperar que estos sucesos empujen a los países miembros a una mayor coordinación y unión, también en asuntos de defensa y seguridad. Y alguna decisión en ese sentido se ha producido ya, como la política de cooperación estructurada (PESCO) y la aprobación de fondos para fortalecer las misiones comunitarias en los conflictos en los que participa.

La catástrofe siria es, por desgracia, un asunto del presente que se queda antiguo a medida que lo comentamos. El conflicto comenzó en la dinámica de la Primavera Árabe. En marzo de 2011, dos meses después de la caída de Ben Ali en Túnez, y en plena guerra en Libia, las protestas se generalizaron en Siria, un país mucho más estable y próspero, cuna de la civilización. El país estaba gobernado por Bachar al-Asad, hijo del baasista Hafez al-Asad, y mantenía y mantiene relaciones privilegiadas con Irán y Rusia. Los persas mantienen una avanzadilla chií a través de la milicia libanesa Hezbolá, muy presente en Siria, y los rusos, aliado histórico desde la Guerra Fría, tienen en Tartus una base naval estratégicamente clave desde 1971. Cuando la guerra civil estalló en 2011, había unos seiscientos rusos entre militares y civiles dependientes de su ministerio de Defensa. La participación de Rusia en los acontecimientos posteriores era previsible, aunque quizá no con la determinación ni el peso con el que lo hizo.

En un primer momento, la opinión pública mundial vio con optimismo el levantamiento sirio y se pensó que todo terminaría con la caída del tirano como ocurrió en Túnez y Libia. Pronto la situación se envenenó y las tropas de al-Asad comenzaron a ganar terreno merced a su superioridad militar. Además, según cuentan las crónicas de los analistas más informados, el presidente sirio liberó de las cárceles a los presos comunes y a los islamistas

que hasta entonces había atado en corto. Los rebeldes luchaban ahora contra las tropas y contra milicias islamistas que se fueron radicalizando en distintas facciones. Algunos, como el Frente Al Nusra, declararon su lealtad a Al Qaeda y otros se unieron a una organización de nuevo cuño nacida del caos de la propia Siria y la inestabilidad congénita del vecino Irak. El Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS) es una organización islamista radical que nació oficialmente en 2014 cuando su líder, el iraquí Abu Bakr al-Baghdadi, proclamó desde Mosul (Irak) el califato al que debían lealtad todos los musulmanes.

Desde entonces, el ISIS se convirtió en la auténtica bestia negra de las sociedades civiles árabes y/o musulmanas y de las occidentales. Los atentados en Europa inspirados o reivindicados por el Estado Islámico son continuos. París, Niza, Bruselas, Barcelona, Londres y, por supuesto, Bagdad, Islamabad, Kabul o Beirut, se convirtieron en epicentro de ataques indiscriminados, con atropellos, bombas o atentados con kaláshnikov que causaron centenares de muertes y generalizaron una sensación de pánico que aún se mantiene. El ISIS dominaba grandes zonas de Irak, Siria y de la frontera turca, y fueron necesarios grandes esfuerzos militares, apoyados por tropas estadounidenses, para retomar el control de estos territorios. Las reconquistas de Mosul, en Irak, o de Raca y Alepo, en Siria, en manos de islamistas radicales fueron narradas con dramatismo por la prensa. Estuvimos realmente en vilo por la suerte de una vasta región clave para la estabilidad regional, y también mundial debido al uso como base terrorista de dichas zonas y, por supuesto, porque los insurgentes se habían apoderado de importantes campos petroleros claves para el suministro energético global. Algo similar a lo que ocurrió y aún sucede en la caótica Libia.

Desde entonces, vivimos con el miedo en el cuerpo en las estaciones de tren o los aeropuertos, donde la presencia de policías bien pertrechados ha crecido en los últimos años. Los telediarios y la prensa nos informan a diario de muertos en Nigeria, Pakistán, Turquía, Irak, Afganistán o Siria, además de los que sufrimos en suelo europeo. A ello se suman las múltiples detenciones de islamistas radicalizados que preparaban atentados o que acababan de volver de zonas en conflicto, donde habían luchado junto al Estado Islámico o

con alguna de sus filiales. El peligro de los famosos «retornados» preocupa, y mucho, a los servicios de inteligencia, que han debido reorientar sus prioridades hacia este tipo de terrorismo y todo lo relacionado con la cibercriminalidad. Todo ayuda, en definitiva, a que la sensación de peligro e incertidumbre esté presente en cada rincón de la ciudad en forma de bolardos o bloques de hormigón para que los terroristas no puedan estampar sus coches contra la multitud en zonas peatonales. El nuevo paisaje urbano y policial que el terrorismo internacional ha propiciado pone ante nosotros, a cada paso, nuestra vulnerabilidad. Una más, que viene a sumarse a las de raíz económica o política.

Dentro del conflicto sirio, poco se ha hablado de un hecho bien grave. Estados Unidos apoya a los kurdos sirios en su lucha contra el Estado Islámico. Por su parte, Turquía teme que los kurdos de su territorio establezcan un Estado de facto a ambos lados de la frontera que pueda reforzar las posiciones del PKK en el interior de su país. Aunque Estados Unidos y Turquía acordaron expulsar a los sirios kurdos de las unidades de protección popular (YGP) para que no ganaran terreno, lo hicieron después de haberse cruzado disparos y de que estallara la tensión entre ambos. Puede pensarse que lo ocurrido es en cierta forma razonable en una guerra con tantos bandos y tan contradictorios, pero conviene reparar en que Turquía y Estados Unidos son miembros de la OTAN. Que dos países aliados y miembros de la Alianza Atlántica acaben a tiros es otro síntoma de desestabilización global que muestra hasta qué punto el mundo se ha desordenado increíblemente rápido. Sin olvidar que Rusia y Putin han aprovechado la ocasión para adquirir una relevancia en el tablero internacional que no se corresponde ni con su poderío económico ni con sus perspectivas demográficas.

La Primavera Árabe no cuajó en Marruecos, donde hubo protestas que forzaron cambios legales, y tampoco en Argelia, un país que en la década de 1990 había sufrido una oleada terrorista de parte del Frente Islámico de Salvación (FIS) que ha podido actuar como vacuna ante cambios contundentes. Pero sí forzó a Marruecos a hacer reformas constitucionales. Podríamos detenernos en todos y cada uno de los países del mundo árabe/musulmán. Desde Mauritania hasta Jordania, pasando por Pakistán, Turquía, Sudán o

Indonesia (el país musulmán más poblado del mundo): todos sufren inestabilidad, protestas, malestar larvado o explícito, falta de libertades y frustración social. Siguen siendo, casi sin excepción, un polvorín a la espera de que algún acontecimiento actúe de mecha. Además, sigue presente, y peor que nunca en los últimos años, un conflicto sin resolver que sin duda es el gran catalizador del mundo árabe y también musulmán. La Primavera Árabe ha fracasado momentáneamente, pero todos los procesos históricos de cambio han conocido avances y retrocesos. Como respondió el *premier* chino a Kissinger, nos falta perspectiva para analizarlo.

La lucha entre Israel y Palestina comienza a parecer, haciendo honor a su situación geográfica, una maldición bíblica. Parece increíble y sorprendente que la comunidad internacional, con Estados Unidos a la cabeza, no haya sido capaz de imponer una solución en torno a la que hasta hace poco existió un consenso abrumador: dos Estados delimitados por las fronteras previas a la Guerra de los Seis Días de 1967. Los escollos son muchos, como las colonias israelíes en Cisjordania o el derecho de retorno de los refugiados palestinos que debieron abandonar sus tierras tras lo que ellos llaman la *Nakba* o «catástrofe» que supuso para ellos la fundación del Estado de Israel en 1948. Aunque lo más paralizante actualmente es el papel subsidiario que Israel y Palestina están jugando en conflictos regionales y globales. Algo que imposibilita que haya cualquier tipo de solución viable en el horizonte.

Por un lado, es clave la lucha y la rivalidad sectaria en la región entre suníes y chiíes. Una división basada en las distintas formas de interpretar el Corán. El primer bloque, que representa al 85 por ciento de los musulmanes, está liderado por Arabia Saudí, seguido por Emiratos Árabes y otros sultanatos del Golfo. El segundo lo lidera Irán, con el apoyo de las milicias libanesas de Hezbolá. Pero es un error considerar que son exclusivamente conflictos *entre* países y no *dentro* de ellos. Si bien los dos países que lideran cada bando profesan con mayoría aplastante el sunismo y el chiísmo, muchos de sus aliados son Estados mixtos, producto del caprichoso Pacto Sykes-Picot de 1916 entre Reino Unido y Francia durante la Primera Guerra Mundial, que definió las fronteras de Oriente Medio. Es el caso de Irak, dividido entre un norte kurdo, un centro chií y un sur suní. Estos últimos, aunque minoritarios

respecto a los segundos, gobernaron el país durante los años del régimen baasista de Saddam Hussein. Desde la invasión estadounidense de 2003, se han impuesto en las urnas coaliciones chiíes lideradas por Nuri al-Maliki o Haider al-Abadi. Aunque especialmente este último ha hecho muchos esfuerzos por integrar el país con un moderado nacionalismo que supere las divisiones sectarias, lo cierto es que las lealtades religiosas siguen pesando mucho y son un lastre para la estabilización del país.

Algo parecido ocurre en Líbano, sinónimo de guerra civil y lucha sectaria en nuestra memoria. Su cruenta guerra civil entre 1975 y 1990 terminó con un complejísimo pacto de reparto de poder entre los cristianos drusos, los chiíes —con Hezbolá como milicia de vanguardia, apadrinados por Irán y con lealtad a Siria— y los suníes. En nuestros días, el papel del país de los cedros está subordinado a la lucha sectaria, con lo que cualquier recrudecimiento del conflicto regional tiene en Líbano consecuencias internas. Algo parecido a lo que ocurre en Yemen, sumido en una guerra interna entre los chiíes huthi, respaldados por Irán, y los suníes, con apoyo de Arabia Saudí y Emiratos Árabes. Este conflicto no está teniendo la resonancia mediática de otros, pero está bien lejos de encontrar una solución. En palabras del secretario general de la ONU, el portugués António Guterres: «Yemen sufre la peor catástrofe humanitaria del mundo». De nuevo, su papel subordinado a la lucha regional lo condena a un letargo de difícil solución. Los países árabes no son monolíticos, algo que debemos tener en cuenta a la hora de analizar la división sectaria que sacude esa región del mundo desde la invasión de Irak, la Primavera Árabe y la guerra civil siria.

Esta división e inestabilidad generalizada en Oriente Medio ha tenido su correlato en la pésima gestión que se ha hecho del conflicto entre Israel y Palestina. La confianza entre las partes es inexistente, y a la complejidad intrínseca del asunto, se han venido a sumar cuestiones regionales ajenas que han alejado la solución de los dos Estados. En el contexto de la lucha global contra el terrorismo, Israel es el principal aliado de Estados Unidos en la región y tiene a Irán como enemigo existencial desde que el país persa declarara su intención de hacerse con tecnología nuclear capaz de ser usada en misiles de alcance medio y largo. Y no le faltan razones a Israel para su temor

si tenemos en cuenta las declaraciones del anterior presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, quien dijo en repetidas ocasiones que echaría al mar a los judíos y acabaría con Israel en pocos años. Sea como fuere, el conflicto israelo-palestino se ha envenenado debido a las dinámicas regionales y no se vislumbra ninguna solución a medio plazo.

A esto se ha venido a sumar, de nuevo, Trump, muy cercano a las reclamaciones históricas de parte de la comunidad judía en Estados Unidos y afín ideológicamente al primer ministro israelí Benjamin Netanyahu y sus halcones en temas de seguridad y terrorismo. El presidente de Estados Unidos mantiene retóricamente el apoyo a la solución de los dos Estados de las Naciones Unidas, pero la realidad es que su alineamiento incondicional con Israel ha acabado con el papel de mediador objetivo que como potencia global le corresponde. Algo que se ha agravado con el traslado de la embajada estadounidense desde Tel Aviv a Jerusalén, ciudad reclamada por Israel y Palestina y cuyo estatus debe definirse en el marco de un acuerdo de paz futuro. Ambas partes reclaman la Ciudad Santa como su futura capital, pero Israel es el que mantiene el control y la presencia, también en la zona este y los barrios árabes.

Israel siempre ha considerado Jerusalén su capital, independientemente de que la comunidad internacional haya instalado sus embajadas en la costera Tel Aviv para no dar reconocimiento explícito a una decisión de facto no avalada por la legalidad internacional. La petición israelí de que sus países amigos reconocieran la realidad de la capitalidad de Jerusalén siempre ha sido rechazada por sus aliados por considerarlo un *casus belli* por parte de Palestina, más aún en el contexto incendiado de la región. Ésa es la razón por la que, aunque el Congreso de Estados Unidos aprobó el traslado durante el mandato de Bill Clinton en los años noventa, todos los presidentes habían congelado la medida para no perjudicar el proceso de paz. Hasta que vino Trump, quien, tras llegar a la Casa Blanca, nombró a su yerno Jared Kushner, judío ortodoxo, como encargado de buscar una solución para Israel y Palestina e impulsar un proceso de paz definitivo.

Poco después, a finales de 2017, Estados Unidos anunciaba que trasladaría en unos meses su embajada a Jerusalén, algo que finalmente adelantó para que

la inauguración de la nueva legación coincidiera con el setenta aniversario de la creación del Estado de Israel. La reacción palestina no se hizo esperar, y el pesimismo comenzó a cundir en los negociadores y en la comunidad internacional en general. Estados Unidos nunca había sido un mediador objetivo e imparcial, pero ahora se quitaba definitivamente la careta, sobre todo ante el mundo árabe-musulmán. El día de la inauguración, en mayo de 2018, acudieron al acto el mencionado Kushner e Ivanka Trump, hija y asesora del presidente, quienes hicieron discursos elogiosos con un Netanyahu exultante que veía en aquello «un día histórico». Obviamente, todo aquello soliviantó a unos palestinos que convocaron protestas masivas que se saldaron con más de cincuenta muertos y más de dos mil heridos. El eco de la indignación se hizo sentir en todo el mundo musulmán y árabe, enconando los conflictos locales que padecían. La decisión de Trump puso en una posición complicada a sus aliados en Oriente Medio, que pugnan por el liderazgo regional en la defensa palestina, especialmente Arabia Saudí y Jordania, que acoge una de las mayores diásporas palestinas y es muy sensible a todo lo que acontece entre Palestina e Israel.

De nuevo, el presidente Trump provocó un seísmo regional con implicaciones en el conflicto israelo-palestino con su gestión de las relaciones de la comunidad internacional con Irán. El régimen de los ayatolás, en el poder desde la Revolución Islámica de 1979, había proclamado su intención de impulsar un programa nuclear de uso civil que, en cambio, Israel y Estados Unidos temían que se utilizara con fines militares ofensivos. Las declaraciones del entonces presidente Ahmadineyad, que ya hemos comentado, daban credibilidad a esa amenaza. Desde entonces, Occidente, liderado por los Estados Unidos de Obama, comenzó un tira y afloja negociador que llegó a un final aparentemente feliz propiciado por el cambio de poder en Irán. La llegada de Hasán Rohaní en 2013 a la presidencia de Irán —aun subordinada al poder del líder supremo, el ayatolá Alí Jamenei— facilitó el compromiso al que se llegó con el régimen iraní en 2015. Tras arduas negociaciones, las potencias del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania firmaron en julio de ese mismo año el Plan de acción integral conjunto y completo (*Joint Comprehensive Plan of Action*, JCPOA), un acuerdo que controlaba la

producción de uranio y sometía Irán a un régimen de inspecciones regulares por parte del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA).

En repetidas ocasiones, en concordancia con la obsesión personal contra todo lo que hubiera acordado su predecesor, desde el principio el presidente Trump calificó el JCPOA como «un acuerdo horrible», «el peor de la historia», y prometió que lo denunciaría en cuanto tuviera ocasión. De nada sirvieron las presiones de la comunidad internacional de la mano del presidente francés Macron o de la *premier* británica Theresa May. Tras unos primeros meses de vacilaciones, y debido en parte a la presión de la comunidad internacional y de su primer secretario de Estado, el moderado Rex Tillerson, finalmente Trump decidió salir del acuerdo con Irán en mayo de 2018. Alegaba que lo firmado no garantizaba que Irán abandonase sus ambiciones nucleares ofensivas y pedía que el acuerdo contemplara la exigencia a Irán de que dejara de inmiscuirse en los asuntos regionales, bien fuera en Siria, Líbano o Irak. La noticia fue seguida de lamentos generalizados, así como de vaticinios luctuosos sobre el caos que vendría en la región. Las declaraciones fueron altisonantes, aunque prevaleció la cautela diplomática. La Unión Europea y el resto de firmantes que formaban parte del Consejo de Seguridad optaron por la cautela y por reforzar el compromiso con el acuerdo. El propio Irán, tras unos primeros momentos de discursos duros que presagiaban la ruptura, moderó su mensaje y exigió al resto de firmantes que garantizaran que mantendrían el levantamiento de sanciones y que compensarían con sus inversiones y ayudas los efectos que provocaría la salida de Estados Unidos del acuerdo.

En el momento de escribir estas líneas, la partida sigue abierta, aunque parece que prevalecerá cierto sentido común. Irán no se puede permitir ser de nuevo el paria internacional acosado por las sanciones. Su población, muy joven, ya ha dado muestras reiteradas de hartazgo, con protestas en distintas partes del país por culpa de la carestía de la vida, la falta de expectativas, el rigor moral, el alto desempleo, los bajos salarios y el aumento de los precios. Algo similar al caldo de cultivo que cebó el estallido de la Primavera Árabe. Por su parte, el resto de potencias firmantes del acuerdo no se puede permitir un nuevo foco de inestabilidad en el mundo árabe y/o musulmán (Irán es

musulmán chií, pero no pertenece a los países árabes, de mayoría suní).

Se dilucidan aquí también las rivalidades sectarias. Trump visitó Arabia Saudí en uno de sus primeros viajes como presidente, donde cerró importantes acuerdos comerciales armamentísticos y donde apoyó la agenda reformista del príncipe heredero, Mohamed bin Salmán (conocido por las siglas MBS), rival histórico de Irán, embarcado en un proceso de cambio muy interesante conocido como Agenda 2030. La *Saudi Vision* pretende dejar de depender del petróleo en un mundo que, cambio climático mediante, está reduciendo la dependencia energética de combustibles fósiles. El espaldarazo de Trump ha sido evidente, aunque su apoyo incondicional a Israel no se lo ha puesto siempre fácil. Pero no cabe duda de que Estados Unidos ha tomado partido en la región por los saudíes, a pesar de las sombras que pesan por su promoción de la visión rigorista del islam wahabí, y de que es el país de origen de su antiguo enemigo número uno, Bin Laden.

Todo conduce a pensar que la solución al conflicto regional y sectario, y al más localizado entre Israel y Palestina, está más lejos que nunca, por la dinámica interna y por los agravantes internacionales. Por desgracia, en cuanto a la solución al conflicto palestino, estamos más cerca de una nueva intifada que de un acuerdo de paz. La región está en un estado incandescente y en ese pico de inestabilidad no se atisban soluciones posibles. La diplomacia internacional no ha dejado de intentarlo, con procesos de paz en Ginebra en el caso de Siria y otras decisiones formales del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, el actor clave que es Estados Unidos ha sufrido una derrota indiscutible con su salida definitiva del papel de mediador externo que hasta ahora había intentado jugar. Es algo que, por desgracia, puede reportarle réditos internos entre las bases republicanas, pero a costa de desordenar aún más el mundo. Y esto es importante no olvidarlo: muchas de las decisiones más heterodoxas y rupturistas en las relaciones internacionales tienen que ver con los intereses políticos internos de la política estadounidense. Si no se arregla la situación allí, Oriente Medio tiene malas perspectivas.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, los del 11 de marzo de 2004 en Madrid y los de Londres en el 7 de julio de 2005, unidos a la información continua que proporcionan los medios digitales y las redes, han

hecho que vivamos los conflictos de Oriente Medio con una angustia mucho mayor que otras épocas. Y no porque en otros momentos de la historia reciente no hayamos vivido zarpazos del terrorismo internacional. Un repaso somero nos muestra que estamos ante un problema también de percepción, muy propio de nuestra época.

En España nos basta nuestra propia experiencia: el terrorismo de Estado sirvió apenas para desahogar a unos cuantos a costa de mermar la legitimidad del país, sin que quepa concluir que fue a cambio de ningún avance en la lucha contra el terrorismo. ETA, los GAL o el Batallón Vasco Español: siglas españolas de un terrorismo generalizado en el resto del continente y que sembró Europa, sobre todo desde los años sesenta hasta finales de los ochenta del pasado siglo, de miles de muertos.

El terrorismo en Europa no nació con el 11 de marzo de 2004, ni el mundo descubrió su vulnerabilidad el 11 de septiembre de 2001. Si así nos lo creímos, no fue por falta de antecedentes, lo que habla muy mal de nuestra memoria histórica reciente. Tampoco lo fue el secuestro de aviones, sin que por ello Europa intensificara al extremo los controles para coger un vuelo. Y no hay que irse a ensayos ni textos académicos, ni siquiera a programas de madrugada de La 2 o del Canal de Historia. Cine y literatura no minoritarios han dado buena cuenta de ello. Para contextualizar la situación de Europa como epicentro del terrorismo, basta hacer un recorrido país por país y comenzar a enumerar magnicidios, secuestros de mandatarios y aviones comerciales, asaltos, atentados:

—El intento de asesinato del presidente Charles de Gaulle en 1962 por un comando de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) contrario a la independencia de Argelia, conocido como atentado de Petit-Clamart u Operación Charlotte Corday. Sobre esta fallida conspiración, Fred Zinnemann dirigió en 1973 la obra maestra *Chacal*, basada en la novela homónima de Frederic Forsyth. Y sobre el papel francés jugado en los años finales de la presencia francesa en Argelia, es muy ilustrativa *La batalla de Argel*, que Gillo Pontecorvo rodó en 1965, cruda elegía melancólica en blanco y negro y tono documental.

—El espectacular asesinato del presidente del Gobierno español,

almirante Luis Carrero Blanco, en 1973 por parte de ETA, que el mencionado Pontecorvo recreó en la mejorable *Operación Ogro* (1979), y que Miguel Bardem retomaría en una dignísima miniserie para RTVE en 2011. Sin embargo, es el libro del periodista Ernesto Villar *Todos quieren matar a Carrero* (y en cuyas tesis se basa la miniserie) el que reúne mejor todos los interrogantes de este asesinato del tardofranquismo.

—A finales de 1976 tiene lugar en Viena una de las acciones terroristas más llamativas: Ilich Martínez, un terrorista venezolano simpatizante con causas de extrema izquierda y propalestinas, asalta, junto a un comando de seis miembros del Frente para la Liberación de Palestina, la sede donde se celebra la reunión del cártel petrolero de la OPEP. Pese a los numerosos muertos y lo estrambótico y poco sofisticado de la operación, el comando logra salir del país en un avión a cambio de liberar a los rehenes. Logrado esfuerzo titánico es el largometraje *Carlos*, de Olivier Assayas (2010, cinco horas en su versión no recortada para el cine), terrorista al que la policía nombró *Chacal* al encontrar la mencionada novela de Forsyth en su casa durante uno de los registros.

—Especialmente llamativo es el llamado Otoño alemán de 1977, en el que la banda Fracción del Ejército Rojo (RAF, más conocida por los apellidos de sus líderes, Baader-Meinhof) secuestra al jefe de la patronal alemana, Hans Martin Schleyer, que es ejecutado después de que un comando de la policía acabara con el secuestro de un avión de Lufthansa llevado a cabo por el Frente para la liberación de Palestina. Pocos días después, los principales líderes de la Baader-Meinhof aparecerían extrañamente suicidados en sus celdas. Magnífica es la película *El silencio tras el disparo* (1999, de Volker Schlöndorff, director de la premiada *El tambor de hojalata*), y se deja ver *Baader-Meinhof Komplex* (Uli Edel, 2008).

—Sobre el secuestro y asesinato del exprimer ministro de Italia y líder de la democracia cristiana Aldo Moro, en 1978, llevado a cabo por las Brigadas Rojas, se han hecho, además de muchas cábalas, buenos libros y películas. Los rumores sitúan a un joven Romano Prodi (exprimer ministro italiano y expresidente de la Comisión Europea) haciendo espiritismo para que una médium le transmitiera dónde estaba siendo retenido Moro. Así lo muestra

Marco Bellocchio en su película *Buenos días, noche* (2003), y también lo escribe el siciliano Leonardo Sciascia en su magistral libro *El caso Moro* (1978, el mismo año del asesinato, tras formar parte de la comisión parlamentaria que investigó el magnicidio). Y sobre el personaje sibilino que se esconde tras la trama, Giulio Andreotti, el aclamado por la *Gran Belleza*, Paolo Sorrentino, dirigió el peculiar biopic sobre el *capo dei capi: Il divo* (2008).

—Olof Palme es el Salvador Allende europeo, la referencia moral incontestable de la izquierda socialdemócrata clásica del Viejo Continente, y su muerte, a diferencia de la del chileno, sigue siendo pasto de elucubraciones y, por tanto, de buenas crónicas negras. El asesinato del entonces primer ministro sueco por disparos tras salir del cine en la noche del 28 de febrero de 1986 sigue siendo un misterio. ¿Fueron los sudafricanos? ¿Los kurdos? ¿La extrema derecha? ¿Bofors, la empresa de armamento pública sueca? ¿Los indios? No es ajeno a esta incógnita parte del auge de la novela negra escandinava, especialmente la saga de gran éxito *Millennium*, de Stieg Larsson, donde se pone el foco en grupos paramilitares de extrema derecha descontrolados dentro del poder político. Tampoco hay que olvidar que en 2003 fue asesinada la ministra de Exteriores, Anna Lindh.

—Más cercano, al menos geográficamente por el papel que desempeñó Gibraltar, queda para nosotros el IRA. No sólo hay que recordar el atentado de Omagh en 1998 (reivindicado por una escisión del IRA provisional, que es del que hablamos), que causó veintinueve muertos, sino un sinnúmero de atentados reivindicados por su dirección (como el que costó la vida a un asesor muy cercano de la primera ministra Margaret Thatcher en 1984 en el Grand Hotel de Brighton, durante una convención de su partido). Son varias las películas que han hablado con tono de denuncia de estos hechos: desde *El delator* (John Ford, 1935, basada en la novela de Liam O’Flaherty) hasta *En el nombre del padre* (Jim Sheridan, 1993), pasando por obras menores como *The Boxer* (del mismo Jim Sheridan, 1997) o la extraordinaria *Juego de lágrimas* (Neil Jordan, 1992). Pero sin duda el hecho que más nos atañe ocurrió en 1988, cuando tres miembros del IRA fueron asesinados en Gibraltar.

Si me he detenido especialmente en estos casos es para resaltar lo

importante que es la percepción de los problemas para entender cuál es la gravedad que le concedemos. Los medios y el hiperpresentismo propiciados por el exceso de información y las redes causan esta sensación de sobredimensionamiento y de novedad. Y la realidad es que la situación del terrorismo internacional ni es nueva ni es peor que nunca. Casi todos los grandes atentados de la época de la que hablamos han tenido de fondo el conflicto entre Palestina e Israel, aunque desde un punto de vista laico o nacionalista. Ahora se produce con reclamaciones islamistas y han aumentado la barbarie de sus actos, pero no es un fenómeno estrictamente nuevo.

Hay algo propio de la época en esta percepción, y hay que tenerlo en cuenta a la hora de analizar las angustias y el malestar de nuestra época. Sin embargo, es difícil luchar por inocular cierto escepticismo a la hora de analizar los atentados terroristas, que se han asimilado como un fenómeno reciente en el mundo sin que sea así en absoluto. Algo que remite a uno de los diagnósticos en los que he insistido desde el principio: la falta de *continuum* histórico-político tras el final de la Guerra Fría. Quizá no valga de nada recordarlo al grueso de la opinión pública para reducir el estrés y la sensación de vulnerabilidad, pero no está nunca de más recordarlo cuando se analiza más a fondo el pánico generalizado por el terrorismo internacional. Cabe concluir que Europa, Occidente en general, ha avanzado pese a la violencia, no gracias a su ausencia. No siempre lo tenemos claro. Hay un adanismo en nuestros días que conviene poner en cuestión, y ojalá este libro ayude a ello.

Desigualdades y migraciones

En uno de los pasajes más bellos de sus memorias, *El mundo de ayer*, el escritor austríaco Stefan Zweig contaba que los pasaportes eran innecesarios para viajar antes del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. La gente —quien podía permitírselo por ocio, pero también quienes deseaban probar suerte en otros países— podía salir y entrar en distintos países sin tener que pedir un visado, e incluso podían registrarse con nombres distintos, algo que se solía hacer cuando se buscaba empezar de cero o bien huir de la justicia. Todos recordamos la escena de *El Padrino II* en la que el vapor *Moshulu* — que existió de verdad— llegaba al puerto de Ellis en Nueva York con un jovencísimo Vito Corleone a bordo. Aunque su apellido era Andolini, el funcionario de aduanas, entre desbordado y desganado, lo inscribió con el nombre del pueblo italiano del que venía huyendo. Los que nos dedicamos al derecho comprendemos las razones de que esto ya no sea así, pero los que también profesamos ideas liberales no podemos dejar de pensar en este pasado de un mundo abierto con cierta nostalgia. Impensable hoy, entre otras razones por el terrorismo internacional y, en general, por el alcance

transnacional de muchísimos delitos, desde el tráfico de drogas al lavado de dinero.

Los controles son ahora exhaustivos también por razones políticas. La percepción de miedo y vulnerabilidad de la que hemos hablado profusamente a lo largo de estas páginas ha producido un repliegue hacia el interior que ha acabado con muchas esperanzas recientes que hablaban de la llegada de una sociedad abierta y cosmopolita. La vuelta del nacionalismo ha llegado con una nueva reivindicación de la soberanía y las fronteras, y también con un recelo —cuando no rechazo xenófobo— a los inmigrantes, no sólo de países pobres. Pensemos en el Reino Unido, cuyo *brexiteo* estuvo alimentado por mensajes contra Europa y los europeos.

No obstante, no se puede negar que hay un mayor rechazo a los migrantes de países pobres, ya sean subsaharianos, magrebíes o de Oriente Medio. La mala gestión de este asunto ha llevado al populismo reaccionario y xenófobo a cuotas de poder inimaginables hace unos años. Alimentó el *brexiteo* —no olvidemos que el UKIP, el partido de Farage, fue el primer partido británico en las elecciones europeas de 2014—, estuvo cerca de llevar al Elíseo a Marine Le Pen, ha llevado al poder en Italia a una coalición entre populistas y xenófobos, consolidó a Viktor Orbán en Hungría y tiene en jaque al Gobierno alemán porque el ministro del Interior quiere emular a la ultraderechista Alternativa por Alemania en dureza de discurso y política contra los inmigrantes. Ya hemos mencionado el nulo compromiso con el reparto de refugiados que tiene el Grupo de Visegrado, al que se han sumado Austria e Italia.

La crisis migratoria que se desencadenó en toda su virulencia tras el estallido de la guerra civil siria es el mayor reto existencial que aborda la UE. Como vemos, ya ha conseguido cambiar el mapa político de una comunidad en la que habían reinado hasta hacía poco conservadores, liberales y socialdemócratas. La crisis económica y de deuda soberana, con su austeridad y sus rescates, inculcó un miedo y una precaución, una sensación de inseguridad que ahora se nutre de la llegada masiva de inmigrantes que huyen del horror y la miseria, bien de Siria o bien de Estados fallidos africanos.

En una decisión valiente y sustentada en principios elementales de

solidaridad, la canciller Merkel abrió sus puertas a casi un millón de refugiados sirios en 2015, algo que le costó dos años después, en las elecciones federales de 2017, perder más del 15 por ciento de votos y la entrada en el Bundestag de noventa y cuatro diputados de la xenófoba Alternativa por Alemania. Lo que dictaba la razón, y lo que muchos ciudadanos parecían exigir en manifestaciones de bienvenida, fue contestado de forma contundente con el voto secreto. Hay aquí mucho de contradictorio y paradójico, algo natural cuando hablamos de miedos atávicos y de una población que aún tiene recientes muchos miedos e inseguridades. No podemos desechar como lamentos de ricos que temen perder sus privilegios las angustias de la población, que siente en gran medida que las élites no se hicieron cargo de sus sufrimientos durante la crisis económica ni de sus miedos frente a una inmigración a gran escala. No hay soluciones fáciles y todas suponen un reto a nuestros propios valores.

El acuerdo que se firmó con Turquía en 2016 para el control de los flujos migratorios es el ejemplo paradigmático. El pacto consiste en que el país otomano se hace cargo de los inmigrantes que lleguen a Europa y, desde allí, se gestionan sus peticiones de asilo y se distribuyen a algunos de los países de la UE. A su vez, los miembros del club establecieron un sistema de cuotas que obligaba a cada país a hacerse cargo de determinado número de inmigrantes. Todo ello a cambio de dinero, unos 6.000 millones de euros en dos tramos, y de la promesa (incumplida) de reabrir las negociaciones de adhesión.

Las críticas fueron muchas. Algunas negaban legitimidad a la propia idea de rechazar a los inmigrantes que pedían asilo, algo que veían inmoral. Mientras otros, aun entendiendo la necesidad de dicho esquema, criticaban las malas condiciones que les brindaría Turquía y el hecho de que se pagase a un país crecientemente autoritario para que se hiciera cargo de un problema europeo. La naturaleza autoritaria y regresiva de la Turquía de Erdogan añadía agravantes de inmoralidad a un asunto que, en cambio, era pura dinamita para la UE en la dinámica previa al acuerdo. Si la UE ha conocido gobiernos populistas y un ascenso generalizado tras un acuerdo que redujo considerablemente los flujos de migrantes desde su entrada en vigor, ¿qué habría pasado en nuestra configuración política si hubiera continuado la

dinámica previa? Produce pánico pensarlo.

Porque lo cierto es que la llegada de inmigrantes se redujo considerablemente. En Grecia, donde la llegada masiva propició el crecimiento de los neonazis de Amanecer Dorado, las cifras se desplomaron a un año del pacto. Los números son espectaculares en cuanto a la eficacia, pues las cifras oficiales hablan de una bajada del 88 por ciento de inmigrantes llegados a Europa. También en países especialmente sensibles, como Italia, que está lejos de los picos que alcanzó hace uno y dos años. En España han aumentado, aunque partía de cifras muy por debajo de las de Italia. Por tanto, es, otra vez, un problema también de percepción, algo en lo que venimos insistiendo al repasar las angustias y miedos que alimentan el malestar contemporáneo. Otras fuentes hablan de cifras menores, pero en cualquier caso, la reducción es muy significativa, algo que nos pone ante el reto de explicar mejor y, también, de exigir cautela a medios de comunicación y líderes sociales. Estamos ante un problema muy serio, existencial para Europa, y de momento podemos empezar por darle su dimensión justa. Sería un primer paso adelante. No es fácil en la era de los bulos, la posverdad y las redes sociales, pero precisamente por eso los medios tienen una función capital que no siempre están cumpliendo.

Aunque hay otras dos vías de actuación clave a medio y largo plazo sin cuyo concurso será inútil seguir cerrando fronteras o renovando acuerdos con terceros países. Por un lado, es urgente establecer una auténtica gestión europea del fenómeno migratorio. Durante las últimas crisis ha primado un sálvese quien pueda muy acorde con la regresión nacionalista, algo que se ha puesto de manifiesto en el rechazo de varios países a asumir su cuota de inmigrantes, o en el hecho de que todos, sin excepción, hayan acogido muy por debajo de las cuotas asignadas en el acuerdo comunitario. Hungría cree que cerrando la frontera y reforzándola con perros y patrullas parapoliciales podrá abstraerse del fenómeno. Otros, como el Reino Unido, creen lo mismo y exigen que tras el *brexít* vuelvan los controles de residencia también para aquellos que tienen un pasaporte europeo.

En esta partida, en la que cada uno ha mirado hacia su patio interior, los países del sur de Europa, los más pobres, han debido hacerse cargo solos de

un fenómeno que les desborda y en el que son sólo la puerta de entrada de un problema general. Esto ha generado una crisis de confianza en la Unión Europea que en Italia llega a límites preocupantes. El último eurobarómetro de mayo de 2018 arrojaba cifras de euroescepticismo intolerables en uno de los países fundadores del club. Grecia primero, e Italia y España después, han debido gestionar en solitario rescates, asilos y deportaciones sin ayuda de sus socios, e incluso con el boicot de los mismos. El cabreo social y político con esta situación es evidente y hasta cierto punto comprensible. Esa desatención es la que ha facilitado que un político xenófobo y reaccionario como Matteo Salvini, líder de la Liga Norte y vicepresidente del Gobierno italiano, encontrara apoyo en la calle a su rechazo a acoger al *Aquarius*, barco que rescató frente a las costas libias a más de seiscientos inmigrantes que estaban a punto de ahogarse. Sin esa sensación de haber sido abandonados a su suerte, muchos en Italia habrían sancionado la actitud inaceptable desde el punto de vista humano de Salvini, que se ha mantenido firme en su posición de cerrar los puertos.

Finalmente, fue España quien acogió dicho barco, que hubo de hacer una travesía de la vergüenza por un Mediterráneo embravecido. Pasó por costas maltesas y francesas sin que ninguno de estos países se dignara a ofrecer un puerto seguro. La llegada del barco a Valencia tras varios días al albur de decisiones políticas en los que los inmigrantes pasaron hambre e incluso alguna mujer dio a luz, recordaban a imágenes históricas en las que los propios españoles nos vimos.

Fue el caso del famoso buque *Stanbrook*, que rescató pocos días antes de finalizar la Guerra Civil española a muchos republicanos que intentaban huir en el puerto de Alicante. El barco, atestado, partió en busca de un puerto seguro que nadie le ofrecía. Tras una travesía penosa, en la que el sobrepeso hacía que el barco navegara inclinado, hubieron de esperar días en el barco hasta que pudieron desembarcar en Orán, desde donde muchos fueron enviados a campos de trabajo en el desierto para construir una vía férrea en condiciones de esclavitud. Muchos de ellos, más tarde, lucharían con los Aliados contra los nazis y los fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Hablamos de gente que aún está viva, no de la Edad Media, y por tanto se

impone que aumentemos la empatía con tanta gente que está viviendo situaciones por las que pasaron nuestros compatriotas hace apenas tres generaciones. Cultivo una vieja afición al dibujo, y hay un cómic muy aplaudido por la crítica que narra la travesía del *Stanbrook* y las peripecias posteriores de alguno de sus ocupantes. En *Los surcos del azar*, el dibujante y escritor Paco Roca muestra padecimientos muy similares a los que nos contaron que sufrieron los pasajeros del *Aquarius*. Quizá regalar este libro a más de uno sea una buena forma de cultivar esa empatía.

El problema de la gestión migratoria sin coordinación comunitaria está abocado a alimentar los resentimientos nacionales y a producir una mayor desconexión general del proyecto europeo. Si la ciudadanía no percibe que la UE se hace cargo de este problema, uno de los que más angustia genera en las opiniones públicas, el club comunitario está condenado a languidecer como proyecto político. A la brecha entre el este y el oeste de la Unión no podemos sumarle la fractura norte-sur que tanto alimentó la gestión de la crisis económica. Las prioridades de gasto de las perspectivas económicas de la Unión y del presupuesto que se negocian actualmente ya contemplan un refuerzo en partidas de seguridad y control de fronteras exteriores. El reforzamiento presupuestario y competencial de Frontex, la agencia de gestiona dichas fronteras, es básico, pero no suficiente. Habrá que encarar una mejor coordinación y unos protocolos de actuación que no dependan de la buena o la mala voluntad del político de turno. Aumentar la solidaridad en la gestión de los costes y los flujos migratorios es también básico, y la UE tiene instrumentos de coerción para forzar que todos los miembros acaten las decisiones comunitarias. Se puede —y se debe— condicionar la entrega de fondos cuantiosos para proyectos de infraestructura o sociales a dicho cumplimiento y se debe usar sin miedo el entramado legal de sanciones del que ya disponemos. Aunque, más allá de los aspectos coercitivos, la clave residirá en restablecer la confianza entre los socios, y ello requerirá buena voluntad entre las partes, capacidad de llegar a acuerdos y, por supuesto, mucha pedagogía de cara a la sociedad. Politizar la inmigración es un camino hacia ninguna parte.

Siendo esto importante, y si salimos del caso europeo, lo fundamental para

poder controlar el problema es mitigar las causas de fondo. Nadie abandona su país, a su familia y arriesga su vida si la situación en su lugar de origen no es insufrible. Esto parece que a veces se nos olvida, rodeados de urgencias como estamos. Las imágenes de los inmigrantes centroamericanos viajando en el tren conocido como La Bestia en dirección norte son estremecedoras. Durante el trayecto son sometidos a todo tipo de vejaciones, desde la explotación sexual a la laboral. Huyen de países con tasas de violencia de países en guerra. San Pedro Sula, en Honduras, San Salvador, en El Salvador, o Tijuana en México son infiernos en la tierra del que cualquiera en su sano juicio escaparía cuando tiene la posibilidad de ahorrar la cantidad astronómica que le piden los *coyotes* o traficantes de personas para irse a Estados Unidos. Como es natural que casi un millón de venezolanos hayan huido a Colombia debido a la falta de medicinas, el derrumbe económico, la hiperinflación y la inseguridad desbocada en el régimen chavista de Maduro. La hermandad histórica y cultural de ambos países ha mitigado los peores efectos que una llegada de semejante número de inmigrantes ejerce en otros países.

Es un problema que sí tienen los mexicanos y los centroamericanos en Estados Unidos. El presidente Trump ha hecho de ellos el chivo expiatorio de su política de mano dura, y tras humillarlos durante la campaña electoral que lo llevó a la Casa Blanca con la idea de construir un muro en la frontera, ha dado de baja el programa que permitía permanecer en suelo de Estados Unidos a los hijos de inmigrantes ilegales nacidos ya en el país, los llamados *Dreamers*. También ha cancelado la protección especial para el asilo que tenían los inmigrantes de países con El Salvador o Nicaragua. Por desgracia, utilizar la inmigración políticamente da réditos en todo el mundo. Cabe esperar que España siga siendo una bonita excepción. Y que la sociedad y la clase política españolas lideren un necesario cambio de enfoque que debe combinar medidas a corto plazo para paliar efectos peligrosos, con una mirada a largo plazo que encare los problemas de fondo y en origen.

En este sentido, los esfuerzos deberían centrarse en aumentar y coordinar mejor la ayuda al desarrollo y la cooperación, tanto la oficial como las de las ONG, así como en invertir mucho más en los países con más fallas en su

desarrollo. Hace años la UE ensayó con programas de discriminación positiva con según qué países, algo que podría retomarse, aunque seguramente sería insuficiente. África necesita un Plan Marshall para acelerar su desarrollo, aunque existe el escollo de que muchos de los países que la integran no son democracias, con lo que el riesgo moral existe. Quizá una ayuda condicionada podría ser la forma, pero en cualquier caso se tratará de llevar más dinero y mejor a un continente que vive una explosión demográfica que será incontrolable si no nos hacemos ya cargo del problema.

Las desigualdades económicas entre territorios, y también dentro de ellos, han generado mundos paralelos cada vez más desentendidos el uno del otro. Es la dinámica del capitalismo global en los últimos años, que si bien ha sacado a miles de millones de personas de la pobreza extrema y de la pobreza, ha polarizado el reparto de riqueza en casi todo el mundo. La cohesión social dentro de los países se ha resentido, y esto tiene efectos nocivos para la propia democracia. Como vimos, una sociedad que no confía en sí misma ni en los demás tiene más probabilidades de crecer menos y tener peores indicadores sociales. Además, la desigualdad es ahora retransmitida en directo por las redes sociales y los teléfonos móviles, con lo que la dualidad, además de real, es también percibida como intolerable. ¿Cómo no entender a un maliense que quiere venir a vivir a la Europa de donde son los equipos de fútbol de los partidos que ve en su televisión por cable, y donde se ve una opulencia bienestarista de la que algunos de sus compatriotas ya disfrutaban? La solución no es quitarles las ganas a estas personas mostrándole lo difícil que es entrar, sino dándole expectativas de mejora. Algo que he podido observar cuando he hablado con inmigrantes y les he preguntado cuál es su propósito es que casi todos desean ahorrar algo y volver a sus países. Es muy poco lo que la inmensa mayoría pide para seguir en sus lugares de origen, y suelen vivir con una nostalgia imperecedera. No se trata de que en una generación alcancen cotas de bienestar del primer mundo, sino de que tengan unas condiciones mínimas de seguridad económica, libertades políticas y expectativas respecto al futuro.

Como he insistido en varias ocasiones, el problema de la inmigración global no tiene soluciones fáciles a corto plazo, pero tampoco hemos agotado

las posibilidades que tenemos a mano. Algo que no se suele mencionar es que la Agenda 2030 de la ONU nos obliga a todos a dar una solución a los desafíos democráticos que sea acorde con los derechos humanos. De momento, es necesario humanizar el problema y dar la batalla política contra los populistas reaccionarios y xenófobos por una solución moral, acorde con nuestros principios ilustrados, con nuestra propia historia reciente de solidaridad. Y en consonancia con la memoria de nuestros propios sufrimientos en años no tan lejanos. Como vimos, los juristas y los diplomáticos tenemos en este asunto un campo de trabajo en el futuro inmediato tan urgente como apasionante para codificar un nuevo gobierno global de las migraciones que gestione sus efectos inmediatos y se haga cargo de las causas de fondo.

TERCERA PARTE



Razones para no decaer

Hacia la madurez digital

De las dos primeras partes de este libro no cabe extraer una visión demasiado optimista. He intentado describir y analizar las causas y las manifestaciones del malestar en la globalización, más que contrarrestarlo con contraargumentos y otros datos. Pero si ampliamos el foco y adquirimos una visión más amplia e histórica, podemos comenzar a matizar. No a corregir las percepciones en su legitimidad, pues cada época se enfrenta a sus problemas, sino para rebajar la incertidumbre y podamos afrontar los numerosos retos con otro ánimo.

El panorama expuesto en la visión de conjunto que he intentado aportar en estas páginas está marcado por un problema de percepción, como he venido repitiendo. No es que los problemas no existan, pues son innegables y los he descrito con detalle, sino que a ellos se suma una percepción subjetiva que los magnifica. Y esto tiene que ver mucho con que estamos viviendo los primeros años de una revolución histórica en los medios y la forma de comunicación. Previamente hablaba de que estamos como un niño con un juguete nuevo. La digitalización, el auge de las redes, las *apps* de mensajería instantánea, el predominio total de la imagen en el espacio público y de las pantallas en la vida privada y profesional, todo genera un cambio de costumbres que ha provocado, a su vez, que aún no seamos capaces de mensurar los problemas.

Llevará años adaptarse a estos nuevos esquemas mentales, y sin duda pasará por establecer una relación más irónica y escéptica con estas nuevas herramientas. También para contrarrestar fenómenos con tanta influencia como la posverdad y las *fake news*. Como vimos, el futuro de nuestras sociedades pasará por saber integrar todo ese ruido mediático de un flujo de información desbordado en el marco de la conversación pública y democrática. Aún estamos lejos, pero ya está instalada la semilla de un sano escepticismo respecto a la tecnología en sí y, por supuesto, a la información que a través de ella nos llega.

Las cosas han empezado a cambiar en este sentido. La fuerza de la experiencia y el método de ensayo y error ya nos están curtiendo en nuestro primer entusiasmo infantil con las redes sociales, a las que tan alegremente entregábamos los datos con los que comerciaban las empresas. Las propias compañías del sector han empezado a ser más fiscalizadas por sus prácticas tributarias, algo que ha reforzado la creencia de que el futuro de los sistemas económicos de gobernanza global pasa por unirse para hacer frente a estos fenómenos. Los escándalos de fuga de datos de Facebook también contribuyeron a generar un estado de opinión pública más escéptica, a la que será más difícil manipular. No imposible, pero sí mucho más difícil. Aquí serán clave, como vimos, la labor que los medios de comunicación serios —nativos digitales o impresos—, que en su afán por la búsqueda del click en un modelo de negocio a la deriva han abusado también de un amarillismo impropio en muchas ocasiones. Será importante que las compañías relacionadas con la comunicación, así como los líderes de opinión, refuercen su código deontológico y tengan bien presente la importancia capital de su trabajo.

Soy, como decía en la introducción, un optimista escéptico. Creo que las cosas ya van a mejor y que eso pasa, entre otras cosas, por reforzar ese escepticismo frente a la realidad que se nos presenta ahora a través de pantallas. Ha habido también una polarización extrema en este asunto, esos apocalípticos e integrados de los que hablaba el semiólogo italiano Umberto Eco, y probablemente ni el entusiasmo ni el catastrofismo estaban justificados. Intuyo que convergemos y convergeremos a corto plazo hacia una posición

más templada, más madura, capaz de diferenciar el grano de la paja en el enjambre digital y, por tanto, más realista respecto a los problemas, retos y oportunidades que tenemos ante nosotros en una época en la que hemos tendido a destacar lo malo en los últimos años. Normal, por otro lado, cuando este nuevo ecosistema mediático y digital conoce su mayoría de edad en plena recesión económica global. Hay algo bastante ilustrativo en esta paradójica coincidencia. Unas nuevas herramientas que multiplican la capacidad de comunicación justo cuando lo que hay que comunicar son, en muchos casos, penas y amarguras económicas y sociales. Siendo así, lo extraño habría sido que el humor social de Occidente en estos años de globalización hubiera sido distinto.

Por tanto, este problema de percepción de la magnitud de los problemas es el primer escollo que hay que superar para recuperar un clima mejor y más acorde a las oportunidades de nuestro tiempo. El uso malintencionado de las redes, las *fake news* y la posverdad ayudan en esta labor de madurez digital que es clave para recuperar cierta autoestima y confianza. La sociedad civil ya está reaccionando a estos hechos, así como la clase política y las propias empresas. La responsabilidad social corporativa será clave en la era digital, entre otras cosas porque la propia red se utiliza como una inmejorable herramienta para fiscalizar malas prácticas. Esto ha sido de un valor incalculable en el fortalecimiento de los derechos de los ciudadanos como consumidores y usuarios.

La globalización no tiene vuelta atrás, pero sí se pueden mejorar y perfeccionar los mecanismos de funcionamiento y gestión. Y en esa globalización reformada será clave la comunicación que internet y las redes sociales propician. Casi inadvertidamente frente a otros hechos más llamativos, estas herramientas están creando una red de afectos y contactos que hacen que el mundo sea ya indisociable. La suerte de uno es la de todos, y eso es un paso de gigante en una concepción humanista e ilustrada del mundo. «Todos respiramos el mismo aire», dijo John F. Kennedy en uno de sus míticos discursos, y es ahora cuando por fin empezamos a tenerlo claro, a verlo en nuestras pantallas. Pensemos en Skype, que nos facilita «asistir» a reuniones al otro lado del mundo o conversar con nuestros familiares más lejanos en

tiempo real. El mundo se ha reducido, se ha hecho abarcable, y por primera vez en la historia nos sentimos plenamente preocupados por los problemas que ocurren en el Ártico, en África o en las islas del Pacífico Sur.

Es obvio que la inmediatez y el hiperpresentismo que fomentan y facilitan las redes, los teléfonos inteligentes y la digitalización también han globalizado las malas noticias, y que un huracán o un terremoto que pasaba antes desapercibido, ahora los contemplamos al instante, mientras las redes nos avisan en tiempo real de cómo se encuentran nuestros amigos de Facebook que viven en alguno de los sitios castigados. El primer reto para afrontar todos los demás es, por tanto, casi antropológico, de superación de determinadas barreras culturales que la aceleración del tiempo histórico ha levantado en nuestras subjetividades y en nuestra manera inquieta de observar el mundo. Como digo, creo que ya se atisban síntomas alentadores en sociedad civil, gobernantes y empresas. La madurez digital ha comenzado, o al menos estamos saliendo de la infancia digital, y creo que será un hecho relevante para cambiar la percepción de malestar e incertidumbre. Tenemos que aprender a gestionar mejor un flujo de información que ha crecido exponencialmente en los últimos años, muy por encima de nuestra capacidad de asimilación y adaptación. Vamos por detrás, pero poco a poco iremos ganando terreno en un sano ejercicio de optimismo escéptico.

Hemos criticado una concepción social darwiniana, en la que sobrevive el más fuerte —no siempre por méritos propios—, pero no podemos desechar tan ligeramente el concepto de adaptación. Hablemos y destaquemos la resiliencia. Es lo que nos ha traído hasta aquí como especie y su funcionamiento está acreditado y es un proceso imparable. Ha demostrado su valía durante milenios, y no podemos desconfiar tan alegremente de nuestras propias fortalezas biológicas y antropológicas. No se trata de rechazar que haya o no adaptación a los cambios. No está en nuestra mano elegirlo. Sino cómo afrontarlo, que es lo que he tratado de explicar antes al valorar algunos falsos mitos socioeconómicos que nos llaman a la resignación. Ante la pregunta de cómo hacer frente a dichos cambios, debemos hablar de un concepto que ha adquirido protagonismo en los últimos años: la resiliencia.

Frente al miedo lógico que produce la incertidumbre, es necesario

destacar la enorme capacidad de resiliencia del ser humano. Uno de los pánicos sociales más extendidos tiene que ver con la sospecha —para muchos la certeza— de que algo malo pasará con los puestos de trabajo por culpa de los efectos que la inteligencia artificial, la robotización y la digitalización van a producir en la economía y las condiciones de trabajo. Hemos hablado de la creencia del liberal Joseph Alois Schumpeter en que el cambio siempre produce una «destrucción creadora». Los estudios y los ejemplos históricos a nuestra mano deberían llevarnos a ser algo más optimistas, pero tampoco podemos pedir que las angustias cotidianas se analicen con visión de época. Lo inmediato manda, y es difícil que alguien que cree que va a perder su empleo como mecánico de una multinacional de electrodomésticos preste atención a datos de series históricas. Lo hemos comentado, y sin duda uno de los asuntos pendientes de la economía de mercado —que explica en gran medida el auge del populismo— tiene que ver con esta falta de atención a los perdedores que todo proceso de cambio genera.

Pero la solución no pasa, aunque así lo vendan las ofertas populistas, por sustituir un dogmatismo por otro. La flexibilidad mental es parte de esa evolución que comentamos, algo que nos ha permitido adaptarnos a situaciones disruptivas a lo largo de milenios. Y no será distinto en este caso. ¿Por qué habría de serlo? El miedo a que esta vez no fuera así ha sido una constante en la historia. Pensemos en la profecía de Malthus, que en su *Ensayo sobre el principio de la población*, publicado en una época tan revolucionaria como 1798, afirmaba que estábamos abocados a un aumento vertiginoso de la pobreza y el hambre debido a que la población se doblaba cada veinticinco años, es decir, crecía en progresión geométrica, a diferencia de los recursos, que lo hacían en progresión aritmética.

Bien sabemos que Malthus no tuvo razón, a diferencia de otros teóricos que sí confiaban entonces en el progreso científico-técnico, una incógnita de la ecuación fácil de obviar en cualquier análisis, porque hablamos del futuro, y ya conocemos aquel mantra que dice que no hay nada más difícil que hacer predicciones, «sobre todo del futuro». El caso es que sabemos que sus predicciones fueron incorrectas, pero no por ello menos populares en su época. Esto debería hacernos reflexionar respecto a la buena acogida que

generalmente tienen los vaticinios más catastrofistas. Tampoco esto es nuevo en nuestros días, aunque los medios digitales y las redes sociales hayan hecho crecer exponencialmente las alarmas y las angustias. La ley de Moore lo expresa de otra forma, y afirma que aproximadamente cada dos años se duplica el número de transistores en un microprocesador y, por tanto, la capacidad de computación para romper los límites aparentes del progreso.

Lo que nos muestran los estudios pioneros de la neurociencia es que la flexibilidad de la mente humana, si bien no es infinita, es bien amplia y no debemos minusvalorarla. El reto es encontrar la frontera que delimita aquello esencial de lo accesorio. Y éste es un debate que se plantea de forma especial en las dudas que generan el transhumanismo, la inteligencia artificial y la robótica. ¿Qué nos hace humanos? Sería la pregunta esencial. Cabe cuestionarse si esto está realmente en peligro con los avances que se nos presentan, incluso los más increíbles, por ejemplo, los relacionados con la potencial inmortalidad del ser humano o la manipulación genética. Mencioné en la introducción el libro *El optimista racional*, de Matt Ridley, un libro donde se narra con perspicacia un caso que puede servir de ejemplo. La India temía una hambruna considerable por malas cosechas, ante lo que se instauró la plantación de maíz transgénico para generar tallos más cortos que no se partiesen, lo que generó, a su vez, alarmas sobre potenciales enfermedades. Lo cierto es que la introducción del nuevo maíz fue un éxito y no causó más que buenos efectos, el primero de ellos la inexistencia de la temida hambruna gracias a cosechas extraordinarias.

Todos estos cambios van a someter a un test de estrés, por usar la terminología financiera, a la naturaleza más inalterable del ser humano. No es sólo la profundidad de los cambios, sino la velocidad a la que se producen. Es comprensible el vértigo generalizado, pero, de nuevo, hemos de confiar más en la resiliencia de nuestra mente. Aprender a convivir con esta incertidumbre es más realista que tratar de acabar con ella por completo. Es que es propio del liberalismo político mostrar cautela y desconfianza hacia proyectos totalizadores, aparentemente irrefutables e infalibles. No, debemos ser claros: hay cambios que han venido aquí para quedarse, y el propio ritmo de nuestra civilización ha cambiado. Hay cosas que hemos comentado que pueden y

deben cambiarse, pero en otras seremos nosotros, los seres humanos, los que nos adaptaremos a esos cambios con menos angustia colectiva de lo que lo hacemos ahora.

Por supuesto, no debemos cometer los errores comentados de desatención a aquellos que se quedan en el camino en este cambio vertiginoso. No todo el mundo tiene la oportunidad de adaptarse, o a lo mejor tampoco la capacidad. Y saber integrar esta realidad en este proceso de cambio será el gran reto de la próxima generación. Algo que no supo hacerse en otras revoluciones industriales previas y que tuvieron consecuencias fatales. Pero hay que empezar por desterrar de nuestro pensamiento las fórmulas taxativas de la resignación y el pesimismo. Como la que ejemplifica esa expresión tan española que, ante cualquier duda o matiz, espeta aquello de «lo que yo te diga» o «tú hazme caso a mí».

Confiemos un poco más en nuestra propia resiliencia, no ya cultural, sino como especie. Como quiso mostrar H. G. Wells en su novela *La guerra de los mundos*, publicada en los vertiginosos años del cambio del siglo XIX al XX. Siento destrozar el final a quien no la haya leído, pero es un ejemplo demasiado bueno como para obviarlo. En dicha narración, una invasión extraterrestre es vencida no por la mayor superioridad militar humana, sino por los siglos de adaptación a un medio lleno de microbios, bacterias y virus que, inocuos para nosotros gracias a años de despiadada lucha con epidemias de peste o cólera a las que vencimos, acaban en pocas horas contra unos invasores que parecían invencibles. Recomiendo vivamente la adaptación cinematográfica que hizo Steven Spielberg en 2005. También es muy interesante la versión de 1953 de Byron Haskin, aunque los avances en las técnicas cinematográficas quizá la dejan algo antigua para las nuevas generaciones.

No es anecdótico para analizar nuestros días lo que ocurrió cuando Orson Welles interpretó para la radio una adaptación de la novela. Era 1938, un año antes de la Segunda Guerra Mundial, con los ánimos globales bien caldeados. La locuacidad y el vozarrón de Welles, unidos al estado de alerta generalizado, provocaron una crisis social inesperada. Mucha gente tomó como real las palabras que la radio emitía con fingida alarma, y bastantes de

los que no habían escuchado la introducción que informaba sobre la ficción del programa, comenzaron a llamar a las redacciones y a las comisarías. Provocó una histeria colectiva inmensa, hasta tal punto de lanzar su carrera como actor y director, no sin antes obligar a las autoridades públicas a desmentir que aquella narración respondiera a causas reales. ¿Les suena esta reacción social a nuestros escándalos con las *fake news*? Nada es tan nuevo, aunque sí mucho más intenso. Sea como fuere, estamos más preparados de lo que pensamos.

Crisis de la democracia

Una de las angustias contemporáneas nace de la crisis de la democracia. Frente a sistemas autoritarios como Turquía o Rusia, o a dictaduras como China, se ha extendido cierta creencia de que la democracia, con sus derechos y libertades, compite en condiciones de desigualdad con estos otros sistemas en la economía global. De ahí, se piensa, que China esté dando pasos de gigante en su camino hacia ser superpotencia global o que Rusia haya sido capaz de poner en peligro nuestros sistemas electorales con sus campañas de influencia. Por otro lado, las democracias europeas subarrendaron el problema de la gestión de la inmigración a Turquía, país en regresión democrática y con un historial muy pobre en relación con el respeto de los derechos humanos.

La globalización ha obligado a tener como socios —políticos, comerciales, antiterroristas o financieros— a países sin nuestras leyes laborales, sin libertades y con estándares sociales muy por debajo de los nuestros, algo que a su vez ha provocado un desplazamiento de grandes flujos económicos e inversiones a partes del mundo que han competido bien económicamente con prácticas calificadas en esta parte del mundo como *dumping* social. Se extendió la sensación de que la globalización supuso una

pérdida de control de los procesos de gobernanza, que se decidían en instancias supranacionales sin credenciales democráticas o insuficientes.

La propia dinámica de la globalización obligó a las democracias del Estado-nación a traspasar poderes hacia arriba, hacia organismos como la OMC, el FMI, la Unión Europea o los distintos foros informales en los que se reúnen los principales líderes del mundo. La crítica es legítima, y de esa constatación de que la democracia comienza a ser o un estorbo que impide competir o un mero formalismo sin poder para cambiar lo sustancial, se han apoyado los distintos populismos que critican a las élites y los nacionalismos que reclaman la vuelta al refugio conocido de las fronteras nacionales.

Esta crisis es explicable, y tiene mucho de cierto, pero no marca una situación tan derrotista. Lo primero es comprender y asumir que tenemos un problema con los modelos de gobernanza democráticos de la globalización. Y lo segundo, asumir que dicha globalización no tiene marcha atrás, aunque podamos reformarla. Debemos buscar cómo casar estas dos realidades, y también soy razonablemente optimista respecto a ello. En *El mundo que nos viene*, un libro reciente muy interesante sobre el orden mundial en configuración, el exministro de Exteriores Josep Piqué habla de la «síntesis neooccidental» y pone en contexto sin dramatismos qué podemos esperar del cambio de eje político-económico hacia el Pacífico y el Índico. Según Piqué, vamos hacia una globalización de mucho peso económico asiático pero gobernada según parámetros y valores clásicos de Occidente, desde los relacionados con la democracia, los patrones de consumo o las costumbres sociales. De ahí la síntesis neooccidental entre economía de Oriente y valores de Occidente.

Argumenta Piqué con fundamento que el entramado intangible y simbólico que Occidente ha tejido en dos siglos de expansión por el mundo tiene más fuerza de la que ahora percibimos, y que aunque vivamos un momento pesimista por la resaca de la crisis, las posibilidades de que China se adapte a nuestras costumbres y libertades políticas a largo plazo es bastante más probable que lo hagamos nosotros a sus formas. Entre otras cosas, porque el proceso de construcción de nuestros Estados democráticos, de nuestras economías sociales de mercado y de nuestras libertades individuales consistió

en una lucha de siglos por escapar de regímenes opresivos y dictatoriales. Ese poso histórico es más nutrido y fuerte de lo que hoy podemos pensar. De hecho, si escarbamos por debajo de la realidad mediática y de la información internacional, lo que vemos es una sociedad civil crecientemente fuerte, celosa de sus libertades y movilizada ante cualquier agravio contra las mismas. ¿Realmente creemos que será tan fácil renunciar a ellas? No lo creo. Más bien su atractivo generalizado en subsiguientes etapas de la globalización, su *poder blando*, reforzarán nuestro modelo frente a otros. No sólo de un buen cuadro macroeconómico vive un país, tampoco una superpotencia.

El ascenso de China

Relacionado con lo anterior está esa extendida convicción de que el ascenso de China es imparable, innegociable. Que el gigante asiático va camino del Olimpo de las grandes potencias es una realidad que no se puede discutir, pero sí se debe insistir en que no será tan lineal y fácil como parecemos haber asumido desde Occidente, algo que provoca un sentimiento de resignación preocupante que ceba también el malestar y la incertidumbre. Es como si hubiéramos asumido que no tenemos poder individual en la gobernanza global y que además nuestras democracias liberales occidentales tampoco tendrán mucho que decir ante la pujanza china o india y los regímenes iliberales de hombres fuertes.

De nuevo, es Piqué quien ha resumido en su libro el camino de piedras que tiene China ante sí para consolidar esa ruta. Hay que tener en cuenta que hablamos de una dictadura de partido único y que, por tanto, la imagen exterior que transmite hay que tomársela con todas las cautelas posibles. No sólo es un error porque se lleve anunciando y temiendo el auge asiático desde hace un siglo —en el que China pasó por hambrunas y experimentos sociales que le costaron varios millones de muertos— sino por la naturaleza de los conflictos y retos que China tiene

planteados por razones que van desde su situación geográfica hasta su particular momento político, pasando por la incertidumbre sobre cómo le afectarán el cambio climático, las demandas de la creciente clase media, el auge del yihadismo en sus regiones y vecinos musulmanes en Asia central o cómo evolucionará la situación en Corea del Norte.

Muchas de estas amenazas a la estabilidad son aún más alarmantes en los países vecinos con los que ha tejido alianzas y realizado proyectos con la mencionada nueva Ruta de la Seda. El yihadismo supone un problema real en algunos de los países por los que transcurre la mítica caravana comercial, y no son pocos los análisis que alertan de la posibilidad de que la región se convierta en un refugio similar al que fueron —y son— Afganistán y zonas recónditas de Pakistán. Que el jefe de las fuerzas especiales tayikas desertara al Estado Islámico no es un dato anecdótico en la región, sino síntoma de un problema más enquistado.

También hay que contextualizar algunos de los grandes proyectos internacionales de Oriente, frente a la supuesta inactividad occidental, a raíz de la colaboración entre India, Irán y Afganistán para construir un gran puerto en Chahabar (Irán) que sirva de enlace clave para el tránsito de mercancías entre dichos países y Asia central y Afganistán. ¿Podemos hacer un diagnóstico certero de Asia y China si para sus planes esenciales tiene socios tan amenazadores, inestables e imprevisibles como los países centroasiáticos y Afganistán? Si lo hacemos, corremos el riesgo de crear castillos en el aire. Además, si Occidente no firma este tipo de acuerdos ahora es, en muchas ocasiones, porque hace un siglo o dos que los firmó y los llevó a cabo. Y a todo ello hay que sumar los conflictos fronterizos con la India en el Himalaya —*Foreing Policy* se preguntaba hace unos meses si la guerra no sería inevitable— y la imprevisibilidad norcoreana.

La corrupción, la desigualdad, la falta de libertades, la contaminación ambiental, la explotación laboral, la masificación urbana y el éxodo rural hacen que el atractivo de China sea nulo no ya fuera de sus fronteras, sino dentro, lo que la obliga a mantener un control férreo que impida cualquier tipo de disidencia. La muerte del nobel de la Paz Liu Xiaobo en la cárcel es buena muestra de la debilidad real de China para erigirse como un actor mundial con

autoridad moral, por más que para muchos Occidente haya perdido su superioridad por culpa de la desastrosa lucha contra el terrorismo en Afganistán e Irak y la pésima gestión de la crisis financiera. China no irradia ningún tipo de atractivo real, más allá de la curiosidad romántica por culturas desconocidas a lo Malraux. La difusión cultural de la red china de los Institutos Confucio y la mención de una «sociedad armoniosa» basada en los valores confucianos de *ren*, *yi*, *xiao* y *zhong* —benevolencia, decoro, devoción filial y lealtad— son contradictorias con la realidad cotidiana, en la que incluso los medios públicos ocultan a sus jugadores paralímpicos en pos de un ideal de perfección y eficacia ante el que todo se subordina. Cuesta creer que el mundo —tampoco el oriental— vaya a echarse tan alegremente en esos brazos. Lejos de determinismos, deberíamos albergar algunas dudas.

Estos aspectos no son señalados solamente por los autores más críticos, como Ian Bremmer, presidente del Eurasian Group, sino que son reconocidos por los propios apologetas del auge asiático y chino. La nueva agencia para el desarrollo de China tendrá que hacer esfuerzos ímprobos de *poder blanco* para negar que el país está atravesando una etapa dickensiana del capitalismo, con tanta innovación como espionaje industrial, y no un renacer confuciano con valores propios. En la visión de Bremmer y otros, el despliegue exterior militar —con su política expansiva por el control del mar Meridional, la botadura de un portaviones propio y la inauguración en Yibuti de su primera base militar formal en el extranjero—, la agresividad económica en África y América Latina y el órdago al orden financiero de la posguerra con la creación del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructuras nos han hecho perder la perspectiva de la verdadera situación de China en el mundo y los desafíos que afronta antes de dar por sentadas muchas cosas que afirmamos respecto de su futuro inmediato. Es como si hubiéramos hecho un análisis de situación como el que habrían hecho hoy los maestros de la geopolítica Mackinder o Spykman sin tener en cuenta las nuevas formas de poder y dominación: el intangible de las finanzas, el poder blando del prestigio cultural o la cibernética.

Si hay un auge sino-asiático, hay tres lugares comunes que desechar antes de confirmarlo o de valorar su dimensión real: ni es nuevo, ni es culturalmente ajeno a etapas capitalistas menos sofisticadas, ni es inmune a los conflictos

políticos, económicos, sociales y ambientales que también afronta Occidente. Al contrario, China se ve más afectada por ellos. Así las cosas, cabe preguntarse si China no está más cerca de convertirse en un polo de inestabilidad mundial más que en la potencia emergente de la trampa de Tucídides que vendrá a ocupar el lugar de Estados Unidos y Occidente. Estamos más lejos de eso de lo que los análisis hegemónicos dejan ver, y estos conflictos latentes o presentes muestran que, en caso de una rivalidad enconada y abierta, Occidente tiene aún muchas opciones para reequilibrar la balanza a su favor. Su auge es innegable, pero también los matices que pueden condicionarlo.

La desigualdad económica

Entre los temas más trascendentales y causantes de malestar e incertidumbre, la desigualdad ocupa un lugar destacado. Esta preocupación hizo del libro del economista Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, que vendió más de dos millones de copias, uno de los ensayos más influyentes de los últimos años. La tesis de Piketty dice que el capitalismo produce desigualdades cuando la tasa de rendimiento del capital se mantiene por encima de la tasa de incremento de la producción y del ingreso. Así ha sido durante todo el siglo XIX y parte del XX. La pregunta que se hace el autor es si estamos condenados a que pase lo mismo en el siglo XXI. Según Piketty, no tiene por qué ser así. El capitalismo se puede (y se debe) regular sin necesidad de caer en el proteccionismo ni en el nacionalismo.

Lo que nos dicen los datos, como ya hemos señalado en las páginas sobre el cambio tecnológico, es que en el reparto de la riqueza actual, a las rentas del trabajo cada vez les llega un trozo menor de la tarta del crecimiento. También vimos que la salida de la crisis se centró en una devaluación interna de salarios y costes laborales para ganar competitividad. Todo ello, unido a la revolución tecnológica y la llegada de la *gig economy* y la economía colaborativa, ha contribuido a degradar las condiciones laborales,

especialmente de aquellos que se incorporaron estos años al mercado de trabajo. Esto, a su vez, ha producido una fractura intergeneracional que ha generado un desencanto en las generaciones más jóvenes respecto a nuestras instituciones. De ese desencanto y malestar se han nutrido muchos partidos muy críticos con el sistema, cuando no directamente populistas o nacionalistas. No olvidemos, por tanto, que estos cambios políticos se han producido por fallos internos de los que los defensores de la democracia liberal y el pluralismo político no nos hemos hecho cargo de manera adecuada.

El camino no es volver al proteccionismo y el nacionalismo, como bien afirma Piketty, pero también es cierto que no podemos culpar a los ciudadanos cabreados por su situación degradada y sus faltas de expectativas. Un ejemplo muy ilustrativo de este declive es la enorme cantidad de estudiantes que se endeudaron antes de la crisis para pagar la formación de posgrado, con la esperanza de que les garantizarían un trabajo digno que les permitiría devolver el crédito. Al no ser así, muchos han sufrido embargos e incluso desahucios. Peores salarios, menos estabilidad, inexistentes expectativas de mejora, disminución de las prestaciones por desempleo y, para colmo, aumento de los precios de la vivienda, tanto de alquiler como de compra, debido a la demanda de pisos turísticos y las compras de grandes fondos de inversión de nuestro parque de vivienda.

Lo que dicen los informes oficiales es que en el reparto de la riqueza, también ha habido polarización. Los ricos son más ricos y los pobres más pobres. La clase media ha sufrido, pero se ha recuperado tras el embate de los peores años de la Gran Recesión, pero con un efecto que hay que tener en cuenta: se ha separado de los percentiles más bajos en riqueza, que se quedan descolgados. Es una tendencia en todo Occidente, y esta distancia entre los más humildes y la clase media produce un efecto pernicioso en la democracia, pues hace más difícil el pacto interclasista entre las clases. Esto tiene repercusiones en la cohesión social, uno de los grandes tesoros de Occidente y nuestras democracias liberales, especialmente las europeas. Urge, por tanto, tomarse en serio este asunto y redistribuir riqueza y oportunidades con propuestas fiscales audaces que seguramente requerirán una mayor contribución de las grandes tecnológicas, a modo de lo que en su día hubieron

de hacer las petroleras en Estados Unidos tras unos primeros años de carta blanca con la fiebre del oro negro. Creo, también, que estamos adentrándonos ya en ese camino.

También jugará aquí un papel clave la lucha contra el fraude y la evasión fiscal de los grandes capitales. El mundo debe ordenarse de otra forma en este asunto, porque la eclosión de los nuevos medios y la transparencia ya hace intolerable a ojos de la opinión pública la desproporción entre lo que pagan las rentas del trabajo y la capacidad de elusión que, gracias a la ingeniería fiscal y financiera, tienen las grandes corporaciones de la nueva economía. Hay aquí también un problema con la distancia sideral que existe entre las retribuciones de los ejecutivos y los trabajadores de base. Ya hay propuestas para limitar por ley la diferencia máxima entre la mayor y la menor distribución de las compañías, aunque yo no concuerdo del todo con estos enfoques. Creo que la solución ha de venir del propio análisis del gobierno corporativo. Las redes sociales y la creciente importancia de la reputación social de una empresa en su éxito debe empujar en la dirección de una autorregulación que favorezca niveles de desigualdad menos escandalosos. Y en mi opinión, esto vendrá antes por la demanda de una sociedad civil vigilante y atenta al consumo responsable, que a cambios normativos.

Sin embargo, y dentro de este contexto de aumento de la desigualdad, es urgente mencionar y matizar algunos mensajes que damos por hechos. Es cierto que la desigualdad ha aumentado dentro de los países desarrollados. La culpa no sólo ha sido de decisiones fiscales, sino también de un cambio tecnológico que se ha cebado con trabajos menos cualificados. Pero los datos agregados a nivel mundial hablan de otras realidades. Como recuerdan el ensayista Johan Norberg o el psicólogo Steven Pinker, que ya mencioné en la introducción, la pobreza extrema ha descendido un 75 por ciento en treinta años. El mayor descenso de la pobreza en la historia de la humanidad se ha dado probablemente en China y se ha logrado no mediante la redistribución masiva de riqueza desde los países occidentales, sino por el desarrollo de instituciones de mercado. Cada día, 137.000 personas han escapado de la pobreza desde hace veinticinco años. En total, 1.000 millones de personas han escapado de la pobreza extrema, y eso no se recalca lo suficiente.

Es un magro consuelo para quienes lo pasan mal en este lado del mundo, y no cabe reprocharles su sensación echándoles en cara datos agregados. Cada uno es hijo de su tiempo y de su entorno, y sus problemas son de supervivencia, no de series históricas. Sin embargo, incluso aquí cabe ser razonablemente optimista. El problema de la desigualdad y de la degradación de las condiciones laborales y los salarios es ya uno de los principales asuntos de los debates políticos en Occidente. Somos conscientes de que tenemos un serio problema, existencial, con la capacidad potencial de acabar con la salud de nuestras democracias liberales.

Y esa alerta se ha traducido en numerosos estudios sociológicos y propuestas políticas para ensayar con ayudas para los que quedan apeados de este desarrollo global, que en términos agregados, como vemos, es positivo. Se habla de Renta Básica Universal, de complementos salariales, de créditos fiscales para los grupos más vulnerables o de ayudas a la maternidad con permisos extendidos de baja para padre y madre. Todo es incipiente, pero ya han traspasado la frontera entre academia y laboratorio, y por fin se encuentran en estudio en *think tanks*, parlamentos y gabinetes jurídicos y económicos gubernamentales. También tienen creciente presencia en medios generalistas, no sólo para expertos. Mi impresión es que estas propuestas se irán concretando en los programas electorales del futuro inmediato y conseguiremos reequilibrar de forma razonable el reparto de la riqueza y de las oportunidades sin afectar de forma determinante a la competitividad. A todos nos conviene garantizar un mínimo de bienestar y de cohesión social, sin los que no hay democracia liberal que funcione y compita. Se tratará de empujar con nuestro voto —algo que nos diferencia respecto a tantos lugares del mundo que creemos que prevalecerán sobre nuestros sistemas— a quienes propicien este tipo de iniciativas. En definitiva, pese a que creemos que hemos perdido el control, está en nuestras manos que estas soluciones ganen peso y cuerpo. La democracia muta, pero no varía en su esencia.

La guerra comercial y la retirada de los acuerdos de libre comercio decretadas por el presidente Trump no son una buena noticia, pero tienen más de síntoma de respuestas ante males colaterales no encarados que de cambio de posición a medio y largo plazo. Podemos decir que la presidencia del

heterodoxo e inclasificable presidente republicano es una suerte de castigo por la miopía y la política del avestruz que durante los años felices de la posguerra fría aplicamos pese a tantas alertas ante las que debimos ser más humildes, empáticos y rápidos. Sea como fuere, la situación es la que es, pero no es irreversible. Trump y su nacionalismo proteccionista es temporal, y se trata de que sus ideas también lo sean. Lo que no significa que no debamos reformar algunos aspectos de la gobernanza y el sistema económico globales. Confío en que es así porque dependerá de nosotros.

En algún momento —ese momento parece ya próximo— la sociedad civil levantará la voz para hablar de la necesidad de nuevas ideas, nuevas formas y nuevas actitudes en donde quepa incluso un poco de grandeza, una virtud que ha iluminado algunos momentos de la vida política y cambiado la historia.

El cambio climático como reto global

Es innegable, pese a tantos negacionistas, que el cambio climático es un problema clave en el futuro de la humanidad. El propio Trump ha dicho que no es una prioridad y ha decretado la salida del Acuerdo de París que controlaba las emisiones de efecto invernadero. Una irresponsabilidad sustentada en su falsa promesa de que así conseguirá recuperar empleos industriales en Estados Unidos. El calentamiento global es, sin embargo, una urgencia que no conoce de populismos y estrategias nacionalistas. La ciencia, a través de las principales agencias internacionales, no deja lugar a dudas. Hay que actuar ya, so pena de arriesgarnos a colapsar nuestros ecosistemas.

Ya vimos que los organismos expertos están estudiando si nos adentramos en una etapa geológica distinta tras el Holoceno. Según esta hipótesis pendiente de confirmación y aceptación oficial, estaríamos ya en el Antropoceno, una era en la que la fuerza de cambio habría sido la actividad humana. Algo que nos obliga a reconsiderar aspectos esenciales de nuestro desarrollo económico, como vimos. Los mensajes generales suelen ser pesimistas y el tono funesto de los vaticinios sobre el futuro colapso del

planeta ha inoculado una sensación de fin de época ante la que no somos capaces de advertir una salida. Pero la hay. El propio pacto de París es un indicador, y sobre todo lo es que los países firmantes del mismo se hayan comprometido a redoblar esfuerzos tras la salida del primer emisor de gases de efecto invernadero después de China. La propia evidencia científica que emana de la primera potencia en la materia, Estados Unidos, hará realmente complicado que las próximas administraciones estadounidenses no rectifiquen el camino errado que ha tomado Trump.

El avance científico-técnico se produce de forma exponencial, de modo que cabe esperar que los progresos vayan dando solución a los problemas que ahora mismo se nos presentan como irresolubles. Algo similar a lo que pasó durante uno de los picos de la Revolución Industrial, cuando Malthus predijo que habría un problema de desabastecimiento general debido al hecho de que la población aumentaba de forma geométrica mientras la producción de alimentos lo hacía de forma aritmética. No tenía razón, como casi nunca la han tenido los agoreros de catástrofes. Es bien conocida la hambruna que se pronosticó en la India debido a la superpoblación, que sin embargo pudo ser contrarrestada con maíz genéticamente modificado y perfectamente sano. Una historia fascinante que narra muy bien un libro que ya he mencionado, *El optimista racional*, de Matt Ridley, uno de los defensores más perspicaces de las sociedades abiertas y el comercio.

Es el propio catastrofismo el que enciende alertas que nos obligan a actuar y a conseguir superar los problemas, y nunca como ahora hemos dispuesto de los conocimientos y de las herramientas para hacerlo otra vez. Pensemos en la superpoblación como uno de los síntomas de insostenibilidad y preocupación. El declive demográfico de importantes países del mundo plantea una solución natural que compensará la falta de planificación familiar en otras zonas menos desarrolladas. Europa, Japón o Rusia tienen tasas de natalidad preocupantes, y eso supone ya un atenuante de muchos problemas futuros. El desarrollo económico y el crecimiento de las clases medias llevan aparejados una reducción del número de hijos por mujer, lo que al mismo tiempo aliviará las presiones demográficas de países superpoblados. Éste es un ejemplo del «orden espontáneo» en el caos del que hablaba Hayek, que se hacía eco de

unas teorías ya presentes en la Antigüedad y que Schumpeter denominaba «destrucción creadora». Hay una autorregulación que no conviene subestimar, aunque haya que favorecer desde los poderes públicos cuando no sea suficiente.

Por último, el cambio climático y el calentamiento global nos pone ante una prueba civilizatoria realmente fascinante. Por primera vez en la historia de la humanidad, un problema es compartido por todos y cada uno de los habitantes de la tierra y por todos los países, sin importar el nivel de renta, desarrollo o número de habitantes. Esto nos obliga a pensar por fin en términos de humanidad global, y nos compete a todos buscar soluciones compartidas. El clima enfurecido, el derretimiento de los polos, los tornados cada vez más frecuentes o la subida del nivel del mar no distinguen entre los niveles de renta de Florida, Bangladesh o el delta del Níger. Por eso, el cambio climático tiene el potencial inmediato de actuar como el gran catalizador que favorezca un verdadero gobierno global que esté por encima de otros diferendos. Un reto global tan grande, una necesidad imperiosa de ponerle remedio, hace inexcusable buscar soluciones de consenso que nos acercarán por la fuerza y que harán palidecer otras cuestiones menores ante semejante problema. El consenso, basado en compromisos de hondo calado ético y humanitario, habrá de imponerse en un mundo en el que el resto de cuestiones parecerán peleas menores. La democracia liberal, pese a su bajo momento de autoestima, tiene muchas más opciones de ser la fuerza motriz de este gran cambio global a mejor.

Una sociedad civil global

Por último, querría hacer una mención final a diversos movimientos sociales que han destacado en los últimos tiempos y que nos ofrecen razones para el optimismo. Las manifestaciones en distintas partes del mundo durante la crisis, tanto en Wall Street en Nueva York como en la Plaza del Sol de Madrid, nos hablaban ya entonces, en los años duros, de la buena salud de una sociedad civil que no estaba tan aletargada como se pensaba. En aquellos casos, las redes e internet, así como las diversas aplicaciones de mensajería instantánea favorecieron la pujanza de unos movimientos que exigieron y consiguieron cambios políticos y sociales de los que aún apenas hemos visto el principio. Nos reafirman en la necesidad de confiar más en la propia inercia de una ciudadanía mucho más madura de la que los últimos resultados políticos nos hacen pensar.

Especial relevancia ha tenido el movimiento feminista, que conoció el 8 de marzo de 2018 una jornada de movilización reivindicativa histórica en España. Más allá de las peticiones concretas que el movimiento pudiera reclamar, es importante resaltar la importancia estructural de todos estos hechos. Se trata de síntomas que nos hablan de una sociedad civil fortalecida tras los duros años de la crisis, de un movimiento social autónomo de

consignas políticas, intelectualmente refinado, capaz de movilizar de forma transversal a distintos sectores sociales en pos de objetivos progresistas que hablan de nuestras democracias liberales como el mejor sistema para conseguir las grandes transformaciones. Los esfuerzos en pos de la igualdad entre hombres y mujeres, tantas veces vehiculados desde fuera de los partidos políticos, y favorecidos por la cooperación horizontal de las redes sociales, son un buen ejemplo de los logros que podemos conseguir como sociedad consciente de nuestros problemas, pero también de nuestro poder. Algo que en muchos casos, la mayoría, está lejos de producirse.

Prevalece la sensación de vulnerabilidad, malestar, cabreo e incertidumbre. La desconfianza en el futuro de las sociedades democráticas está extendida, y no hay razón para que así sea, como he tratado de mostrar sucintamente en este capítulo de conclusión. Los ejemplos son muchos, desde el avance científico contra el cambio climático, que ha conocido una concienciación en la ciudadanía y en la industria que pocos auguraban, hasta el movimiento feminista o las distintas mareas que han reclamado una mejor atención sanitaria o una financiación adecuada de la educación pública. Debemos ser conscientes de nuestra capacidad de influencia y de innovación. Estamos en una era fascinante, como decía Jack Aubrey en la película *Master & Commander*, el capitán de un buque de guerra en pleno conflicto napoleónico tras navegar con nuevos rudimentos. Realmente es así, desde los avances médicos de la edición genómica hasta los nuevos tratamientos de rejuvenecimiento o los medicamentos punteros contra el cáncer y otras enfermedades aún letales. El optimismo escéptico no requiere la fabulación inocente, sino una dosis de realismo extremo entre tanto ruido confuso.

Me gusta especialmente una frase del pensador alemán Ernst Jünger expresada en su novela *Los titanes venideros*. Este escritor, que fue cercano al nazismo en sus comienzos y que luego se convirtió en uno de sus más acendrados críticos, es el autor de uno de los diarios más extensos e impactantes de la literatura europea del siglo XX. Cuenta Jünger en la novela que «El naufragio del *Titanic* es un símbolo grandioso, desde el propio nombre del buque hasta el modo en que se produjo dicho naufragio. Es el hundimiento de la idea misma de progreso: la perfección de la técnica se ve

perturbada por el accidente. Tras el arrogante optimismo viene el pánico; tras el mayor lujo, la destrucción; tras el automatismo, la catástrofe».

Como señalamos en páginas anteriores, algo de eso hay en la suficiencia que hemos analizado respecto a Occidente tras el triunfo en la Guerra Fría sobre la URSS. Y en la visión catastrofista respecto de los cambios de todo tipo que la globalización y la nueva revolución científico-técnica traen a nuestros días. Según esta visión, el mundo no va a mejor, la mecanización — en nuestros días la digitalización— aleja al ser humano del «buen salvaje» de Jean-Jacques Rousseau, lo desnaturaliza de su medio y lo embrutece. Se trata de una forma de ver los cambios ciertamente negativa, pero que no está lejos de muchas de las críticas a los tiempos actuales. El romanticismo político tiene aún mucho predicamento, y como bien dice el filósofo español Javier Gomá, es hora de que comencemos a sospechar de este pensamiento que ensalza lo emocional. Cuánto daño ha hecho la necesidad de épica, aunque sea impostada, en los problemas políticos. No hace falta irse muy lejos. Reparemos en Cataluña y su relato romántico, o en los distintos movimientos nacionalistas europeos, con la regresión a las fronteras y a una historia nacional dulcificada. O en el *América First* de Trump o en la falsa nostalgia del *brexít*.

Sin embargo, es puro *wishful thinking* creer que volver a esta lógica racionalista sirve de algo o que es suficiente para aplacar el malestar. Hay razones para la queja que no responden a cosmovisiones abstractas, sino a realidades materiales que los liberales debemos asumir y ponernos a resolver de forma urgente. Ya hemos hablado de la desigualdad, de la creciente sensación de vulnerabilidad e incertidumbre, de una economía que reparte inequitativamente los beneficios entre capital y trabajo, con la consiguiente sensación de injusticia generalizada. Algo que pone en peligro la legitimidad del mismo sistema democrático. Una situación insostenible que nos interpela y ante la que no podemos hacer oídos sordos. Realmente estamos en una encrucijada histórica en la que la democracia se juega su credibilidad, su eficiencia y su futuro.

Los fallos sistémicos son reales, dramáticos y palpables. Los hemos mencionado, y ante su gravedad sólo cabe ir al meollo del asunto, sin rodeos:

la crisis, la globalización y el cambio tecnológico han puesto patas arriba — por no decir que lo han paralizado— el contrato social que ha mantenido la paz desde al menos setenta años de forma generalizada. En definitiva, esa Europa —Occidente— del Estado del Bienestar que permitía las aspiraciones de prosperidad con una redistribución de la riqueza que impedía la ruptura de la sociedad en mitades irreconciliables por sus niveles de renta.

Si no admitimos que todos estos factores han roto el contrato social con el que funcionábamos desde 1945, no llegaremos lejos. Y de esa ceguera se nutren en gran medida los movimientos populistas, de un extremo y de otro. La táctica del avestruz, negar la realidad, nunca ha sido una buena forma de comportarse, pero hay que asumir que es aún más contraproducente en la era de las redes e internet. No avanzaremos soluciones a favor de nuestras democracias liberales asediadas si permanecemos en la simple descalificación. Criticamos que los mensajes populistas son «demasiado simples», pero no caemos en la cuenta de que eso no es nada ofensivo para ninguno de sus seguidores. Es más, como vimos, uno de los eslóganes de los defensores del *brexit* fue el contundente: «estamos hartos de expertos».

No se trata de darles la razón a sus propuestas y aparentes soluciones, pero sí al menos de admitir la legitimidad del malestar que dicen canalizar, y que tantas consecuencias ha tenido y amenaza con tener. Si no ofrecemos un futuro ético y digno a todos aquellos ciudadanos razonables que han «comprado» el relato populista, no habrá solución a ninguno de los problemas que hemos ido planteando. Y esto es algo que me preocupa verdaderamente: no todos los liberales admiten la parte de culpa que nos corresponde en esta situación, bien sea por mal funcionamiento de nuestras ideas o por falta de autocritica ante sus limitaciones más evidentes y contrastadas.

Rehacer, renegociar o crear desde cero un nuevo contrato social será clave en la salud de nuestro sistema. No hay que negar que rehacerlo, reformarlo o crear uno *ex novo* forma parte de la solución a las amarguras emocionales de nuestros días. Fue posible, y debe serlo ahora. La mala noticia es que los medios digitalizados, las redes y las llamadas cámaras de eco cognitivas e informativas nos lo ponen difícil. Pero la buena noticia es que no tenemos más remedio que alcanzar dicho pacto social renovado si queremos preservar

nuestra democracia liberal, la economía de mercado y el progreso científico-técnico. No siempre tengo la sensación de que expreso bien el alcance dramático de la encrucijada en la que nos encontramos. Y ese nuevo contrato social pasa, como ya vimos, por una mejor y mayor redistribución de la riqueza. Las distintas fórmulas competen a los distintos partidos e ideologías diversas, pero no creo que haya tanto disenso en el fondo sobre lo que hay que hacer. La globalización pasa por democratizar las economías, única forma de legitimarla. Aquellos que creemos que se trata de un movimiento histórico beneficioso, deberíamos ser los primeros en defender este nuevo enfoque mucho más atrevido.

Desechemos la resignación. El futuro de la globalización no está escrito, está en nuestras manos y se presenta esperanzador a poco que miremos más allá de la inercia emocional de estos años de cambio.

Manual para vivir en la era de la incertidumbre
Antonio Garrigues Walker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Sylvia Sans Bassat

© Antonio Garrigues Walker, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-234-3003-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

Planeta**hipermedia.com**

Cursos online de la mano de los mejores especialistas

¿SOBRE QUÉ QUIERES FORMARTE?

Branding y Marketing / Estrategia / Creatividad e
Innovación

Negocio y Ventas / Liderazgo y Motivación / Gestión del
Talento



Accede a la mejor
formación, desde tu PC,
tablet o smartphone,
cuando quieras y
como quieras

Planetahipermedia.com es una plataforma de formación online a tu medida en la que encontrarás cursos online sobre habilidades directivas-realizados por los autores de los libros de empresa más vendidos-, cursos de idiomas y cursos sobre temáticas de formación continua, así como espacios para la comunicación y la interacción con otros usuarios.

Planetahipermedia.com tiene mucho que ofrecerte,

¡descúbrelo!



Conviértete en el profesional que todos querrán
#AprendeConLosMejores

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

EMPRESA



ECONOMÍA



¡Síguenos en redes sociales!



MANUAL
PARA **VIVIR** EN
LA **ERA** DE LA
INCERTIDUMBRE

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER

Con la colaboración de

ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO